

Leyendas de Guatemala

Miguel Ángel Asturias



Annotation

Su primera obra, *Leyendas de Guatemala* (1930), es una colección de cuentos y leyendas mayas.

Leyendas de Guatemala (1930), crónica de prodigios fantásticos en la que las leyendas míticas del pueblo maya-quiché se funden con las tradiciones del pasado colonial guatemalteco y las ciudades indígenas de Tikal y Copán se aúnan con Santiago y Antigua, fundadas por los españoles. La batalla entre los espíritus de la tierra y los espíritus divinos es narrada por la prosa evocadora y exuberante del Premio Nobel de Literatura de 1967, colmada de imágenes deslumbrantes.

- Miguel Ángel Asturias



- ☐ Guatemala

- ☐ Ahora que me acuerdo

- ☐ Leyenda del Volcán

- ☐ Leyenda del Cadejo

- ☐ Leyenda de la Tatuana

- ☐ Leyendas del Sombrerón

- ☐ Leyenda del tesoro del Lugar Florido

- ☐ Leyenda de las tablillas que cantan

- ☐ Leyenda de la máscara de cristal

- ☐ Leyenda de la campana difunta

- ☐ Leyenda de Matachines

- ☐ Los brujos de la tormenta primaveral

- ☐ 1

- ☐ 2

- ☐ 3

- ☐ 4

- ☐ 5

- ☐ 6

- ☐ Cuculcán Serpiente-envuelta-en-plumas

- ☐ Primera Cortina Amarilla

- ☐ Primera Cortina Roja

- ☐ Primera Cortina Negra

- ☐ Segunda Cortina Amarilla

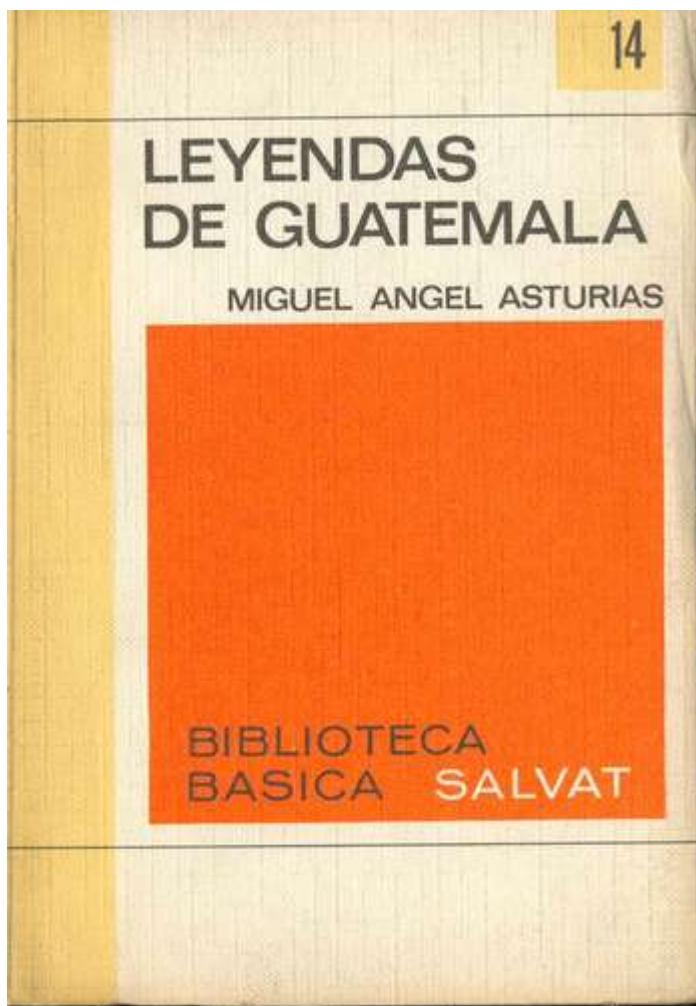
- ☐ Segunda Cortina Roja

- ☐ Segunda Cortina Negra

- ☐ Tercera Cortina Amarilla

- ☐ Tercera Cortina Roja

- ☐ Tercera Cortina Negra



Miguel Ángel Asturias

Leyendas de Guatemala

“¡Qué mezcla esta mezcla de naturaleza tórrida, de botánica confusa, de magia indígena, de teología de Salamanca, donde el Volcán, los frailes, el Hombre-Adormidera, el Mercader de joyas sin precio, las bandas de pericos dominicales, los maestros magos que van a las aldeas a enseñar la fabricación de los tejidos y el valor del Cero, componen el más delirante de los sueños!”

*Paul Valery, en una carta a Francis de Miomandre,
traductor de Leyendas de Guatemala
al francés*

*A mi madre,
que me contaba cuentos*

Guatemala

La carreta llega al pueblo rodando un paso hoy y otro mañana. En el apeadero, donde se encuentran la calle y el camino, está la primera tienda. Sus dueños son viejos, tienen güegüecho ^[1], han visto espantos, andarines y aparecidos, cuentan milagros y cierran la puerta cuando pasan los húngaros: esos que roban niños, comen caballo, hablan con el diablo y huyen de Dios. La calle se hunde como la hoja de una espada quebrada en el puño de la plaza. La plaza no es grande. La estrecha el marco de sus portales viejos, muy nobles y muy viejos. Las familias principales viven en ella y en las calles contiguas, tienen amistad con el obispo y el alcalde y no se relacionan con los artesanos, salvo, el día del apóstol Santiago, cuando, por sabido se calla, las señoritas sirven el chocolate de los pobres en el Palacio Episcopal.

En verano, la arboleda se borra entre las hojas amarillas, los paisajes aparecen desnudos, con claridad de vino viejo, y en invierno, el río crece y se lleva el puente.

Como se cuenta en las historias que ahora nadie cree -ni las abuelas ni los niños-, esta ciudad fue construida sobre ciudades enterradas en el centro de América. Para unir las piedras de sus muros la mezcla se amasó con leche. Para señalar su primera huella se enterraron envoltorios de tres dieces de plumas y tres dieces de cañutos de oro en polvo junto a la yerba-mala, atestigua un recio cronicón de linajes; en un palo podrido, saben otros, o bien bajo rimeros de leña o en la montaña de la que surgen fuentes.

Existe la creencia de que los árboles respiran el aliento de las personas que habitan las ciudades enterradas, y por eso, costumbre legendaria y familiar, a su sombra se aconsejan los que tienen que resolver casos de conciencia, los enamorados alivian su pena, se orientan los romeros perdidos del camino y reciben inspiración los poetas.

Los árboles hechizan la ciudad entera. La tela delgadísima del sueño se puebla de sombras que la hacen temblar. Ronda por Casa-Mata la Tatuana. El Sombrerón recorre los portales de un extremo a otro; salta, rueda, es Satanás de hule. Y asoma por las vegas el Cadejo, que roba mozas de trenzas largas y hace ñudos en las crines de los caballos. Empero, ni una pestaña se mueve en el fondo de la ciudad dormida, ni nada pasa realmente en la carne de las cosas sensibles.

El aliento de los árboles aleja las montañas, donde el camino ondula como hilo de humo. Oscurece, sobrenadan naranjas, se percibe el menor eco, tan honda repercusión tiene en el paisaje dormido una hoja que cae o un pájaro que canta, y despierta en el alma el Cuco de los Sueños.

El Cuco de los Sueños hace ver una ciudad muy grande - pensamiento claro que todos llevamos dentro-, cien veces más grande que esta ciudad de casas pintaditas en medio de la Rosca de San Blas. Es una ciudad formada de ciudades enterradas, superpuestas, como los pisos de una casa de altos. Piso sobre piso. Ciudad sobre ciudad. ¡Libro de estampas viejas, empastado en piedra con páginas de oro de Indias, de pergaminos españoles y de papel republicano! ¡Cofre que encierra las figuras heladas de una quimera muerta, el oro de las minas y el tesoro de los cabellos blancos de la luna guardados en sortijas de plata! Dentro de esta ciudad de altos se conservan intactas las ciudades antiguas. Por las escaleras suben imágenes de sueño sin dejar huella, sin hacer ruido. De puerta en puerta van cambiando los siglos. En la luz de las ventanas parpadean las sombras. Los fantasmas son las palabras de la eternidad. El Cuco de los Sueños va hilando los cuentos.

En la ciudad de Palenque, sobre el cielo juvenil, se recortan las terrazas bañadas por el sol, simétricas, sólidas y simples, y sobre los bajorrelieves de los muros, poco cincelados a pesar de su talladura, los pinos delinean sus figuras ingenuas. Dos princesas juegan alrededor de una jaula de burriones [2], y un viejo de barba niquelada sigue la estrella tutelar diciendo augurios. Las princesas juegan. Los burriones vuelan. El viejo predice. Y como en los cuentos, tres días duran los burriones, tres días duran las princesas.

En la ciudad de Copán, el Rey pasea sus venados de piel de plata por los jardines de Palacio. Adorna el real hombro la enjoyada pluma del nahual. Lleva en el pecho conchas de embrujar, tejidas sobre hilos de oro. Guardan sus antebrazos brazaletes de caña tan pulida que puede competir con el marfil más fino. Y en la frente lleva suelta, insigne pluma de garza. En el crepúsculo romántico, el Rey fuma tabaco en una caña de bambú. Los árboles de madre-cacao dejan caer las hojas. Una lluvia de corazones es bastante tributo para tan gran señor. El Rey está enamorado y malo de bubas, la enfermedad del sol.

Es el tiempo viejo de las horas viejas. El Cuco de los Sueños va hilando los cuentos. La arquitectura pesada y suntuosa de Quiriguá hace pensar en las ciudades orientales. El aire tropical deshoja la felicidad indefinible de los besos de amor. Bálsamos que desmayan. Bocas húmedas, anchas y calientes. Aguas tibias donde duermen los lagartos sobre las hembras vírgenes. ¡El trópico es el sexo de la tierra!

En la ciudad de Quiriguá, a la puerta del templo, esperan mujeres que llevan en las orejas perlas de ámbar. El tatuaje dejó libres sus pechos. Hombres pintados de rojo, cuya nariz adorna un raro arete de obsidiana. Y doncellas teñidas con agua de barro sin quemar, que simboliza la virtud de la gracia.

El Sacerdote llega; la multitud se aparta. El sacerdote llama a la puerta del templo con su dedo de oro; la multitud se inclina. La

multitud lame la tierra para bendecirla. El sacerdote sacrifica siete palomas blancas. Por las pestañas de las vírgenes pasan vuelos de agonía, y la sangre que salpica el cuchillo de chay ^[3] del sacrificio, que tiene la forma del Árbol de la Vida, nimba la testa de los dioses, indiferentes y sagrados. Algo vehemente trasciende de las manos de una reina muerta que en el sarcófago parece estar dormida. Los braseros de piedra rasgan nubes de humo olorosas a anís silvestre, y la música de las flautas hace pensar en Dios. El sol peina la llovizna de la mañana primaveral afuera, sobre el verdor del bosque y el amarillo sazón de los maizales.

En la ciudad de Tikal, palacios, templos y mansiones están deshabitados. Trescientos guerreros la abandonaron, seguidos de sus familias. Ayer mañana, a la puerta del laberinto, nanas e iluminados contaban todavía las leyendas del pueblo. La ciudad alejóse por las calles cantando. Mujeres que mecían el cántaro con la cadera llena. Mercaderes que contaban semillas de cacao sobre cueros de puma. Favoritas que enhebraban en hilos de pita, más blanca que la luna, los chalchihuitls ^[4] que sus amantes tallaban para ellas a la caída del sol. Se clausuraron las puertas de un tesoro encantado. Se extinguió la llama de los templos. Todo está como estaba. Por las calles desiertas vagan sombras perdidas y fantasmas con los ojos vacíos.

¡Ciudades sonoras como mares abiertos!

A sus pies de piedra, bajo la vestidura ancha, ceñida de leyendas, juega un pueblo niño a la política, al comercio, a la guerra, señalándose en las eras de paz el aparecimiento de maestros-magos que por ciudades y campos enseñan la fabricación de las telas, el valor del cero y las sazones del sustento.

La memoria gana la escalera que conduce a las ciudades españolas. Escalera arriba se abren a cada cierto espacio, en lo más estrecho del caracol, ventanas borradas en la sombra o pasillos formados con el grosor del muro, como los que comunican a los coros en las iglesias católicas. Los pasillos dejan ver otras ciudades. La memoria es una ciega que en los bultos va encontrando el camino. Vamos subiendo la escalera de una ciudad de altos: Xibalbá, Tuláin, ciudades mitológicas, lejanas, arrojadas en la niebla. Iximché, en cuyo blasón el águila cautiva corona el galibal de los señores cakchiqueles. Utatlán, ciudad de señoríos. Y Atitlán, mirador engastado en una roca sobre un lago azul. ¡La flor del maíz no fue más bella que la última mañana de estos reinos! El Cuco de los Sueños va hilando los cuentos.

En la primera ciudad de los Conquistadores -gemela de la ciudad del Señor Santiago-, una ilustre dama se inclina ante el esposo, más temido que amado. Su sonrisa entristece al Gran Capitán, quien, sin pérdida de tiempo, le da un beso en los labios y parte para las Islas de la Especiería. Evocación de un tapiz antiguo. Trece navíos aparejados

en el golfo azul, bajo la luna de plata. Siete ciudades de Cíbola construidas en las nubes de un país de oro. Dos caciques indios dormidos en el viaje. No se alejan de las puertas de Palacio los ecos de las caballerías, cuando la noble dama ve o sueña, presa de aturdimientos, que un dragón hace rodar a su esposo al silo de la muerte, ahogándola a ella en las aguas oscuras de un río sin fondo.

Pasos de ciudad colonial. Por las calles arenosas, voces de clérigos que mascullan Ave-Marías, y de caballeros y capitanes que disputan poniendo a Dios por testigo. Duerme un sereno arrebozado en la capa. Sombras de purgatorio. Pestaño de lámparas que arden en las hornacinas. Ruido de alguna escuela castellana, de algún pájaro agorero, de algún reloj despierto.

En Antigua, la segunda ciudad de los Conquistadores, de horizonte limpio y viejo vestido colonial, el espíritu religioso entristece el paisaje. En esta ciudad de iglesias se siente una gran necesidad de pecar. Alguna puerta se abre dando paso al señor obispo, que viene seguido del señor alcalde. Se habla a media voz. Se ve con los párpados caídos. La visión de la vida a través de los ojos entreabiertos es clásica en las ciudades conventuales. Calles de huertos. Arquerías. Patios solariegos donde hacen labor las fuentes claras. Grave metal de las campanas. ¡Ojalá se conserve esta ciudad antigua bajo la cruz católica y la guarda fiel de sus volcanes! Luego, fiestas reales celebradas en geniales días, y festivas pompas. Las señoras, en sillas de altos espaldares, se dejan saludar por caballeros de bigote petulante y traje de negro y plata. Ésta une al pie breve la mirada lánguida. Aquélla tiene los cabellos de seda. Un perfume desmaya el aliento de la que ahora conversa con un señor de la Audiencia. La noche penetra... penetra... El obispo se retira, seguido de los bedeles. El tesorero, gentil hombre y caballero de la orden de Montesa, relata la historia de los linajes. De los veladores de vidrio cae la luz de las candelas entumecida y eclesiástica. La música es suave, bullente, y la danza triste a compás de tres por cuatro. A intervalos se oye la voz del tesorero que comenta el tratamiento de “Muy ilustre Señor” concedido al conde de la Gomera, capitán general del Reino, y el eco de dos relojes viejos que cuentan el tiempo sin equivocarse. La noche penetra... penetra... El Cuco de los Sueños va hilando los cuentos.

Estamos en el templo de San Francisco. Se alcanzan a ver la reja que cierra el altar de la Virgen de Loreto, los pavimentos de azulejos de Génova, las colgaduras de Damasco, los tafetanes de Granada y los terciopelos carmesí y de brocado. ¡Silencio! Aquí se han podrido más de tres obispos y las ratas arrastran malos pensamientos. Por las altas ventanas entra furtivamente el oro de la luna. Media luz. Las candelas sin llamas y la Virgen sin ojos en la sombra.

Una mujer llora delante de la Virgen. Su sollozo en un hilo va cortando el silencio. El hermano Pedro de Betancourt viene a orar después de medianoche: dio pan a los hambrientos, asilo a los huérfanos y alivio a los enfermos. Su paso es imperceptible. Anda como vuela una paloma.

Imperceptiblemente se acerca a la mujer que llora, le pregunta qué penas la aquejan, sin reparar en que es la sombra de una mujer inconsolable, y la oye decir:

¡Lloro porque perdí a un hombre que amaba mucho; no era mi esposo, pero lo amaba mucho!... ¡Perdón, hermano, esto es pecado!

El religioso levantó los ojos para buscar los ojos de la Virgen, y..., ¡qué raro!, había crecido y estaba más fuerte. De improviso sintió caer sobre sus hombros la capa aventurera, la espada ceñida a su cintura, la bota a su pierna, la espuela a su talón, la pluma a su sombrero. Y comprendiéndolo todo, porque era santo, sin decir palabra inclinóse ante la dama que seguía llorando...

¿Don Rodrigo?

Con el tino del loco que se propone atrapar su propia sombra, ella se puso en pie, recogió la cola de su traje, llegóse a él y le cubrió de besos. ¡Era el mismo Don, Rodrigo!... ¡Era el mismo Don Rodrigo!...

Dos sombras felices salen de la iglesia -amada y amante- y se pierden en la noche por las calles de la ciudad, torcidas como las costillas del infierno.

Y a la mañana que sigue cuéntase que el hermano Pedro estaba en la capilla profundamente dormido, más cerca que nunca de los brazos de Nuestra Señora.

El Cuco de los Sueños va hilando los cuentos. De los telares asciende un siseo de moscas presas. Un razraz de escarabajo escapa de los rincones venerables donde los cronistas del rey, nuestro señor, escriben de las cosas de Indias. Un lero-lero de ranas se oye en los coros donde la voz de los canónigos salmodia al crepúsculo. Palpitación de yunques, de campanas, de corazones...

Pasa Fray Payo Enríquez de Rivera. Lleva oculta, en la oscuridad de su sotana, la luz. La tarde sucumbe rápidamente. Fray Payo llama a la puerta de una casa pequeña e introduce una imprenta.

Las primeras voces me vienen a despertar; estoy llegando. ¡Guatemala de la Asunción, tercera ciudad de los Conquistadores! Ya son verdad las casitas blancas sorprendidas desde la montaña como juguetes de nacimiento. Me llena de orgullo el gesto humano de sus muros -clérigos o soldados vestidos por el tiempo-, me entristecen los balcones cerrados y me anían los zaguanes abuelos. Ya son verdad las carreras de los rapaces que se persiguen por las calles y las voces de las niñas que juegan a Andares:

– ”¡Andares! ¡Andares!”

– “¿Qué te dijo Andares?”

– “¡Que me dejaras pasar!”

– ¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo, repito, para creer que estoy llegando!

Su llanura feliz. La cabellera espesa de sus selvas. Sus montañas inacabables que al redor de la ciudad forman la Rosca de San Blas. Sus lagos. La boca y la espalda de sus cuarenta volcanes. El patrón Santiago. Mi casa y las casas. La plaza y la iglesia. El puente. Los ranchos escondidos en las encrucijadas de las calles arenosas. Las calles enredadas entre los cercos de yerba-mala y chichicaste. El río que arrastra continuamente la pena de los sauces. Las flores de izote. - ¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo!

Ahora que me acuerdo

Los Güegüechos de gracia José y Agustina, conocidos en el pueblo con los diminutivos de Don Chepe y la Niña Tina hacen la cuenta de mis años con granos de maíz, sumando de uno en uno de izquierda a derecha, como los antepasados los puntos que señalan los siglos en las piedras. El cuento de los años es triste. Mi edad les hace entristecer.

– El influjo hechicero del chipilín -habla la Niña Tina- me privó de la conciencia del tiempo, comprendido como sucesión de días y de años. El chipilín, arbolito de párpados con sueño, destruye la acción del tiempo y bajo su virtud se llega al estado en que enterraron a los caciques, los viejos sacerdotes del reino.

– Oí cantar -habla Don Chepe- a un guardabarranca bajo la luna llena, y su trino me goteó de mielita hasta dejarme lindo y transparente. El sol no me vido y los días pasaron sin tocarme. Para prolongar mi vida para toda la vida, alcancé el estado de la transparencia bajo el hechizo del guardabarranca.

– Es verdad -hablé el último-, les dejé una mañana de abril para salir al bosque a caza de venados y palomas, y, ahora que me acuerdo, estaban como están y tenían cien años. Son eternos. Son el alma sin edad de las piedras y la tierra sin vejez de los campos. Salí del pueblo muy temprano, cuando por el camino amanecía sobre las cabalgatas. Aurora de agua y miel. Blanca respiración de los ganados. Entre los liquidámbares cantaban los cenizotes. La flor de las verbenas quería reventar.

Entré al bosque y seguí bajo los árboles como en una procesión de patriarcas. Detrás de los follajes clareaba el horizonte con oro y colores de vitral. Los cardenales parecían las lenguas del Espíritu Santo. Yo iba viendo el cielo. Primitivo, inhumano e infantil, en ese tiempo me llamaban Cuero de Oro, y mi casa era asilo de viejos cazadores. Sus estancias contarían, si hablasen, las historias que oyeron contar. De sus paredes colgaban cueros, cornamentas, armas, y la sala tenía en marcos negros estampas de cazadores rubios y anima les perseguidos por galgos. Cuando yo era niño, encontraba en aquellas estampas que los venados heridos se parecían a San Sebastián.

Dentro de la selva, el bosque va cerrando caminos. Los árboles caen como moscas en la telaraña de las malezas infranqueables. Y a cada paso, las liebres ágiles del eco saltan, corren, vuelan. En la amorosa profundidad de la penumbra: el tuteo de las palomas, el aullido del coyote, la carrera de la danta, el paso del jaguar, el vuelo del milano y mi paso despertaron el eco de las tribus errantes que vinieron del mar. Aquí fue donde comenzó su canto. Aquí fue donde

comenzó su vida. Comenzaron la vida con el alma en la mano. Entre el sol, el aire y la tierra bailaron al compás de sus lágrimas cuando iba a salir la luna. Aquí, bajo los árboles de anona. Aquí, sobre la flor de capulí...

Y bailaban cantando:

“¡Salud, oh constructores, oh formadores! Vosotros veis. Vosotros escucháis. ¡Vosotros! No nos abandonéis, no nos dejéis, ¡oh, dioses!, en el cielo, sobre la tierra, Espíritu del cielo, Espíritu de la tierra. Dadnos nuestra descendencia, nuestra posteridad, mientras haya días, mientras haya albas. Que la germinación se haga. Que el alba se haga. Que numerosos sean los verdes caminos, las verdes sendas que vosotros nos dais. Que tranquilas, muy tranquilas estén las tribus. Que perfectas, muy perfectas sean las tribus. Que perfecta sea la vida, la existencia que nos dais. ¡Oh, maestro gigante. Huella del relámpago, Esplendor del relámpago, Huella del Muy Sabio, Esplendor del Muy Sabio, Gavilán, Maestros-magos, Dominadores, Poderosos del cielo, Procreadores, Engendrades, Antiguo secreto, Antigua ocultadora, Abuela del día, Abuela del alba!...

¡Que la germinación se haga, que el alba se haga!”

Y bailaban, cantando...

“¡Salve, Bellezas del Día, Maestros gigantes, Espíritus del Cielo, de la tierra, Dadores del Amarillo, del Verde, Dadores de Hijas, de Hijos! ¡Volveos hacia nosotros, esparcid el verde, el amarillo, dad la vida, la existencia a mis hijos, a mi prole! ¡Que sean engendrados, que nazcan vuestros sostenes, vuestros nutridores, que os invoquen en el camino, en la senda, al borde de los ríos, en los barrancos, bajo los árboles, bajo los bejucos! ¡Dadles hijas, hijos! ¡Que no haya desgracia ni infortunio! ¡Que la mentira no entre detrás de ellos, delante de ellos! ¡Que no caigan, que no se hieran, que no se desgaren, que no se quemen! ¡Que no caigan ni hacia arriba del camino, ni hacia abajo del camino! ¡Que no haya obstáculo, peligro, detrás de ellos, delante de ellos! ¡Dadles verdes caminos, verdes sendas! ¡Que no hagan ni su desgracia ni su infortunio vuestra potencia, vuestra hechicería! ¡Que sea buena la vida de vuestros sostenes, de vuestros nutridores ante vuestras bocas, ante vuestros rostros, oh Espíritus del Cielo, oh Espíritus de la Tierra, oh Fuerza Envuelta, oh Pluvioso, Volcán, en el Cielo, en la Tierra, en los cuatro ángulos, en las cuatro extremidades, en tanto exista el alba, en tanto exista la tribu, oh dioses!”

Y bailaban cantando.

Oscurece sin crepúsculo, corren hilos de sangre entre los troncos, delgado rubor aclara los ojos de las ranas y el bosque se convierte en una masa maleable, tierna, sin huesos, con ondulaciones de cabellera olorosa a estoraque y a hojas de limón.

Noche delirante. En la copa de los árboles cantan los corazones de

los lobos. Un dios macho está violando en cada flor una virgen. La lengua del viento lame las ortigas. Bailes en las frondas. No hay estrellas, ni cielo, ni camino. Bajo el amor de los almendros el barro huele a carne de mujer.

Noche delirante. Al rumor sucede el silencio, al mar el desierto. En la sombra del bosque me burlan los sentidos: oigo voces de arrieros, marimbas, campanas, caballerías galopando por calles empedradas; veo luces, chispas de fraguas volcánicas, faros, tempestades, llamas, estrellas: me siento atado a una cruz de hierro como un mal ladrón; mis narices se llenan de un olor casero de pólvora, trapos y sartenes. Al rumor sucede el silencio, al mar el desierto. Noche delirante. En la oscuridad no existe nada. En la oscuridad no existe nada...

Agarrándome una mano con otra, bailo al compás de las vocales de un grito ¡A-e-i-o-u! ¡A-e-i-o-u! Y al compás monótono de los grillos.

¡A-e-i-o-u! ¡Más ligero! ¡A-e-i-o-u! ¡Más ligero! ¡No existe nada! ¡No existo yo, que estoy bailando en un pie! ¡A-e-i-o-u! ¡Más ligero! ¡U-o-i-e-a! ¡Más! ¡Criiii-criiii! ¡Más! Que mi mano derecha tire de mi izquierda hasta partirme en dos -aeiou- para seguir bailando -uoiea- partido por la mitad -aeiou-, pero cogido de las manos -¡criiii... criiii!

Los güegüechos oyen mi relato sin moverse, así como los santos de mezcla embutidos en los nichos de las iglesias, y sin decir palabra.

– Bailando como loco topé el camino negro donde la sombra dice: “¡Camino rey es éste y quien lo siga el rey será!” Allí vide a mi espalda el camino verde, a mi derecha el rojo y a mi izquierda el blanco. Cuatro caminos se cruzan antes de Xibalbá.

Sin rumbo, los cuatro caminos éranme vedados; después de consultar con mi corazón, me detuve a esperar la aurora llorando de fatiga y de sueño.

En la oscuridad fueron surgiendo imágenes fantásticas y absurdas: ojos, manos, estómagos, quijadas. Numerosas generaciones de hombres se arrancaron la piel para enfundar la selva. Inesperadamente me encontré en un bosque de árboles humanos: veían las piedras, hablaban las hojas, reían las agas y movíanse con voluntad propia el sol, la luna, las estrellas, el cielo y la tierra.

Los caminos se enroscaron y el paisaje fue apareciendo en la claridad de las distancias enigmático y triste, como una mano que se descalza el guante. Líquenes espesos acorazaban los troncos de las ceibas. Los robles más altos ofrecían orquídeas a las nubes que el sol acababa de violar y ensangrentar en el crepúsculo. El culantrillo simulaba una lluvia de esmeraldas en el cuello carnoso de los cocos. Los pinos estaban hechos de pestañas de mujeres románticas.

Cuando los caminos habían desaparecido por opuestas direcciones -opuestas están las cuatro extremidades del cielo-, la oscuridad volvió

a esponjar las cosas, colándolas en la penumbra hasta hacerlas polvo, nada, sombra.

Noche delirante. El tigre de la luna, el tigre de la noche y el tigre de la dulce sonrisa vinieron a disputar mi vida. Caída el ala de la lechuza, lanzáronse al asalto; pero en el momento de ir garra y comillo a destrozar la imagen de Dios -yo era en ese tiempo la imagen de Dios-, la medianoche se enroscó a mis pies y los follajes por donde habían pasado reptando los caminos, desanilláronse en culebras de cuatro colores subiendo el camino de mi epidermis blando y tibio para el frío raspón de sus escamas. Las negras frotaron mis cabellos hasta dormirse de contentas, como hembras con su machos. Las blancas ciñéronme la frente. Las verdes me cubrieron los pies con plumas de kukul. Y las rojas los órganos sagrados...

– ¡Titilganabáh! ¡Titilganabáh!... -gritan los güegüechos-. Les callo para seguir contando.

– Aislado en mil anillos de culebra, concupiscente, torpe, tuve la sexual agonía de sentir que me nacían raíces. La noche era tan oscura que el agua de los ríos se golpeaba en las piedras de los montes, y más allá de los montes, Dios, que hace a veces de dentista loco, arrancaba los árboles de cuajo con la mano del viento.

– ¡Noche delirante! ¡Bailes en las frondas! Los encinales se perseguían bajo las nubes negras, sacudiéndose el rocío como caballerías sueltas. ¡Bailes en las frondas! ¡Noche delirante! Mis raíces crecieron y ramificáronse estimuladas por su afán geocéntrico. Taladré cráneos y ciudades, y pensé y sentí con las raíces añorando la movilidad de cuando no era viento, ni sangre, ni espíritu, ni éter en el éter que llena la cabeza de Dios.

– ¡Titilganabáh! ¡Titilganabáh!

– A lo largo de mis raíces, innumerables y sin nombres, destilóse mi palidez centrina (Cuero de Oro), el betún de mis ojos, mis ojeras y mi vida sin principio ni fin.

– ¡Titilganabáh!

– Y después... -concluí fatigado-, sus personas me oyen, sus personas me tienen, sus personas me ven...

¡A medida que taladro más hondo, más hondo me duele el corazón!

Pero acuérdaseme ahora que he venido a oír contar leyendas de Guatemala y no me cuadra que sus mercedes callen de una pieza, como se les hubiesen comido la lengua los ratones...

La tarde cansa con su mirar de bestia maltratada. En la tienda hace noche, flota el aroma de las especias, vuelan las moscas turbando el ritmo de la destiladera, y por las pajas del techo la luz alarga pajaritas de papel sobre los muros de adobe.

– ¡Los ciegos ven el camino con los ojos de los perros!... -concluye

Don Chepe.

– ¡Las alas son cadenas que nos atan al cielo!... -concluye la Niña Tina.

Y se corta la conversación.

Leyenda del Volcán

Hubo en un siglo un día
que duró muchos siglos

Seis hombres poblaron la Tierra de los Árboles: los tres que venían en el viento y los tres que venían en el agua, aunque no se veían más que tres. Tres estaban escondidos en el río y sólo les veían los que venían en el viento cuando bajaban del monte a beber agua.

Seis hombres poblaron la Tierra de los Árboles.

Los tres que venían en el viento correteaban en la libertad de las campiñas sembradas de maravillas.

Los tres que venían en el agua se colgaban de las ramas de los árboles copiados en el río a morder las frutas o a espantar los pájaros, que eran muchos y de todos colores.

Los tres que venían en el viento despertaban a la tierra, como los pájaros, antes que saliera el sol, y anochecido, los tres que venían en el agua se tendían como los peces en el fondo del río sobre las yerbas pálidas y elásticas, fingiendo gran fatiga; acostaban a la tierra antes que cayera el sol.

Los tres que venían en el viento, como los pájaros, se alimentaban de frutas.

Los tres que venían en el agua, como los peces, se alimentaban de estrellas.

Los tres que venían en el viento pasaban la noche en los bosques, bajo las hojas que las culebras perdidizas removían a instantes o en lo alto de las ramas, entre ardillas, pizotes, micos, micoleones, garrobos y mapaches.

Y los tres que venían en el agua, ocultos en la flor de las pozas o en las madrigueras de lagartos que libraban batallas como sueños o anclaban a dormir como piraguas.

Y en los árboles que venían en el viento y pasaban en el agua, los tres que venían en el viento, los tres que venían en el agua, mitigaban el hambre sin separar los frutos buenos de los malos, porque a los primeros hombres les fue dado comprender que no hay fruto malo; todos son sangre de la tierra, dulcificada o avinagrada, según el árbol que la tiene.

– ¡Nido!...

Pió Monte en un Ave.

Uno de los del viento volvió a ver y sus compañeros le llamaron Nido.

Monte en un Ave era el recuerdo de su madre y su padre, bestia color de agua llovida que mataron en el mar para ganar la tierra, de pupilas doradas que guardaban al fondo dos crucechitas negras, olorosa

a pescado femenina como dedo meñique.

A su muerte ganaron la costa húmeda, surgiendo en el paisaje de la playa, que tenía cierta tonalidad de ensalmo: los chopos dispersos y lejanos los bosques, las montañas, el río que en el panorama del valle se iba quedando inmóvil... ¡La Tierra de los Árboles!

Avanzaron sin dificultad por aquella naturaleza costeña fina como la luz de los diamantes, hasta la coronilla verde de los cabazos próximos y al acercarse al río la primera vez, a mitigar la sed, vieron caer tres hombres al agua.

Nido calmó a sus compañeros -extrañas plantas móviles-, que miraban sus retratos en el río sin poder hablar.

– ¡Son nuestras máscaras, tras ellas se ocultan nuestras caras! ¡Son nuestros dobles, con ellos nos podemos disfrazar! ¡Son nuestra madre, nuestro padre, Monte en un Ave, que matamos para ganar la tierra! ¡Nuestro nahua [5]! ¡Nuestro natal!

La selva prologaba el mar en tierra firme. Aire líquido, hialino casi bajo las ramas, con transparencias azules en el claroscuro de la superficie y verdes de fruta en lo profundo.

Como si se acabara de retirar el mar, se veía el agua hecha luz en cada hoja, en cada bejuco, en cada reptil, en cada flor, en cada insecto...

La selva continuaba hacia el Volcán henchida, tupida, crecida, crepitante, con estéril fecundidad de víbora: océano de hojas reventando en rocas o anegado en pastos, donde las huellas de los plantígrados dibujaban mariposas y leucocitos el sol.

Algo que se quebró en las nubes sacó a los tres hombres de su deslumbramiento.

Dos montañas movían los párpados a un paso del río:

La que llamaban Cabrakán, montaña capacitada para tronchar una selva entre sus brazos y levantar una ciudad sobre sus hombros, escupió saliva de fuego hasta encender la tierra.

Y la incendió.

La que llamaban Hurakán, montaña de nubes, subió al volcán a pelar el cráter con la uñas.

El cielo repentinamente nublado, detenido el día sin sol, amilanadas las aves que escapaban por cientos de canastos, apenas se oía el grito de los tres hombres que venían en el viento, indefensos como los árboles sobre la tierra tibia.

En las tinieblas huían los monos, quedando de su fuga el eco perdido entre las ramas. Como exhalaciones pasaban los venados. En grandes remolinos se enredaban los coches de monte, torpes, con las pupilas cenicientas.

Huían los coyotes, desnudando los dientes en la sombra al rozarse unos con otros, ¡qué largo escalofrío...!

Huían los camaleones, cambiando de colores por el miedo; los tacuazines, las iguanas, los tepescuintles, los conejos, los murciélagos, los sapos, los cangrejos, los cutetes, las taltuzas, los pizotes, los chinchintores, cuya sombra mata.

Huían los cantiles, seguidos de las víboras de cascabel, que con las culebras silbadoras y las cuereadoras dejaban a lo largo de la cordillera la impresión salvaje de una fuga en diligencia. El silbo penetrante uníase al ruido de los cascabeles y al chasquido de las cuereadoras que aquí y allá enterraban la cabeza, descargando latigazazos para abrirse campo.

Huían los camaleones, huían las dantas, huían los basiliscos, que en ese tiempo mataban con la mirada; los jaguares (follajes salpicados de sol), los pumas de pelambre dócil, los lagartos, los topos, las tortugas, los ratones, los zorrillos, los armados, los puercoespines, las moscas, las hormigas...

Y a grandes saltos empezaron a huir las piedras, dando contra las ceibas, que caían como gallinas muertas y a todo correr, las aguas, llevando en las encías una gran sed blanca, perseguidas por la sangre venosa de la tierra, lava quemante que borraba las huellas de las patas de los venados, de los conejos, de los pumas, de los jaguares, de los coyotes; las huellas de los peces en el río hirviente; las huellas de la aves en el espacio que alumbraba un polvito de luz quemada, de ceniza de luz, en la visión del mar. Cayeron en las manos de la tierra, mendiga ciega que no sabiendo que eran estrellas, por no quemarse, las apagó.

Nido vio desaparecer a sus compañeros, arrebatados por el viento, y a sus dobles, en el agua arrebatados por el fuego, a través de maizales que caían del cielo en los relámpagos, y cuando estuvo solo vivió el Símbolo. Dice el Símbolo: Hubo en un siglo un día que duro muchos siglos.

Un día que fue todo mediodía, un día de cristal intacto, clarísimo, sin crepúsculo ni aurora.

– Nido -le dijo el corazón-, al final de este camino...

Y no continuó porque una golondrina pasó muy cerca para oír lo que decía.

Y en vano esperó después la voz de su corazón, renaciendo en cambio, a manera de otra voz en su alma, el deseo de andar hacia un país desconocido.

Oyó que le llamaban. Al sin fin de un caminito, pintado en el paisaje como el de un pan de culebra le llamaba una voz muy honda.

Las arenas del camino, al pasar él convertíanse en alas, y era de ver cómo a sus espaldas se alzaba al cielo un listón blanco, sin dejar huella en la tierra.

Anduvo y anduvo...

Adelante, un repique circundó los espacios. Las campanas entre las nubes repetían su nombre:

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

¡Nido!

Los árboles se poblaron de nidos. Y vio un santo, una azucena y un niño. Santo, flor, y niño la trinidad le recibía. Y oyó:

¡Nido, quiero que me levantes un templo!

La voz se deshizo como manojo de rosas sacudidas al viento y florecieron azucenas en la mano del santo y sonrisas en la boca del niño.

Dulce regreso de aquel país lejano en medio de una nube de abalorio. El Volcán apagaba sus entrañas -en su interior había llorado a cántaros la tierra lágrimas recogidas en un lago, y Nido, que era joven, después de un día que duró muchos siglos, volvió viejo, no quedándole tiempo sino para fundar un pueblo de cien casitas alrededor de un templo.

Leyenda del Cadejo

Y asoma por las vegas el
Cadejo, que roba mozas de
trenzas largas y hace ñudos
en las crines de los caballos

Madre Elvira de San Francisco, prelada del monasterio de Santa Catalina, sería con el tiempo la novicia que recortaba las hostias en el convento de la Concepción, doncella de loada hermosura y habla tan candorosa que la palabra parecía en sus labios flor de suavidad y de cariño.

Desde una ventana amplia y sin cristales miraba la novicia volar las hojas secas por el abraso del verano, vestirse los árboles de flores y caer las frutas maduras en las huertas vecinas al convento, por la parte derruida, donde los follajes, ocultando las paredes heridas y los abiertos techos, transformaban las celdas y los claustros en paraísos olorosos a búcaro y a rosal silvestre; enramadas de fiesta, al decir de los cronistas, donde a las monjas sustituían las palomas de patas de color de rosa, y a sus cánticos los trinos del ceniztonle cimarrón.

Fuera de su ventana, en los hundidos aposentos, se unía la penumbra calentita, en la que las mariposas asedaban el polvo de sus alas, al silencio del patio turbado por el ir y venir de las lagartijas y al blando perfume de las hojas que multiplicaban el cariño de los troncos enraizados en las vetustas paredes.

Y dentro, en la dulce compañía de Dios, quitando la corteza a la fruta de los Ángeles para descubrir la pulpa y la semilla que es el Cuerpo de Cristo, largo como la medula de la naranja -¡vere tu es Deus absconditus!-, Elvira de San Francisco unía su espíritu y su carne a la casa de su infancia, de pesadas aldabas y levísimas rosas, de puertas que partían sollozos en el hilván del viento, de muros reflejados en el agua de las pilas a manera de huelgo en vidrio limpio.

Las voces de la ciudad turbaban la paz de su ventana, melancolía de viajera que oye moverse el puerto antes de levar anclas; la risa de un hombre al concluir la carrera de un caballo o el rodar de un carro, o el llorar de un niño.

Por sus ojos pasaban el caballo, el carro, el hombre, el niño, evocados en paisajes aldeanos, bajo cielos que con su semblante plácido hechizaban la sabia mirada de las pilas sentadas al redor del agua con el aire sufrido de las sirvientas viejas.

Y el olor acompañaba a las imágenes. El cielo olía a cielo, el niño a niño, el campo a campo, el carro a heno, el caballo a rosal viejo, el hombre a santo, las pilas a sombras, las sombras a reposo dominical y el reposo del Señor a ropa limpia...

Oscurecía. Las sombras borraban su pensamiento, relación luminosa de partículas de polvo que nadan en un rayo de sol. Las campanas acercaban a la copa vespéral los labios sin murmullo. ¿Quién habla de besos? El viento sacudía los heliotropos. ¿Heliotropos o hipocampos? Y en los chorros de flores mitigaban su deseo de Dios los colibríes. ¿Quién habla de besos?...

Un taconeo presuroso la sobrecoigió. Los flecos del eco tamborileaban en el corredor...

¿Habría oído mal? ¿No sería el señor pestañado que pasaba los viernes a última hora por las hostias para llevarlas a nueve lugares de allí, al Valle de la Virgen, donde en una colina alzábase dichosa ermita?

Le llamaban el hombre-adormidera. El viento andaba por sus pies. Como fantasma se iba apareciendo al cesar sus pasos de cabrito: el sombrero en la mano, los botines pequeñines, algo así como dorados, envuelto en un gabán azul, y esperaba los hostearios en el umbral de la puerta.

Si que era; pero esta vez venía alarmadísimo y a las volandas, como a evitar una catástrofe.

– ¡Niña, niña! -entro dando voces-, ¡le cortarán la trenza, le cortarán la trenza, le cortarán la trenza!...

Lívida y elástica, la novicia se puso en pie para ganar la puerta al verle entrar; más calzada de caridad con los zapatos que en vida usaba una monja paralítica, al oírle gritar sintió que le ponía los pies la monja que paso la vida inmóvil, y no pudo dar paso...

... Un sollozo, como estrella, la titilaba en la garganta. Los pájaros tijereteaban el crepúsculo entre las ruinas pardas e impedidas. Dos eucaliptos gigantes rezaban salmos penitenciales.

Atada a los pies de un cadáver, sin poder moverse, lloró desconsoladamente, tragándose las lágrimas en silencio como los enfermos a quienes se les secan y enfrían los órganos por partes. Se sentía muerta, se sentía aterrada, sentía que en su tumba -el vestido de huérfana que ella llenaba de tierra con su ser- florecían rosales de palabras blancas, y poco a poco su congoja se hizo alegría de sosegado acento... Las monjas -rosales ambulantes- cortábanse las rosas unas a otras para adornar los altares de la Virgen, y de las rosas brotaba el mes de mayo, telaraña de aromas en la que Nuestra Señora caía prisionera temblando como una mosca de luz.

Pero el sentimiento de su cuerpo florecido después de la muerte fue dicha pasajera.

Como a una cometa que de pronto le falta hilo entre las nubes, la hizo caer de cabeza, con todo y trapos al infierno, el peso de su trenza. En su trenza estaba el misterio. Suma de instantes angustiosos. Perdió el sentido en sus suspiros y hasta cerca del hervidero donde

burbujearan los diablos tornó a sentirse en la tierra. Un abanico de realidades posibles se abría en torno suyo: la noche con azúcares de hojaldre, los pinos olorosos a altar, el polen de la vida en el pelo del aire, gato sin forma ni color que araña las aguas de las pilas y desasosiega los papeles viejos.

La ventana y ella se llenaban de cielo...

- ¡Niña, Dios sabe a sus manos cuando comulgo! -murmuró el del gabán, alargando sobre las brasas de sus ojos la parrilla de sus pestañas.

La novicia retiró las manos de las hostias al oír la blasfemia ¡No, no era un sueño! Luego palpose los brazos, los hombros, el cuello, la cara, la trenza... Detuvo la respiración un momento, largo como un siglo al sentirse trenza. ¡No, no era un sueño, bajo el manojito tibio de su pelo revivía dándose cuenta de sus adornos de mujer, acompañada en sus bodas diabólicas del hombre-adormidera y de una candela encendida en el extremo de la habitación, oblonga como ataúd! ¡La luz sostenía la imposible realidad del enamorado, que alargaba los brazos como un Cristo que en un viático se hubiese vuelto murciélago, y era su propia carne! Cerró los ojos para huir, envuelta en su ceguera, de aquella visión de infierno, del hombre que con sólo ser hombre la acariciaba hasta donde ella era mujer -¡La más abominable de las concupiscencias!-; pero todo fue bajar sus redondos párpados pálidos como levantarse de sus zapatos, empapada en llanto, la monja paralítica, y más corriendo los abrió... Rasgó la sombra, abrió los ojos, salióse de sus adentros hondos con las pupilas sin quietud, como ratones en la trampa, caótica, sorda, desemblantadas las mejillas -alfilereros de lágrimas-, sacudiéndose entre el estertor de una agonía ajena que llevaba en los pies y el chorro de carbón vivo de su trenza retorcida en invisible llama que llevaba a la espalda...

Y no supo más de ella. Entre un cadáver y un hombre, con su sollozo de embrujada indesatible en la lengua, que sentía ponzoñosa, como su corazón, medio loca, regando las hostias, arrebatóse en busca de sus tijeras, y al encontrarlas se cortó la trenza y, libre de su hechizo, huyó en busca del refugio seguro de la madre superiora, sin sentir más sobre sus pies los de la monja...

* * *

Pero, al caer su trenza, ya no era trenza: se movía, ondulaba sobre el colchoncito de las hostias regadas en el piso.

El hombre-adormidera buscó hacia la luz. En las pestañas temblábanle las lágrimas como las últimas llamitas en el carbón de la cerilla que se apaga. Resbalaba por el haz del muro con el resuello sepultado, sin mover las sombras, sin hacer ruido, anhelando llegar a

la llama que creía su salvación. Pronto su paso medurado se deshizo en fuga espantosa. El reptil sin cabeza dejaba la hojarasca sagrada de las hostias y enfilaba hacia él. Reptó bajo sus pies como la sangre negra de un animal muerto, y de pronto, cuando iba a tomar la luz, saltó con cascabeles de agua que fluye libre y ligera a enroscarse como látigo en la candela, que hizo llorar hasta consumirse, por el alma del que con ella se apagaba para siempre. Y así llegó a la eternidad el hombre-adormidera, por quien lloran los cactus lágrimas blancas todavía.

El demonio había pasado como un soplo por la trenza que, al extinguirse la llama de la vela, cayó en piso inerte.

Y a la medianoche, convertido en un animal largo -dos veces un carnero por luna llena, del tamaño de un sauce llorón por la luna nueva-, con cascos de cabro, orejas de conejo y cara de murciélago, el hombre-adormidera arrastró al infierno la trenza negra de la novicia que con el tiempo sería madre Elvira de San Francisco -así nace el cadejo-, mientras ella soñaba entre sonrisas de ángeles, arrodillada en su celda, con la azucena y el cordero místico.

Leyenda de la Tatuana

Ronda por Casa-Mata la Tatuaba...

El Maestro Almendro tiene la barba rosada, fue uno de los sacerdotes que los hombres blancos tocaron creyéndoles de oro, tanta riqueza vestían, y sabe el secreto de las plantas que lo curan todo, el vocabulario de la obsidiana -piedra que habla- y leer los jeroglíficos de las constelaciones.

Es el árbol que amaneció un día en el bosque donde está plantado, sin que ninguno lo sembrara, como si lo hubieran llevado los fantasmas. El árbol que anda... El árbol que cuenta los años de cuatrocientos días por las lunas que ha visto, que ha visto muchas lunas, como todos los árboles, y que vino ya viejo del Lugar de la Abundancia.

Al llenar la luna del Búho-Pescador (nombre de uno de los veinte meses del año de cuatrocientos días), el Maestro Almendro repartió el alma entre los caminos. Cuatro eran los caminos y se marcharon por opuestas direcciones hacia las cuatro extremidades del cielo. La negra extremidad: Noche sortilega. La verde extremidad: Tormenta primaveral. La roja extremidad: Guacamayo o éxtasis de trópico. La blanca extremidad: Promesa de tierras nuevas. Cuatro eran los caminos.

– ¡Caminín! ¡Caminito!... -dijo al Camino Blanco una paloma blanca, pero el Caminito Blanco no la oyó. Quería que le dieran el alma del Maestro, que cura de sueños. Las palomas y los niños padecen de ese mal.

– ¡Caminín! ¡Caminito!... -dijo al Camino Rojo un corazón rojo; pero el Camino Rojo no lo oyó. Quería distraerlo para que olvidara el alma del Maestro. Los corazones, como los ladrones, no devuelven las cosas olvidadas.

– ¡Caminín! ¡Caminito!... -dijo al Camino Verde un emparrado verde, pero el Camino Verde no lo oyó. Quería que con el alma del Maestro le desquitase algo de su deuda de hojas y de sombra.

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?

El más veloz, el Camino Negro, el camino al que ninguno hablo en el camino, se detuvo en la ciudad, atravesó la plaza y en el barrio de los mercaderes, por un ratito de descanso, dio el alma del Maestro al mercader de joyas sin precio.

Era la hora de los gatos blancos. Iban de un lado a otro. ¡Admiración de los rosales! Las nubes parecían ropas en los tendederos del cielo.

Al saber el Maestro lo que el Camino Negro había hecho, tomó

naturaleza humana nuevamente, desnudándose de la forma vegetal de un riachuelo que nacía bajo la luna ruboroso como una flor de almendro, y encaminóse a la ciudad.

Llegó al valle después de una jornada, en el primer dibujo de la tarde, a la hora en que volvían los rebaños, conversando a los pastores, que contestaban monosilábicamente a sus preguntas, extrañados, como ante una aparición, de su túnica verde y su barba rosada.

En la ciudad se dirigió a Poniente. Hombres y mujeres rodeaban las pilas públicas. El agua sonaba a besos al ir llenando los cántaros. Y guiado por las sombras, en el barrio de los mercaderes encontró la parte de su alma vendida por el Camino Negro al Mercader de Joyas sin precio. La guardaba en el fondo de una caja de cristal con cerradores de oro.

Sin perder tiempo se acerco al Mercader, que en un rincón fumaba, a ofrecerle por ella cien arrobas de perlas.

El Mercader sonrió de la locura del Maestro. ¿Cien arrobas de perlas? ¡No, sus joyas no tenían precio!

El Maestro aumentó la oferta. Los mercaderes se niegan hasta llenar su tanto. Le daría esmeraldas, grandes como maíces, de cien en cien almudes, hasta formar un lago de esmeraldas.

El Mercader sonrió de la locura del Maestro. ¿Un lago de esmeraldas? ¡No, sus joyas no tenían precio!

Le daría amuletos, ojos de namik para llamar el agua, plumas contra la tempestad, marihuana para su tabaco...

El Mercader se negó.

¡Le daría piedras preciosas para construir, a medio lago de esmeraldas, un palacio de cuento!

El Mercader se negó. Sus joyas no tenían precio, y, además ¿a que seguir hablando?, ese pedacito de alma lo quería para cambiarlo, en un mercado de esclavas, por la esclava más bella.

Y todo fue inútil, inútil que el Maestro ofreciera y dijera, tanto como lo dijo, su deseo de recobrar el alma. Los mercaderes no tienen corazón.

Una hebra de humo de tabaco separaba la realidad del sueño, los gatos negros de los gatos blancos y al Mercader del extraño comprador, que al salir sacudió sus sandalias en el quicio de la puerta. El polvo tiene maldición.

Después de un año de cuatrocientos días -sigue la leyenda- cruzaba los caminos de la cordillera el Mercader. Volvía de países lejanos, acompañado de la esclava comprada con el alma del Maestro, del pájaro flor, cuyo pico trocaba en jacintos las gotitas de miel, y de un séquito de treinta servidores montados.

- ¡No sabes -decía el Mercader a la esclava, arrendando su

caballería- cómo vas a vivir en la ciudad! ¡Tu casa será un palacio y a tus órdenes estarán todos mis criados, yo el último, si así lo mandas tú!

– Allá -continuaba con la cara a mitad bañada por el Sol- todo será tuyo. ¡Eres una joya, y yo soy el Mercader de joyas sin precio! ¡Vales un pedacito de alma que no cambié por un lago de esmeraldas!... En una hamaca juntos veremos caer el sol y levantarse el día, sin hacer nada, oyendo los cuentos de una vieja mañosa que sabe mi destino. Mi destino, dice, está en los dedos de una mano gigante, y sabrá el tuyo, si así lo pides tú.

La esclava se volvía al paisaje de colores diluidos en azules que la distancia iba diluyendo a la vez. Los árboles tejían a los lados del camino una caprichosa decoración de güipil. Las aves daban la impresión de volar dormidas, sin alas, en la tranquilidad del cielo, y en el silencio de granito, el jadeo de las bestias, cuesta arriba, cobraba acento humano.

La esclava iba desnuda. Sobre sus senos, hasta sus piernas, rodaba su cabellera negra envuelta en un solo manojo, como una serpiente. El Mercader iba vestido de oro, abrigadas las espaldas con una Manta de lana de chivo. Palúdico y enamorado, al frío de su enfermedad se unía el temblor de su corazón. Y los treinta servidores montados llegaban a la retina como las figuras de un sueño.

Repentinamente, aislados goterones rociaron el camino percibiéndose muy lejos, en los abajaderos, el grito de los pastores que recogían los ganados, temerosos de la tempestad. Las cabalgaduras apuraron el paso para ganar un refugio, pero no tuvieron tiempo: tras los goterones, el viento azotó las nubes, violentando selvas hasta llegar al valle, que a la carrera se echaba encima las mantas mojadas de la bruma, y los primeros relámpagos iluminaron el paisaje, como los fogonazos de un fotógrafo loco que tomase instantáneas de tormenta.

Entre las caballerías que huían como asombros, rotas las riendas, ágiles las piernas, grifa la crin al viento y las orejas vueltas hacia atrás, un tropezón del caballo hizo rodar al Mercader al pie de un árbol, que, fulminado por el rayo en ese instante, le tomó con las raíces como una mano que recoge una piedra, y le arrojó al abismo.

En tanto, el Maestro Almendro, que se había quedado en la ciudad perdido, deambulaba como loco por las calles, asustando a los niños, recogiendo basuras y dirigiéndose de palabra a los asnos, a los bueyes y a los perros sin dueño, que para él formaban con el hombre la colección de bestias de mirada triste.

– ¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?... -preguntaba de puerta en puerta a las gentes, que cerraban sin responderle, extrañadas, como ante una aparición, de su túnica verde y su barba

rosada.

Y pasado mucho tiempo, interrogando a todos, se detuvo a la puerta del Mercader de Joyas sin precio a preguntar a la esclava, única sobreviviente de aquella tempestad:

– ¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?...

El sol, que iba sacando la cabeza de la camisa blanca del día, borraba en la puerta, claveteada de oro y plata, la espalda del Maestro y la cara morena de la que era un pedacito de su alma, joya que no compró con un lago de esmeraldas.

– ¿Cuántas lunas pasaron andando los caminos?...

Entre los labios de la esclava se acurrucó la respuesta y endureció como sus dientes. El Maestro callaba con insistencia de piedra misteriosa. Llenaba la luna del Búho-Pescador. En silencio se lavaron la cara con los ojos, al mismo tiempo, como dos amantes que han estado ausentes y se encuentran de pronto.

La escena fue turbada por ruidos insolentes. Venían a prenderles en nombre de Dios y el Rey; por brujo a él y por endemoniada a ella. Entre cruces y espadas bajaron a la cárcel, el Maestro con la barba rosada y la túnica verde, y la esclava luciendo las carnes que de tan firmes parecían de oro.

Siete meses después, se les condenó a morir quemados en la Plaza Mayor. La víspera de la ejecución, el Maestro acercóse a la esclava y con la uña le tatuó un barquito en el brazo, diciéndole:

– Por virtud de este tatuaje, Tatuana, vas a huir siempre que te halles en peligro, como vas a huir hoy. Mi voluntad es que seas libre como mi pensamiento; traza este barquito en el muro, en el suelo, en el aire, donde quieras, cierra los ojos, entra en él y vete...

¡Vete, pues mi pensamiento es más fuerte que ídolo de barro amasado con cebollón!

¡Pues mi pensamiento es más dulce que la miel de las abejas que liban la flor del suquinay!

¡Pues mi pensamiento es el que se torna invisible!

Sin perder un segundo la Tatuana hizo lo que el Maestro dijo: trazó el barquito, cerró los ojos y entrando en él -el barquito se puso en movimiento-, escapó de la prisión y de la muerte.

Y a la mañana siguiente, la mañana de la ejecución, los alguaciles encontraron en la cárcel un árbol seco que tenía entre las ramas dos o tres florecitas de almendro, rosadas todavía.

Leyendas del Sombrerón

El sombrerón recorre los portales...

En aquel apartado rincón del mundo, tierra prometida a una Reina por un Navegante loco, la mano religiosa había construido el más hermoso templo al lado de la divinidades que en cercanas horas fueran testigo de la idolatría del hombre -el pecado más abominable a los ojos de Dios-, y al abrigo de los tiempo de montañas y volcanes detenían con sus inmensas moles.

Los religiosos encargados del culto, corderos de corazón de león, por flaqueza humana, sed de conocimientos, vanidad ante un mundo nuevo o solicitud hacia la tradición espiritual que acarreaban navegantes y clérigos, se entregaron al cultivo de las bellas artes y al estudio de las ciencias y la filosofía, descuidando sus obligaciones y deberes a tal punto, que, como se sabrá el Día del juicio, olvidábanse de abrir al templo, después de llamar a misa, y de cerrarlo concluidos los oficios...

Y era de ver y era de oír y de saber las discusiones en que por días y noches se enredaban los mas eruditos, trayendo a tal ocurrencia citas de textos sagrados, los más raros y refundidos.

Y era de ver y era de oír y de saber la plácida tertulia de los poetas, el dulce arrebató de los músicos y la inaplazable labor de los pintores, todos entregados a construir mundos sobrenaturales con los recados y privilegios del arte.

Reza en viejas crónicas, entre apostillas frondosas de letra irregular, que a nada se redujo la conversación de los filósofos y los sabios; pues, ni mencionan sus nombres, para confundirles la Suprema Sabiduría les hizo oír una voz que les mandaba se ahorraran el tiempo de escribir sus obras. Conversaron un siglo sin entenderse nunca ni dar una plumada, y diz que cavilaban en tamaños errores.

De los artistas no hay mayores noticias. Nada se sabe de los músicos. En las iglesias se topan pinturas empolvadas de imágenes que se destacan en fondos pardos al pie de ventanas abiertas sobre panoramas curiosos por la novedad del cielo y el sin número de volcanes. Entre los pintores hubo imagineros y a juzgar por las esculturas de Cristos y Dolorosas que dejaron, deben haber sido tristes y españoles. Eran admirables. Los literatos componían en verso, pero de su obra sólo se conocen palabras sueltas.

Prosigamos. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos, como dice Bernal Díaz del Castillo en “La Conquista de Nueva España”, historia que escribió para contradecir a otro historiador; en suma, lo que hacen los historiadores.

Prosigamos con los monjes...

Entre los unos, sabios y filósofos, y los otros, artistas y locos, había uno a quien llamaban a secas el Monje, por su celo religioso y santo temor de Dios y porque se negaba a tomar parte en las discusiones de aquéllos en los pasatiempos de éstos, juzgándoles a todos víctimas del demonio.

El Monje vivía en oración dulces y buenos días, cuando acertó a pasar, por la calle que circunda los muros del convento, un niño jugando con una pelotita de hule.

Y sucedió...

Y sucedió, repito para tomar aliento, que por la pequeña y única ventana de su celda, en uno de los rebotes, colóse la pelotita.

El religioso, que leía la Anunciación de Nuestra Señora en un libro de antes, vio entrar el cuerpecito extraño, no sin turbarse, entrar y rebotar con agilidad midiendo piso y pared, pared y piso, hasta perder el impulso y rodar a sus pies, como un pajarito muerto. ¡Lo sobrenatural! Un escalofrío le cepilló la espalda.

El corazón le daba martillazos, como a la Virgen desustanciada en presencia del Arcángel. Poco, necesitó, sin embargo, para recobrarse y reír entre dientes de la pelotita. Sin cerrar el libro ni levantarse de su asiento, agachóse para tomarla del suelo y devolverla, y a devolverla iba cuando una alegría inexplicable le hizo cambiar de pensamiento: su contacto le produjo gozos de santo, gozos de artista, gozos de niño...

Sorprendido, sin abrir bien sus ojillos de elefante, cálidos y castos, la apretó con toda la mano, como quien hace un cariño, y la dejó caer en seguida, como quien suelta una brasa; mas la pelotita, caprichosa y coqueta, dando un rebote en el piso, devolvióse a sus manos tan ágil y tan presta que apenas si tuvo tiempo de tomarla en el aire y correr a ocultarse con ella en la esquina más oscura de la celda, como el que ha cometido un crimen.

Poco a poco se apoderaba del santo hombre un deseo loco de saltar y saltar como la pelotita. Si su primer intento había sido devolverla, ahora no pensaba en semejante cosa, palpando con los dedos complacidos su redondez de fruto, recreándose en su blancura de armiño, tentado de llevársela a los labios y estrecharla contra sus dientes manchados de tabaco; en el cielo de la boca le palpitaba un millar de estrellas...

– ¡La Tierra debe ser esto en manos del Creador! -pensó.

No lo dijo porque en ese instante se le fue de las manos -rebotadora inquietud-, devolviéndose en el acto, con voluntad extraña, tras un salto, como una inquietud.

– ¿Extraña o diabólica?...

Fruncía las cejas -brochas en las que la atención riega dentífrico invisible- y, tras vanos temores, reconciliábase con la pelotita, digna

de él y de toda alma justa, por su afán elástico de levantarse al cielo.

Y así fue como en aquel convento, en tanto unos monjes cultivaban las Bellas Artes y otros las Ciencias y la Filosofía, el nuestro jugaba en los corredores con la pelotita.

Nubes, cielo, tamarindos... Ni un alma en la pereza del camino. De vez en cuando, el paso celeroso de bandadas de pericas domingueras comiéndose el silencio. El día salía de las narices de los bueyes, blanco, caliente, perfumado.

A la puerta del templo esperaba el monje, después de llamar a misa, la llegada de los feligreses jugando con la pelotita que había olvidado en la celda. ¡Tan liviana, tan ágil, tan blanca!, repetíase mentalmente. Luego, de viva voz, y entonces el eco contestaba en la iglesia, saltando como un pensamiento:

¡Tan liviana, tan ágil, tan blanca!... Sería una lástima perderla. Esto le apenaba, arreglándoselas para afirmar que no la perdería, que nunca le sería infiel, que con él la enterrarían..., tan liviana, tan ágil, tan blanca...

¿Y si fuese el demonio?

Una sonrisa disipaba sus temores: era menos endemoniada que el Arte, las Ciencias y la Filosofía, y, para no dejarse mal aconsejar por el miedo, tornaba a las andadas, tentando de ir a traerla, enjuagándose con ella de rebote en rebote..., tan liviana, tan ágil, tan blanca...

Por los caminos -aún no había calles en la ciudad trazada por un teniente para ahorcar- llegaban a la iglesia hombres y mujeres ataviados con vistosos trajes, sin que el religioso se diera cuenta, arrobado como estaba en sus pensamientos. La iglesia era de piedras grandes; pero, en la hondura del cielo, sus torres y cúpula perdían peso, haciéndose ligeras, aliviadas, sutiles. Tenía tres puertas mayores en la entrada principal, y entre ellas, grupos de columnas salomónicas, y altares dorados, y bóvedas y pisos de un suave color azul. Los santos estaban como peces inmóviles en el acuoso resplandor del templo.

Por la atmósfera sosegada se esparcían tuteos de palomas, balidos de ganados, trotes de recuas, gritos de arrieros. Los gritos abríanse como lazos en argollas infinitas, abarcándolo todo: alas, besos, cantos. Los rebaños, al ir subiendo por las colinas, formaban caminos blancos, que al cabo se borraban. Caminos blancos, caminos móviles, caminitos de humo para jugar una pelota con un monje en la mañana azul...

– ¡Buenos días le dé Dios, señor!

La voz de una mujer sacó al monje de sus pensamientos. Traía de la mano a un niño triste.

– ¡Vengo, señor, a que, por vida suya, le eche los Evangelios a mi hijo, que desde hace días está llora que llora, desde que perdió aquí, al costado del convento, una pelota que, ha de saber su merced, los vecinos aseguraban era la imagen del demonio...

(...tan liviana, tan ágil, tan blanca...)

El monje se detuvo de la puerta para no caer del susto, y, dando la espalda a la madre y al niño, escapó hacia su celda, sin decir palabra, con los ojos nublados y los brazos en alto.

Llegar allí y despedir la pelotita, todo fue uno.

– ¡Lejos de mí, Satán! ¡Lejos de mí, Satán!

La pelota cayó fuera del convento -fiesta de brincos y rebrincos de corderillo en libertad-, y, dando su salto inusitado, abrióse como por encanto en forma de sombrero negro sobre la cabeza del niño, que corría tras ella. Era el sombrero del demonio.

Y así nace al mundo el Sombrerón.

Leyenda del tesoro del Lugar Florido

¡El Volcán despejado era la guerra!

Se iba apagando el día entre las piedras húmedas de la ciudad, a sorbos, como se consume el fuego en la ceniza. Cielo de cáscara de naranja, la sangre de las pitahayas goteaba entre las nubes, a veces coloreadas de rojo y a veces rubias como el pelo del maíz o el cuero de los pumas.

En lo alto del templo, un vigilante vio pasar una nube a ras del lago, casi besando el agua, y posarse a los pies del volcán. La nube se detuvo, y tan pronto como el sacerdote la vio cerrar los ojos, sin recogerse el manto, que arrastraba a lo largo de las escaleras, bajó al templo gritando que la guerra había concluido. Dejaba caer los brazos, como un pájaro las alas, al escapar el grito de sus labios, alzándolos de nuevo a cada grito. En el atrio, hacia Poniente, el sol puso en sus barbas, como en las piedras de la ciudad, un poco de algo que moría...

A su turno partieron pregoneros anunciando a los cuatro vientos que la guerra había concluido en todos los dominios de los señores de Atitlán.

Y ya fue noche de mercado. El lago se cubrió de luces. Iban y venían las barcas de los comerciantes, alumbradas como estrellas. Barcas de vendedores de frutas. Barcas de vendedores de vestidos y calzas. Barcas de vendedores de jadeítas, esmeraldas, perlas, polvo de oro, cálamos de pluma llenos de aguas aromáticas, brazaletes de caña blanca. Barcas de vendedores de miel, chile verde y en polvo, sal y copales preciosos. Barcas de vendedores de tintes y plumajería. Barcas de vendedores de trementina, hojas y raíces medicinales. Barcas de vendedores de gallinas. Barcas de vendedores de cuerdas de maguey, zibaque para esteras, pita para hondas, ocote rajado, vajilla de barro pequeña y grande, cueros curtidos y sin curtir, jícaras y máscaras de morro. Barcas de vendedores de guacamayos, loros, cocos, resina fresca y ayotes de muy gentiles pepitas...

Las hijas de los señores paseaban al cuidado de los sacerdotes, en piraguas alumbradas como mazorcas de maíz blanco, y las familias de calidad, llevando comparsa de músicos y cantores, alternaban con las voces de los negociantes, diestros y avisados en el regatear.

El bullicio, empero, no turbaba la noche. Era un mercado flotante de gente dormida, que parecía comprar y vender soñando. El cacao, moneda vegetal, pasaba de mano a mano sin ruido, entre nudos de barcas y de hombres. Con las barcas de volatería llegaban el cantar de los cenzontles, el aspaviento de las chorchas, el parloteo de los pericos... Los pájaros costaban el precio que les daba el comprador, nunca menos de veinte granos, porque se mercaban para regalos de

amor.

En las orillas del lago se perdían, temblando entre la arboleda, la habladera y las luces de los enamorados y los vendedores de pájaros.

Los sacerdotes amanecieron vigilando el Volcán desde los grandes pinos. Oráculo de la paz y de la guerra, cubierto de nubes era anuncio de paz, de seguridad en el Lugar Florido, y despejado, anuncio de guerra, de invasión enemiga. De ayer a hoy se había cubierto de vellones por entero, sin que lo supieran los girasoles ni los colibríes.

Era la paz. Se darían fiestas. Los sacrificadores iban en el templo de un lado a otro, reparando trajes, aras y cuchillos de obsidiana. Ya sonaban los tambores, las flautas, los caracoles, los atabales, los tunes. Ya estaban adornados los sitiales con respaldo. Había flores, frutos, pájaros, colmenas, plumas, oro y piedras caras para recibir a los guerreros. De las orillas del lago se disparaban barcas que llevaban y traían gente de vestidos multicolores, gente con no sé qué de vegetal. Y las pausas espesaban la voz de los sacerdotes, cubiertos de mitras amarillas y alineados de lado a lado de las escaleras, como trenzas de oro, en el templo de Atit.

– ¡Nuestros corazones reposaron a la sombra de nuestras lanzas! - clamaban los sacerdotes...

– ¡Y se blanquearon las cavidades de los árboles, nuestras casas, con detritus de animales, águila y jaguar!...

– ¡Aquí va el cacique! ¡Es éste! ¡Este que va aquí! -parecían decir los eminentes, barbados como dioses viejos, e imitarles las tribus olorosas a lago y a telar-. ¡Aquí va el cacique! ¡Es éste! ¡Este que va aquí!...

– ¡Allí veo a mi hijo, allí, allí, en esa fila! -gritaban las madres, con los ojos, de tanto llorar, suaves como el agua.

– ¡Aquél -interrumpían las doncellas- es el dueño de nuestro olor! ¡Su máscara de puma y las plumas rojas de su corazón!

Y otro grupo, al paso:

– ¡Aquél es el dueño de nuestros días! ¡Su máscara de oro y sus plumas de sol!

Las madres encontraban a sus hijos entre los guerreros, porque conocían sus máscaras, y las doncellas, porque sus guardadores les anunciaban sus vestidos.

Y señalando al cacique:

– ¡Es él! ¿No veis su pecho rojo como la sangre y sus brazos verdes como la sangre vegetal? ¡Es sangre de árbol y sangre de animal! ¡Es ave y árbol! ¿No veis la luz en todos sus matices sobre su cuerpo de paloma? ¿No veis sus largas plumas en la cola? ¡Ave de sangre verde! ¡Árbol de sangre roja! ¡Kukul! ¡Es él! ¡Es él!

Los guerreros desfilaban, según el color de sus plumas, en escuadrones de veinte, de cincuenta y de cien. A un escuadrón de

veinte guerreros de vestidos y penachos rojos, seguían escuadrones de cuarenta de penachos y vestidos verdes y de cien guerreros de plumas amarillas. Luego los de las plumas de varios matices, recordando el guacamayo, que es el engañador. Un arco iris en cien pies...

– ¡Cuatro mujeres se aderezaron con casacas de algodón y flechas! ¡Ellas combatieron parecidas en todo a cuatro adolescentes! -se oía la voz de los sacerdotes a pesar de la muchedumbre, que, sin estar loca, como loca gritaba frente al templo de Atit, henchido de flores, racimos de frutas y mujeres que daban a sus senos color y punta de lanzas.

El cacique recibió en el vaso pintado de los baños a los mensajeros de los hombres de Castilán, que enviaba el Pedro de Alvarado, con muy buenas palabras, y los hizo ejecutar en el acto. Después vestido de plumas rojas el pecho y verdes los brazos, llevando manto de finísimos bordados de pelo de ala tornasol, con la cabeza descubierta y los pies desnudos en sandalias de oro, salió a la fiesta entre los Eminentes, los Consejeros y los Sacerdotes: Veíase en su hombro una herida simulada con tierra roja y lucía tantas sortijas en los dedos que cada una de sus manos remedaba un girasol.

Los guerreros bailaban en la plaza asaeteando a los prisioneros de guerra, adornados y atados a la faz de los árboles.

Al paso del cacique, un sacrificador, vestido de negro, puso en sus manos una flecha azul.

El sol asaeteaba a la ciudad, disparando sus flechas desde el arco del lago...

Los pájaros asaeteaban el lago, disparando sus flechas desde el arco del bosque...

Los guerreros asaeteaban a las víctimas, cuidando de no herirlas de muerte para prolongar la fiesta y su agonía.

El cacique tendió el arco y la flecha azul contra el más joven de los prisioneros, para burlarlo, para adorarlo. Los guerreros en seguida lo atravesaron con sus flechas, desde lejos, desde cerca, bailando al compás de los atabales.

De improviso, un vigilante interrumpió la fiesta. ¡Cundió la alarma! El ímpetu y la fuerza con que el Volcán rasgaba las nubes anunciaban un poderoso ejército en marcha sobre la ciudad. El cráter aparecía más y más limpio. El crepúsculo dejaba en las peñas de la costa lejana un poco de algo que moría sin estruendo, como las masas blancas, hace un instante inmóviles y ahora presas de agitación en el derrumbamiento. Lumbreras apagadas en las calles... Gemidos de palomas bajo los grandes pinos... ¡El Volcán despejado era la guerra!...

– ¡Te alimenté pobremente de mi casa y mi recolección de miel; yo habría querido conquistar la ciudad, que nos hubiera hecho ricos! -clamaban los sacerdotes vigilantes desde la fortaleza, con las manos

ilustradas extendidas hacia el Volcán, exento en la tiniebla mágica del lago, en tanto los guerreros se ataviaban y decían:

– ¡Que los hombres blancos se confundan viendo nuestras armas!
¡Que no falte en nuestras manos la pluma tornasol, que es flecha, flor y tormenta primaveral! ¡Que nuestras lanzas hieran sin herir!

Los hombres blancos avanzaban; pero apenas se veían en la neblina. ¿Eran fantasmas o seres vivos? No se oían sus tambores, no sus clarines, no sus pasos, que arrebatava el silencio de la tierra. Avanzaban sin clarines, sin pasos, sin tambores.

En los maizales se entabló la lucha. Los del Lugar Florido pelearon buen rato, y derrotados, replegarónse a la ciudad, defendida por una muralla de nubes que giraba como los anillos de Saturno.

Los hombres blancos avanzaban sin clarines, sin pasos, sin tambores. Apenas se veían en la neblina sus espadas, sus corazas, sus lanzas, sus caballos. Avanzaban sobre la ciudad como la tormenta, barajando nubarrones, sin indagar peligros, avasalladores, férreos, inatacables, entre centellas que encendían en sus manos fuegos efímeros de efímeras luciérnagas; mientras, parte de las tribus se aprestaba a la defensa y parte huía por el lago con el tesoro del Lugar Florido a la falda del Volcán, despejado en la remota orilla, trasladándolo en barcas que los invasores, perdidos en diamantino mar de nubes, columbraban a lo lejos como explosiones de piedras preciosas.

No hubo tiempo de quemar los caminos. ¡Sonaban los clarines! ¡Sonaban los tambores! Como anillo de nebulosas se fragmentó la muralla de la ciudad en las lanzas de los hombres blancos, que, improvisando embarcaciones con troncos de árboles, precipitáronse de la población abandonada a donde las tribus enterraban el tesoro. ¡Sonaban los clarines! ¡Sonaban los tambores! Ardía el sol en los cacaguatales. Las islas temblaban en las aguas conmovidas, como manos de brujos extendidas hacia el Volcán.

¡Sonaban los clarines! ¡Sonaban los tambores!

A los primeros disparos de los arcabuces, hechos desde las barcas, las tribus se desbandaron por las arroyadas, abandonando perlas, diamantes, esmeraldas, ópalos, rubíes, amargajitas, oro en tejuelos, oro en polvo, oro trabajado, ídolos, joyas, chalchihuitls, andas y doseles de plata, copas y vajillas de oro, cerbatanas recubiertas de una brisa de aljófár y pedrería cara, aguamaniles de cristal de roca, trajes, instrumentos y tercios cien y tercios mil de telas bordadas con rica labor de pluma; montaña de tesoros que los invasores contemplaban desde sus barcas deslumbrados, disputando entre ellos la mejor parte del botín. Y ya para saltar a tierra -¡sonaban los clarines!, ¡sonaban los tambores!- percibieron, de pronto, el resuello del Volcán. Aquel respirar lento del Abuelo del Agua les detuvo; pero, resueltos a todo,

por segunda vez intentaron desembarcar a merced de un viento favorable y apoderarse del tesoro. Un chorro de fuego les barrió el camino. Escupida de sapo gigantesco. ¡Callaron los clarines! ¡Callaron los tambores! Sobre las aguas flotaban los tizones como rubíes y los rayos de sol como diamantes, y, chamuscados dentro de sus corazas, sin gobierno sus naves, flotaban a la deriva los de Pedro de Alvarado, viendo caer, petrificados de espanto, lívidos ante el insulto de los elementos, montañas sobre montañas, selvas sobre selvas, ríos y ríos en cascadas, rocas a puñados, llamas, cenizas, lava, arena, torrentes, todo lo que arrojaba el Volcán para formar otro volcán sobre el tesoro del Lugar Florido, abandonado por las tribus a sus pies, como un crepúsculo.

Leyenda de las tablillas que cantan

En las tejavanas de los templos de tiniebla y agua, alzados en zancos de pirámides, tejavanas de madera coloridas al final de escalinatas que caían como cascadas de cantos rodados; en los dinteles de las fortalezas ‘de muros de granizo petrificado; en los quicios de las casas de todos los días y todas las noches, construidas con troncos de árboles sobre colinas siempre verdes, amanecían con la luna nueva tablillas cubiertas de símbolos y signos pintados para el canto y el baile, y depositadas allí, antes del alba, anónimamente, por los Mascadores de Luna que llegaban de los bosques, sin dar la cara, sin dejar huellas, urgidos, cautelosos, arropados en ligero ripio de neblina.

Distribuidas las tablillas, poemas para cantar y bailar, que apenas eran fragmentos de la estera de palabras sin precio himnos a los dioses en los templos, cantos de guerra en las fortalezas, canciones floridas en las casas, los Mascadores de Luna se perdían entre la muchedumbre por los mercados, los juegos de pelota, las escuelas de tierra blanca, o se ocultaban en las afueras de la ciudad a comer luna helada, luna creciente, luna que de pronto no les cabía más en la boca ni en los ojos, por ser ya la primera noche de plenilunio.

Esa noche, desde uno de los templos de tiniebla y agua, tiniebla vegetal y agua de oro plenilunar, desde una de las fortalezas de granizo petrificado y torres de dientes rojiamarillos por el fulgor de los blandones de ocote, desde una de las casas construidas sobre colinas verdes, desgranaría la mazorca de maíz el himno sacro, salpicaría sangre de batalla la arenga guerrera, deshojaría flores de dicha el madrigal, en las voces de los que cantaban para coronar, con las tablillas escogidas, de maíz, sangre y amor aquella lunación poética.

Si la voz subía de uno de los templos alzados sobre zancos de pirámides, el Mascador de Luna, autor de la tablilla que cantaban, vestía de fiesta de maíz, se presentaba a los sacerdotes, astros de plumas asomados a las estructuras geométricas, y recibía de sus labios, entre pompas rituales, el nombre de consanguíneo de los Dioses, y de sus manos enguantadas en mazorcas de perlas, el collar de agua inmóvil, trenza de cristal de roca que ornaría su cuello de agujas refulgentes:

Si la voz subía de una de las fortalezas de granizo petrificado, el Mascador de Luna, autor del canto de guerra escogido para entonarlo en las atalayas aquella noche de luna grande, vestía luz de planeta joven, se presentaba a los guerreros, huracanes de plumas de quetzal, y recibía de sus labios, entre retumbar de atabales, el nombre de Flechador de Cantos de Guerra, y de sus manos teñidas de sangre de

pitahaya, el dardo de la noche adamantina.

Pero, dónde encontrar el mando nacido de copales hablantes, de palabras que pegan las cosas...

Debe llevarlo, mandatario de arcoiris, el Mascador de Luna que oyó cantar su tablilla en una de las casas de todos los días y todas las noches, construidas sobre colinas verdes. Allí, entre frutas de carne dulce, azote de chupamieles, humo de barrer sueños, cacaos sanguinarios, pájaros en jaulas y polvo de tabaco, Señor del Espejo que Cambia, y le entregarían Eminentes de Cabelleras de Colas de Alacrán, asida de las alas nerviosas, una paloma de plumón de espuma.

Lunaciones de los meses sin lluvia. Poesía pintada para cantar y bailar. Cada lunación abarcaba desde el jeme de gracia de la luna tierna, hasta la primera noche de la luna grande, más grande en el espejo de un lago inmóvil y profundo, en el doble plenilunio de cielo y agua que repetían con las lenguas de sus ecos, los nombres de los Mascadores de Luna, cuyos poemas cantados aderezaban el silencio de la noche divina.

Medianoche plenilunar. Las tablillas que no se cantaban servían para encender el fuego de los murciélagos, fuego que convertía en ceniza fugaz los poemas rechazados por visibles invisibles agoreros reunidos en un baño de leche blanca, y, mientras consumíanse maderas, pinturas, jeroglíficos, entre llamas de colores y oros de miniaturistas, los Mascadores de Luna que no habían conseguido en esa lunación poética, la faz de Consanguíneos de los Dioses, la faz de Flechadores de Cantos de Guerra, la faz de Señores del Espejo que Cambia, internábanse en los bosques a componer nuevos cantos, y a pintar nuevas tablillas con sangre sonora de pájaros gorjeantes, cascabeles de burbujas de agua, resinas, mágicas, tierras de colores y polvo de piedras imantadoras pensamientos con música, usoabusando del amarillo-maíz en sus himnos religiosos, del rojo-sangre era sus canciones guerreras, del verde-tierra y el azul-cielo en sus cantares amorosos, entre el cielo y la tierra el amor cabía entero, y no volvían a las ciudades ceremoniales, sino pasado el interludio, con poemas recién pintados, fragmentos frescos de la estera de palabras sin precio, más larga que la vida de todos los hombres, de todos los pueblos, tejida con la lengua de las pequeñas gentes y las grandes tribus, las sedentarias y las trashumantes que cantaban misteriosamente con los pies de sus poetas de plantas tatuadas de signos astrológicos. Detrás de las tribus que se iban obedeciendo la lógica de los astros, los pies de sus poetas dejaban la cauda de su poesía estampada en el polvo del camino.

Y hasta siete veces podían los Mascadores de Luna tomar parte en aquellos lunarios poéticos. Hasta siete veces, porque si siete veces

crecía la uña plateada de la noche, si siete veces los árboles alunados se quemaban parpadeando, no hojas, sólo párpados de oro, el firmamento también se quemaba parpadeando, si siete veces botaba la noche su pelo de pimienta negra, si siete veces le dolían las olas como muelas al *carinchada* del mar, sin que aquellos posesos, enloquecidos lunáticos oyeran entonar sus canciones, caía sobre ellos el peor de los castigos, el ridículo y la burla: se les tomaba prisioneros, vencidos en la guerra poética, y se les sacrificaba en medio de danzas grotescas, extrayéndoles del pecho una tablilla de chocolate en forma de corazón.

Utuquél, Mascador de Luna, lluvia de pelo verde, máscara muerta de esponja de luciérnagas, participaba por última vez en el certamen de las tablillas que cantan. Seis novilunios seguidos bajó Utuquél de sus montañas de bálsamos y tamarindos trayendo envoltorios de hojas frescas que empapaban de rocío sus cantos escritos con punta de espina de sacrificio, sin conseguir que los Murciélagos del Baño de Leche Blanca, como llamaban a los visibles invisibles agoreros del jurado, le otorgaran el collar de agua inmóvil, el dardo de la noche adamantina o la paloma de plumón de espuma, bien que el verdadero premio, el más ambicionado por los Mascadores de Luna, fuera oír que coronaban con sus cantos sacros, épicos y líricos, maíz, sangre y amor, la primera noche de plenilunio.

Ahora bajaba Utuquél por última vez a desafiar a los murciélagos. Era su séptima lunación. Pececillos íntimos le bebían los pies en los regatos. Iba acercándose a los templos, a las fortalezas, a las casas, oculta la faz en su máscara luctuosa de esponja de luciérnagas, sus hombros llovidos de cabellos verdes, las manos entregadas a la sal del llanto, desolado, presintiendo su derrota definitiva y la befa del sacrificio fingido.

– Crear es robar... -se decía Utuquél en voz alta para poner de su parte, al aceptar su condición de humilde artista robador de cosas sabidas y olvidadas, a los visibles invisibles agoreros que en alguna parte celebraban consejo para calificar las tablillas-. Crear es robar, robar aquí, robar allá, robar en todas partes en grande y en pequeño, cuanto se necesita para la obra de arte. No hay, no existe, obra propia ni o-ri-gi-nal -enfaticó, en los juegos de pelota había oído a los murciélagos censurar a los Mascadores de Luna que creían encabezar escuelas poéticas originales-, todas las obras de arte son ajenas, pertenecen al que nos las da prestadas desde el interior de nosotros mismos; por mucho que digamos que son nuestras, pertenecen a los ocultos ecos, y las lucimos como propias, prestadas o robadas, mientras pasa el siglo. Los dioses confesaron a qué hora y en qué lugar robaron, como tacuatzones, la sustancia empleada para crear al

hombre, pero se guardaron de decir dónde robaron todo lo que les sirvió para crear el mundo.

Utuquel rompió jaulas de pestañas convertidas por el sueño en trampas de pelo fino, luchando con sus párpados, vientres de arañas panzonas, en el desvelo buscador, obsesivo, adivinatorio, hasta encontrar la posibilidad de la figura en movimiento, del símbolo preso en la cárcel del glifo y el suelto en los ojos del aire, de la nueva poesía, vuelo de mariposas, respiración de mariposas, sobre nudos de serpientes solemnes, del poema que dejaría de ser niebla dormida en signos petrificados, para transformarse en lluvia de mitos y constelaciones.

– ¡Herejía! ¡Herejía...! -gritaban los agoreros en su baño de leche blanca-. ¡Herejía de baratista...!

No le conocían, pero qué podía esperar Utuquel de esta séptima y para él última lunación, sino anatema y fuego. Quemarían sus cantos. Su canto a los minerales alucinados, fosforescentes, que recorren los espacios celestes, tablilla que dejó en el templo del Dios de la Lluvia. Su canto a los vegetales fantasmas, árboles que fingen esqueletos de rarísimos guerreros en lucha contra la tempestad, tablilla que dejó en una de las fortalezas. Su canto a los animales inimaginables que modelan los alfareros para combatir el hastío doméstico, tablilla que depositó en el quicio de una de las casas.

Incierta la luz de su máscara de esponja de luciérnagas, verde lluvia de sus cabellos, se adelantaba a su posible fracaso para conjurarlo;

– Yo, Utuquel, Mascador de Luna solitario, seré mañana el p sacrificado de corazón de chocolate, no tejeré más la estera de palabras sin precio, tejeré cenizas, tejeré flores marchitas... Pero ¡no...! por qué yo... -revolvíase contra sus presentimientos-, yo que si hablo hago el presente, si callo hago el pasado y si hablo dormido hago el futuro...

El futuro se estaba haciendo ya, el futuro se estaba haciendo canto que subía de una de las fortalezas al asomar la luna inmensa, redonda, ritual, la luna de los pinos de trementina de plata, silenciosa, sin uso.

Perdido, sonámbulo, sin peso, sin pies como la luna, Utuquel se detuvo a escuchar su canto a los árboles-guerreros en lucha contra la tempestad.

Y no sólo el retumbo de las voces guerreras en la fortaleza de las grandes piedras redondas, pulidas, espejeantes, lúcidas, y el carambolear del eco, atabales y trompetas, detuvieron su paso, sino las imágenes surgidas de su canto, que los coros pintaban en el aire, la visión de gigantes carbonosos contra cielos de fuego. La tormenta avanzaba descuartizando ceibas, ahora sólo humo sobre la esparcida

sangre de los quebrachos colorados, derribando palmeras y cicales de hojas convertidas en tenazas de alacranes iracundos, entre aguaceros de joyería huracanada y relámpagos que en un abrir y cerrar de ojos fosforescentes se tragaban cedros, guayacanes, madroños, liquidámbares, guachipilines, granadillos, conacastes, caobos, matilisguates, eucaliptos. ¡Utuquell! ¡Utuquell!, se gritaba el Mascador de Luna, horrorizado ante el espanto desencadenado por su canto envuelto en truenos. Debía pedir perdón, arrodillarse ante la luna la noche de su trofeo, perdón por su magia, perdón por su poder creador de realidades superpuestas, perdón por la fábula de mundos imaginarios que sustituían y anulaban lo real. Sí, debía pedir perdón, llamar a las iguanas que son seres del sol, asarlas a fuego blanco en la casa de la luna y untado de ceniza de iguana, negar su canto, desconocer su creación, su himno a la guerra de los árboles contra los elementos batalladores.

Pero era su séptima lunación, la última vez que podía participar, como Mascador de Luna, en el certamen de las tablillas que cantan, y cómo guardar su mistara de luciérnagas heladas, seguir de incógnito, sin exponerse a que le sacrificaran, vestido de yeso, en fiesta bufa y fingido corazón de chocolate.

¿De qué hongo, de qué humo, de qué arena embriagante extrajo símbolos y signos que en contacto de la cábala del aire transformábanse en la más horrible de las visiones de tormenta, turbando la serena dulzura de la casa de la luna?

¿Por qué no escogieron los Murciélagos del Baño de Leche, su canción a los animales inimaginables, creados por la fantasía de los alfareros para conjurar el hastío doméstico? sería el feliz endiosado. ¿O su himno religioso a los minerales incandescentes que recorren los espacios como dioses de chispas de diamante? Cerró los ojos. Apretó los párpados. Todo volvía a ser distancia. Lo perseguía su canto, crecido, chante, en contraste con la paz de la noche de plata dulce. Lo perseguían las voces, el retumbo guerrero de la gran fortaleza. Se cubrió los oídos, las orejas claves musicales cartilaginosas en el pentagrama de sus dedos. Todo volvía a ser distancia en los espejos. Plenilunio. Níqueles. Azogue. Gente que paseaba ardillas ariscas de colas escarchadas, micoleones de pelo de alcanfor, mapaches con anteojeras de tiniebla, o discutía acaloradamente el escándalo de las nuevas escuelas poéticas, el canto a los árboles-guerreros premiado en la fortaleza espejeante.

Utuquell avanzó por la plaza de reflejos, en medio del clamor. El pueblo saludaba a los Mascadores de Luna que iban a recibir las insignias de sus premios y sus preciosos títulos. Plumas, penachos, escudos, cautivos, todo en torno de su sombra solitaria, su lluvia de pelo verde, su máscara de esponja de luciérnagas que sólo se quitaría

al llegar y presentarse a recibir el dardo de la noche adamantina.

Entró en la fortaleza por todas partes, por cada piedra espejeante que reflejaba su imagen y el Más joven de los flecheros, piel color de tabaco en rama, le condujo a través de patios mojados de rocío lunar, suaves escalinatas de beneplácito, terrazas de arena dorada y estancias con los muros cubiertos de trofeos de caza, hasta las atalayas de las altas esperas.

Desde allí se dominaba el juego de pelota, brillantes los anillos de alabastro adosados a los muros oblicuos, el adoratorio de los jaguares y los obrajes de los que tejían esteras o bordaban con alas de mariposas.

La ceremonia se inició al llegar los caudillos. El más rico en plumajes, el más florido en heridas de combate, el engalanado Guerrero de los Cuatro Estandartes, se adelantó a saludar a Utuquel -el poeta-, dándole el nombre de Flechador de Cantos de Guerra y puso en sus manos el dardo de la noche adamantina. Estruendo de batalla. Lluvia de flechas disparadas a lo alto por filas, de guerreros dispuestos en las escalinatas como los signos en la tablilla Premiada. Tambores de cara redonda. Golpear en la imagen de la luna llena los huesos de los ausentes. Tortugas doradas. Golpear en las caparazones el tiempo detenido y beber en el eco el resquemor del carey.

El recién consagrado Flechador de Cantos de Guerra, sostenía en las dos manos, apoyándola sobre su pecho, la tablilla premiada, frente a los capitanes que entraban de uno en uno, se detenían y soplaban los signos pintados en ella, para avivar sus colores, sus símbolos, su magia, su fuego inapagable, su poesía de espejos que al respirar cantaban.

Un repentino movimiento de oleaje entre los cientos, los miles de guerreros que llenaban la plaza turbó la ceremonia

Uno de los caudillos, el Caudillo jefe de la Fortaleza Espejeante, borró con su soplo lo que Utuquel -el poeta- había escrito en la tablilla premiada, y la fiesta fue desolación, ceniza de eclipse el plenilunio, silencio el canto, y se arrastraron por el polvo las banderas de piel de tigre, las sombras pestañudas de los árboles, los dedos de las flores, los panales de miel, la estera de palabras sin precio, y de la Fortaleza de Espejos, repentinamente apagados, salió Utuquel – el poeta con su tablilla en blanco condenado a depositarla en lo más alto de uno de los volcanes.

Y no sólo Utuquel, Mascador de Luna llovido de cabellos verdes, las manos entregadas a la sal del llanto, sino muchos son los poetas condenados a depositar nubecillas blancas en los cráteres de los volcanes, semillas de las que salen los colores que el sol le robó a la luna, valiéndose de la treta de la tablilla apagada, para formar el arcoiris.

Leyenda de la mascara de cristal

¡Y, sí, Nana la Lluvia, el que hacía los ídolos y. preparaba las cabezas de los muertos, dejándolas desabrido hueso, betún encima, tenía las manos tres veces doradas!

¡Y, sí, Nana la Lluvia, el que hacía los ídolos, cuidador de calaveras, huyó de los hombres de piel de gusano blanco, incendiaron la ciudad entonces, y se refugió en lo más inaccesible de sus montañas, allí donde la tierra se volvía nube!

¡Y, sí, Nana la Lluvia, el que hacía los dioses que lo hicieron a él, era Ambiastro, tenía dos astros en lugar de manos!

¡Y, sí, Nana la Lluvia, Ambiastro huyó del hombre de piel de gusano blanco y se hizo montaña, cima de montaña, sin inquietarle la ingritud de su refugio, la soledad más sola, piedras y águilas, habituado a vivir oculto, a no mostrarse mientras creaba las imágenes sacras, ídolos de barro y cebollín, y por la diligencia que puso en darse compañía de dioses, héroes y animales que talló, esculpió, modeló en piedra, madera y lodo, con los utensilios que trujo!

Y, sí, Nana la Lluvia, Ambiastro, faltando a su juramento de esculpir en piedra y sólo en piedra, mientras durara su destierro, se dio licencia para tallar, en su caña de fumador de tabaco, un grupo de monitos juguetones, asidos de la cola, los brazos en alto como queriendo atrapar el humo, y en un grueso tronco de manzanarrosa, el combate de la serpiente y el jaguar!

¡Y, sí, Nana la Lluvia!

Al nacer el día, luceros panzones y tenues albaluces, Ambiastro golpeaba el tronco hueco de palo de manzanarrosa, para poner en movimiento, razón de ser de la escultura, al jaguar, aliado de la luz, en su lucha a muerte con la noche, serpiente inacabable, y producir sonido de retumbo, tal y como se acostumbraba en las puertas de la ciudad, al asomar el lucero de las preciosas piedras.

Glificado el lucero de la mañana, alabado todo lo que reverdecía, recortados los desaparecidos de la memoria nocturna (... nadie hubiera tomado su camino y ellos no regresarán...), Ambiastro juntaba astillas de madera seca y a un chispazo de su pedernal nacía aquel que se consume solo y tan prontamente que jamás le dio tiempo para esculpir su imagen de guacamayo de llamas bulliciosas. Encendido el fuego, ponía a calentar agua de nube en un recipiente de barro y en espera del hervor, soltaba los sentidos a vagar sin pensamiento, felices, fuera de la cueva en que vivía. Montes, valles, lagos, volcanes apuraban sus ojos mientras perdía el olfato en la borrachera de aromas frutales que subía de la tierra caliente, el tacto en el pacto de no tocar nada y sentirlo todo, y el oído en las relojerías

del rocío.

Al formarse las primeras burbujas, corrían como perlas de zoguillas desatadas por la superficie del agua a punto de hervir, Ambiastro sacaba de un búcaro amarillo un puño de polvo de chile colorado, lo que cogían cinco dedos, y lo arrojaba al líquido en ebullición. Un guacal de esta bebida roja, espesa, humeante, como sangre, era su alimento y el de su familia, como llamaba a sus esculturas en piedra, coloreadas del bermellón al naranja.

Sus gigantes, talla directa en la roca viva, bañados de plumas y collares de máscaras pequeñas, guardaban la entrada de la cueva en que a los jugadores de pelota, en bajorrelieve, seguían personajes con dos caras, la de la vida y la de la muerte, danzarines atmosféricos, dioses de la lluvia, dioses solares con los ojos muy abiertos, cilindros con figuras de animales en órbitas astrales, dioses de la muerte esqueléticos, enzoguillados de estrellas, sacerdotes de cráneos alargados y piedras duras, verdes, rojizas, negras, con representaciones calendáricas o proféticas.

Pero ya la piedra le angustiaba y había que pensar en el mosaico. Desplegar sobre las paredes y bóvedas de su vivienda subterránea, escenas de ceremonias religiosas, danzas, asaeteamientos, cacerías, todo lo que él había visto antes de la llegada de los hombres de piel de gusano blanco.

Apartó los ojos de un bosquecillo de árboles que ya sin fuerza para izarse, tan alto habían nacido en las montañas azules, se retorcían y bajaban reptando por laderas arenosas, pedregales y nidos de aguiluchos solitarios. Apartó los ojos de estos árboles casi culebras, al reclamo de los que sembrados en estribaciones más bajas, subían a ofrecerle sus copas de verdores fragantes y sus hondas carnes amorosas. La tentación de la madera lo sacaba de su refugio poblado de ídolos pétreos, gigantes minerales, piedras y más piedras, al mundo vegetal cálido y perfumado de las florestas que recorría de noche como sonámbulo por caminos de estrellas que llovían de los ramajes, y de día, traspuesto, enajenado, ansioso, delirante, suelto a dejar la piedra, faltando a su promesa de no tocar árbol, arcilla o materia blanda durante su destierro, y lanzarse a la multiplicación de sus criaturas en palos llamarosa, palos carne-amarilla, humo-fuego, maderas que lejos de oponer resistencia como la piedra, dura y artera, se entregaban a su magia, blandas, ayudadoras, gozosas. Una conciencia remota las hacía preferir aquel destino de esculturas de palo blanco, rival del marfil más fino, de ébanos desafidores del azabache, de caobas sólo comparables con el granate vinoso.

Dormir, imposible. Todo su mundo dé' dioses, guerreros, sacerdotes esculpidos en piedras duras, casi de joyería, le hacía sentir su cueva como sepultura de momia. Que la madera no pasa de ser

escultura para hoy y nada para mañana... Se. mordía los labios. Por otra parte, su obra no era de pura complacencia. Enterraba un mensaje. Escondía una cauda de cometas sin luz. Daba nacimiento a la gemanística. Se llevó a la boca su caña de fumar, adornada con montos que jugaban con el humo que tendía un veló entre él y su pensamiento. Aunque todo quedaría sepultado si se desplomaba la caverna. Mejor la madera, esculpir dioses-árboles, dioses-ceibas, esculturas con raíces, no sus granitos y mármoles sin raigambre, esculturas de brazos gigantes, ramas que se vestirían de flores tan enigmáticas como los jeroglíficos.

No supo de sus ojos. Estallaron. Ciego, Ciego. Estallaron luces al golpear con la punta de su pedernal, mientras buscaba piedras duras, en una vera de cristal de roca. Sus manos, sus brazos, su pecho bañados en rocío cortante. Se llevó los dedos a la cara, sembrada de piquetazos de agujas, para buscarse los ojos. No estaba ciego. Fue el deslumbramiento, el chispado, la explosión de la roca luminosa. Olvidó sus piedras oscuras y la tentación de las maderas fragantes. Tenía al alcance sus manos, pobres astros apagados, más allá del mar de jade y la noche de obsidiana, la luz de un mediodía de diamantes, muerta y viva, fría y quemante, desnuda y enigmática, fija y en movimiento.

Esculpiría en cristal de roca, pero cómo trasladar aquella masa luminosa hasta su caverna. Imposible. Más hacedero que él se trasladara a vivir allí. ¿Solo o con su familia, sus piedras esculpidas, sus ídolos, sus gigantes? Reflexionó, la cabeza de un lado a otro. No, no. No pensarlo. Desconocía todo parentesco con seres de tiniebla.

Improvisó allí mismo, junto al peñasco de cristales, una cabaña, trajo al dios que se consume solo y pronto, acarreó agua en un tinajas y en una piedra de mollejón fue dando filo de navajuela a sus pedernales.

Nueva vida. La luz. El aire. La cabaña abierta al sol y de noche a la cristalería de los astros.

Días y días de faena. Sin parar. Casi sin dormir. No podía más. Las manos lastimadas, la cara herida, heridas que antes de cicatrizar eran cortadas por nuevas heridas, lacerado y casi ciego por las astillas y el polvo finísimo del cuarzo, reclamaba agua, agua, agua para beber y agua para bañar el pedazo de luz cristalizada y purísima que iba tomando la forma de una cara.

El alba lo encontraba despierto, ansioso, desesperado porque tardaba en aclarar el día y no pocas veces se le oyó barrer alrededor de la cabaña, no la basura, sino la tiniebla. Sin acordarse de saludar al lucero de las preciosas piedras, qué mejor saludo que golpear la roca de purísimo cuarzo de donde saltaban salvas de luz, apenas amanecía continuaba su talla, falto de saliva, corto de aliento, empapado en

sudor de loco, en lucha con el pelo que se le venía a la cara sangrante, las astillas heridoras, a los ojos llorosos, el polvo cegador, lo que le ponía iracundo, pues perdía tiempo en 'levantárselo con el envés de la mano. Y la exasperación de afilar a cada momento sus utensilios, ya no de escultor, sino de lapidario.

Pero al fin la tenía, tallada en fuego blanco, pulida con el polvo del collar de ojos y martajados caracoles. Su brillo cegaba y cuando se la puso – Máscara de Nana la Lluvia – tuvo la sensación de vaciar su ser pasajero en una gota de agua inmortal. ¡Pared geológica! ¡Sí, Nana la Lluvia! ¡Soberanía no rebelada! ¡Sí, Nana la Lluvia! ¡Superficie sin paralelo! ¡Sí, Nana la Lluvia! ¡Lava respirable! ¡Sí, Nana la Lluvia! ¡Dédalo de espejos! ¡Sí, Nana la Lluvia! ¡Tumba ritual! ¡Sí, Nana la lluvia! ¡Nivel de sueños luminosos! ¡Sí, Nana la Lluvia! ¡Máscara irremovible! ¡Sí, Nana la Lluvia! ¡Obstáculo que afila sus contornos hasta anularlos para montar la guardia de la eternidad despierta!

Paso a paso volvió a su cueva, no por sus olvidadas piedras, dioses, héroes y figurillas de animales tallados en manantiales de tiniebla, sino por su caña de hablar humo. No la encontraba. Halló el tabaco guiándose por el olor. Pero su caña... su caña... su pequeña cerbatana, no de cazar pájaros, de cazar sueños...

Dejó la máscara luminosa sobre una esterilla tendida en lo que fue su lecho de tablas de nogal y siguió buscando. Se la llevaxon los monitor esculpidos alrededor, se consolaba, ella ran paco quiso quedarse en esta tenebrosa tumba, entre estos ídolos y gi, gantas que dejaré soterrados abata que encontré un material digno de gris manos de Ambiaastro.

Se golpeaba en los' objetos. La poca costumbre de andar en la oscuridad, se dijo. Aunque más bien los objetos le saltan al paso y se golpeaban can él. Los banquitos de tres pies a darle en las espinillas. Las mesas no esperaban, mesas y bancos de trabajo, se lé tiraban encima como fieras. Esquinazos, cajonatos, patadas de mesas convertidas en bestias enfurecidas. Los tapexcos ^[6] llenos de trastes lo atacaban por la espalda, a matar, como si alguien los empujara, y allí la de caerle encima ollas, jarros, potes, piedras de afilar, incensarios, tortugas, caracoles, tambores de lengüetas, ocatinas, todo lo que él guardaba para ahuyentar el silencio ton las fiestas del ruido, mientras los apartes, las tinajas, los guacales, poseídos de un extraño furor, le golpeaban a más y mejor y del tedio se desprendían, entre nubes de cuero de bestias de aullido, zogas y bejucos flagelantes como culebras marcadoras.

Se refugió junto a la máscara. No realizaba bien lo que le sucedía. Seguía creyendo que era él, poco acostumbrado ya al mundo subterráneo, el que se, golpeaba en las cosas de su uso y su trabajo. Y efectivamente, al quedarse quieto cesó el ataque, pausa en la que terco

como era volvió a ver de un lado a otro, cama preguntando a todos aquellos seres inanimados por su caña de fumar. No estaba. Se conformó con llevarse a la boca un puño de tabaco y masticarlo. Pero algo extraño. Se movían la serpiente y el jaguar de su tambor de madera, aquel con que saludaba al lucero de las preciosas luces. Y si las mesas, los tapexcos, los bancos, las tinajas, los apaxtes, los guacales, se habían aquietado, ahora bajaban y subían los párpados los gigantes de piedra. La tempestad agitaba sus músculos. Cada brazo era un río. Avanzaban contra él. Levantó los astros apagados de sus manos para defender la cara del puñetazo de una de esas inmensas bestias. Maltrecha, sin respiración, el esternón hundido por el golpe de aquel puño de gigante de piedra, un segundo golpe con la mano abierta le deshizo la quijada. En la penumbra verdosa que quiere ser tiniebla y no puede,, luz y no alcanza, movíanse en orden de batalla los escuadrones de flecheros creados por él, nacidos de sus manos, de su artificio, de su magia. Primero por los flancos, después de frente, sin dar gritos de combate, apuntaron sus arcos y dispararon contra él flechas envenenadas. Un segundo grupo de guerreros, también hechos por él, esculpidos en piedra por sus manos, tras abrirse en abanico y jugar a mariposas, lo rodearon y clavaron con los agujones de las cañas tostadas, en las tablas de la cama en que yacía tendido junto a su máscara maravillosa. No lo dudó. Se la puso. Debía salvarse. Huir. Romper el cero. Ese gran ojo redondo de la muerte que no tiene dos ojos, como las calaveras, sino un inmenso y solitario cero sobre la frente. Lo rompió, deshizo la cifra abstracta, antes de la unidad, nada, y después de la unidad, todo, y corrió hacia la salida de la cueva, guardada por ídolos también esculpidos por él en materiales de tiniebla. El ídolo de las orejas de cabro, pelo de paxte y pechos de fruta. Le tocó las tetas y lo dejó pasar. El ídolo de los veinticuatro diablos... viudo, castrado y honorable. Le saludó reverente y lo dejó pasar. La mujer verde, Maribal, tejedora de salivas estériles. Le dio la suya para preñarla y lo dejó pasar. El ídolo de los dedales de la luna caliente. Le tocó el murciélago del galillo con la punta de la lengua en un boca a boca espantoso, y lo dejó pasar. El ídolo del cenizontle negro, ombligo de floripundia. Le sopló el ombligo para avivarle el celo y lo dejó pasar...

Noche de puercoespines. En cada espina, una gota luminosa de la máscara que Ambiaestro llevaba sobre la cara. Los ídolos lo dejaron pasar, pero ya iba muerto, rodeado de flores amarillas por todas partes.

Los sacerdotes del eclipse, decían:

¡El que agrega criaturas de artificio a la creación, debe saber que esas criaturas se rebelan, lo sepultan y ellas quedan!

Por la ciudad de los caballeros de piedra pasa el entierro de

Ambiastro. No se sabe si ríe o si llora, la máscara de cristal de roca que le oculta la cara. Lo llevan sobre tablas de nogal fragante, los gigantes, los ídolos y los héroes de piedra nacidos de sus manos, hieráticos, atormentados, arrogantes, y le sigue un pueblo de figuras de barro amasadas con el llanto de Nana la Lluvia.

Leyenda de la campana difunta

Entre la gente española venida a Indias, muy, muy entrado el siglo XVII -navegación en redondo... Sevilla... San Lúcar... Virgen de Regla... Islas de Barlovento...- llegaron uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete asturianos, siete según el habla popular y tres al decir de los cronistas que a la letra añaden: homes de Oviedo con entendimiento en la tiniebla de los metales, trazaron, no con tinta, sino con bronce líquido y sonoro, en catedrales, conventos, ermitas y beaterios, la historia de las campanas de una ciudad siempre nueva, dado que sus fundadores, hidalgos y capitanes, perseguidos por los terremotos, se la iban llevando en procesión de casas, una casa tras otra de valle en valle, en procesión de iglesias, una iglesia tras otra de valle en valle, en procesión de palacios, un palacio tras otro de valle en valle, que tal parecía aquel ir dejando viviendas, templos y mansiones señoriales, destruidas en un valle y levantadas en otro.

Legajos pagajosos y salobres, mordidos por sellos y contrasellos, desenrollaron ante las autoridades eclesiásticas y civiles los fundidores asturianos, folios con magullamientos de viaje que daban testimonio de su arte y maestría en la fundición de campanas, sin contar las cartas de presentación de canónigos corales y alcaldes ovitenses ni aquel pergamino de hueso de agua que traía aún fresca, ahogada en arenilla, la firma de don Sancho Alvarez de las Austrias, Conde de Nava y Noroña, al pie de recomendaciones en que hacía constar de su puño y letra «yo mismo los escogí entre los mejores y antes de partir les abrí mis brazos y mis cajas fuertes».

Aquella mañana de junio -un junio de bandejas de frutas- hubo prisas, olvidos, idas y venidas, murmullos, manejos, en el convento de las clarisas, como si el bis-bis de la llovizna que caía fuera, prolongara su rumor en las galerías abovedadas del convento. Acartonadas en sus tocas, cuellos, petos y puños de lino almidonado, monjas y novicias hablaban, todas a una, de las joyas que les traerían sus familias para enriquecer el crisol de la campana encargada a los fundidores llegados de Oviedo, sonora y preciosa, digna del templo de Santa Clara de las Clarisas Celestes, que no acababa de salir de las manos de los alarifes.

La piedra, como vivo canto, porosa, sin secarse, recortada con tijeras de gracia en los cornisamentos y capiteles; fragante la madera de los artesonados del techo, buque celestial que navegaba en la luz de las altísimas ventanas; desafiante la cúpula; cabalístico el frente plateresco, sensual y fugitivo, y de prodigio la osadía arquitectónica de los cuatro arcos sostenidos en una sola columna.

Santa Clara de las Clarisas Celestes no acababa de salir de las manos de los alarifes y qué contraste, aquella mañana de junio, entre

estos menudos indianos vestidos de aire, tan poco lienzo llevaban sobre sus carnes morenas, más hechos para volar en andamios que para andar en la tierra, y los asturianos, gigantes de caras enrojecidas y manos como martillos, atareados noche y día en la fundición de la campana de las clarisas.

La última campana. La de estas cordeleras sería la última campana que fundirían antes de volverse a Oviedo o quizá a Nueva España. Y se comentaba. En noches de tertulias llorosas de estrellas y velones, se comentaba que aceptaron el encargo a regañadientes y por insistencia de las monjas que les prometían llamarla Clara, si su timbre era de oro, Clarisa, si sonaba a bambas de plata, y Clarona, si hablaba con voz de bronce.

Grupos antagónicos recorrían la ciudad casa por casa en demanda de oro, plata y otros metales. Gente de alcurnia, nobles y ricoshomes, los barrios linajudos en procura de objetos de oro, joyas, monedas, medallas o polvo de oro de ése que vendían los indios en cañutos de pluma de ave y ellos guardaban en bolsitas y bolsones, así la campana tendría acento áureo y se llamaría Clara. Más numerosos y más activos, los segundones iban y venían por calles y plazas con música y pantomima, pidiendo que les regalaran todo lo que fuera plata para su Clarisa, mientras cuarterones y marranos se conformaban con lo que les hicieran el favor en siendo metal, que para ellos, la campana debía sonar a bronce, sonar a yunque y llamarse Clarona.

El parloteo de las clarisas no cesaba aquella mañana de junio. Cuchicheos, manejos, olvidos, melindres, idas y venidas. Una novicia echaría al crisol de la campana los anillos de boda de sus abuelos muertos. ¡Anillos de boda! ¡Sortijas de amor! ¡Cintillos con más de dos granos de onza!, repetían, presurosas, confundidas, sin prestar oídos en ese momento a la descripción que hacía una profesa del brazalete de oro blanco que le tenía prometido su familia. Decorado con arabescos en filigrana de oro amarillo, perteneció, en la Roma de los Césares, a una bacante loca. ¿A una bacante loca?, interesábanse todas y la más hermosa, sin alcanzar respiración, entornados los ojos, temblorosas las pestañas, levantaba la mano para santiguarse imaginando tocarse en la frente una diadema de diosa desnuda, en el pecho, entre sus pechos, un disco de oro blanco con un escarabajo egipcio de alas de lapizlázuli y en los hombros lluvias de zarcillos de ajorcas musulmanas.

¡Joyas de familia! ¡Oro enamorado!, exclamaba la más apasionada de las cordeleras, pronta a explicar, tras brevísimo silencio, el inmenso sacrificio que significaba desprenderse de ellas. Por encima del costo y el valor artístico, algunas de esas joyas eran obras maestras de antigua orfebrería, estaba su significado afectivo, su valor sentimental. Los objetos que amamos no tienen precio y por eso resulta aún más grato

al Señor enriquecer el crisol de la campana -¡costara lo que costara se llamaría Clara!- con las joyas amadas, ¡Joyas de familia! ¡Joyas de amor! ¡Oro enamorado! ¡Relicarios medievales, cinturas de matrimonio, cruces de filigranas trenzadas, broches florales, amuletos, macuquinas, empuñaduras de espadas, sartaes, rosarios, cascarones de relojes, sin la máquina, sólo el cascarón áureo!

La única que no hablaba era una monja conversa. La llamaban Sor Clarinera de Indias por su piel de tueste azulenco, su cabello, nocturna seda de hilos dormidos, y sus pupilas amarillas, color de oro. A falta de familia rica que le trajera joyas, debía conformarse con lo que las otras monjas ponían en sus manos para que ella, pobrecita, también enriqueciera el crisol, no se quedara sin echar algo, que un dije, que una cadenita, que un alfiler, salvo que... sugería frotándose los ojos, gesto que secundaban otras monjas, una heroísta portuguesa a la que llamaban Ju-noche, por no decirle Ju-día, salvo que... y no pronunciaba el resto con los labios, sino entre los dientes de hueso, salvo que... sor Clarinera de indias hiciera el obsequio de sacarse las pupilas y las arrojara al ígneo y venturoso infiernillo que alimentan con metales de toda laya los gigantes asturianos.

La de Indias encendía las antorchas vivas de sus pupilas, joyeles que podían competir ventajosamente con todo lo que las familias llevaban a las monjas, sin darse por aludida, sin decir palabra rechazando la tentación de entregar a la brasca las pepitas áureas que guardaban sus párpados, y eso que las celestes cordeleras la seguían unas, la rodeaban otras, la buscaban todas, restregándose los ojos. Pero si despierta se defendía de la espantosa insinuación de la Junoche, heroísta que hablaba y hablaba y hablaba de héroes y heroicidades, si despierta salvaba sus ojos, dormida... quién gobierna a los que duermen, quién detiene a los que sueñan... la libertad del pez, del ave, de los fantasmas que atraviesan paredes como ella que, el cuerpo en la cama y el ánima en el aire, cruzaba muros de metro y medio de espesor y dejaba caer en el crisol, sin que pudieran evitarlo los Cristobalones que fundían la campana, no sólo sus pupilas, burbujas doradas a temperatura de lava, sino sus córneas, blanco azuloso plomo que transmutábase en oro místico. Qué horrible pesadilla, cambiar sus ojos por luceros de lágrimas. Y seguir mirando, a través de cortinas de agua, el dolor de las monjas por su sacrificio, y el sucederse de oradores sagrados en el púlpito de las clarisas, tocados con roquetes celestes, celebrando el triunfo de la Iglesia, en el martirio de una nueva santa, las campanas echadas a vuelo, y entre las campanas, la que tenía sus ojos. ¡Santa Clara de Indias, saludábanla en el cielo, la que ve con los sonidos, ruega por nos! Cendales, serafines, rosicler y azucena... ¡Santa Clarinera, virgen y mártir, saludábanla en la tierra, ruega por nos! Pero, ¿sacarse los ojos, perforarse la lengua no

eran sacrificios de su antigua raza? La sangre corría por sus mejillas más pesada que el llanto, más abundante que el llanto, más incontenible que el llanto y celajerías de sacerdotes del culto solar cubrían la parte del firmamento que se había rasgado para que ella contemplara las dominaciones, los tronos, los coros de los ángeles. Los asturianos convertidos en Cristobalones cruzaban de un lado a otro el río de la muerte. Extraño, iban como colgados. En el aire iban. Moviendo los pies en el vacío iban. Cielo sin sentido. Altas nubes. Más y más altas. ¡El arbitrario, el usurero, el cojo, se le asomaba en sueños a gritarle la Junoche, el que niega la luz de cualquier modo, el que gastó el vientre de su madre, inútilmente vientre, inútilmente madre, te llamará demente al servicio del Angel Alirrojo, por haber hecho entrega de las preciosas pepitas de tus ojos, pero qué importan iniquidad y sinrazón, si por tu sacrificio, nuestra campana ya no se llamará sólo Clara, sino Clara de Indias, porque fue más el oro de tus ojos que todo el oro que nos trajeron los peregrinos llegados de Castilla del Oro. En el filo de tu nariz (seguía soñando, soñaba que por la ternilla le pasaba los dedos la Junoche), se unen tu raza tibia, trigueña, con todos sus sacrificios, y tu raza española, brava y también ensangrentada. Cada lado de tu nariz es una vertiente. ¡Sangre de las dos razas, ceguera de las dos razas, llanto de las dos razas!

Le parecía extraño estar despierta, vestida de aire, respirando, vestida de espejo mirando con todo su cuerpo de agua a la que había amanecido tendida junto a ella, ella fuera del sueño, no la que se durmió anoche, otra... Se sentía extraña en la primera luz que se colaba por las rendijas de la puerta y el ventanuco de su celda. No tenía explicación haber sufrido tanto al entregar sus ojos y amanecer con ellos... la cabeza hueca, el cuerpo molido y los oídos con el silencio de los estanques que se van quedando sin agua... lluvias de miniatura... llantos de miniatura comparados con los ríos de lágrimas que lloró anoche dormida.

Maitines. Las clarisas celestes al darle o devolverle los buenos días, se frotaban los ojos, bulliciosas, alegres, lisonjeras. ¿Sabrían lo de su sueño o serían obreras de burlas al servicio de la Junoche, heroísta a la que el reumatismo deformante iba sacando médanos de huesos y nuégados de carne?

Lloró de júbilo en la sobrehora después de vísperas. Durante el Magníficat, tocó su frente un ángel de espejos giratorios y fue la revelación. Perlaba sus sienes sudor de vidrio molido. Entregar sus ojos sólo en préstamo. La campana se llamaría Clara de Indias y como ella sería conversa. Qué vehemencia, qué arrebató, qué no saber dónde posar sus pupilas que se despedían de todos y de todo, ora en los paraísos dorados de los altares, ora en el iris que regaba colores en el lomo de los cortasilencios de polvo de caleidoscopios que entraban

por los ventanales, ora en los arquitrabes, ora en los encajes, linos, terciopelos, damascos, tafetanes amontonados en los escaños, para ser llevados a la sacristía, ora... se le nublaron las cosas y lo que era gozo colgaba de sus lágrimas, dedos de tirabuzones de congoja, y no fue lejos, allí mismo dejóse caer de rodillas en un confesonario para gritar al oído del confesor su satánico orgullo.

Pero el sacerdote se negaba a absolverla. ¿Sacarse los ojos? ¿Rivalizar con religiosas de más alcurnia ofreciendo en préstamo los pepitones áureos de sus pupilas, oro lavado en llanto, para enriquecer la amalgama de la campana que no se llamaría Clara, sino Clara de Indias?

No la absolvía. No levantaba la mano. No pronunciaba las palabras sacramentales.

Esperó y esperó, anonadada por la inmensidad de su culpa a juzgar por el silencio del confesor, sin fuerzas para levantarse, para despegar del suelo las rodillas hundidas en el frío de la tierra toda, antes que le diera la absolución.

La cabeza colgaba sobre el pecho, abatida, llorosa, con movimientos de autómatas, dejó la rejilla del confesonario para asomarse a la puerta y suplicar al confesor, aun a costa de la más terrible penitencia, que la absolviera. Si la penitencia era sacarse los ojos, se los sacaría. No lo dijo, no tuvo tiempo y se desploma si no se detiene de los encajes de madera de las ventanillas que ocultaban bajo un bonete de tres picos, una cara apercaminada, sin ojos, sólo los agujeros, sin nariz, los dientes con risa de calavera. Todas hablaban en el convento de la momia que salía a confesar y ella aquella noche la había visto...

Y oído:

¡No resucitarán los muertos, resucitará la vida! Sacrificaste tus ojos en el sueño (no estaba enteramente dormida, Padre...), y los recobraste al despertar. Ahora que estás despierta (no estoy enteramente despierta, Padre...), repite la hazaña, da tus ojos en préstamo y los recobrarás el día de la resurrección. Al acabar el mundo brillarán antiguos soles apagados por siglos y tú despertarás con tus ojos, como despertaste esta mañana. Pero anda, corre, entrégalos antes que termine la fundición de la campana, si dudas será tarde y no se llamará Clara de Indias, por haber negado tú, tú... el oro de tus ojos que sólo se te pedía en préstamo, sólo en préstamo, porque al derretirse la campana con el calor que hará el Día del Juicio, tus pupilas escapan en busca de los cuencos vacíos 'de tu cara juvenil, todos resucitaremos jóvenes, y qué felicidad entonces contemplar con ojos que supieron de gloria, repique de fiesta, que supieron de alarma, de angustia, de amor, de duelo, qué felicidad contemplar la realidad sagrada de los tiempos. Resucitarás con tus ojos fuera de la realidad

del hombre, en la realidad de Dios...

Dejó atrás, perseguida por la momia, filas de monjas que se frotaban los párpados, instigadas por la Junoche, recordándole que la campana debía llamarse Clara y que faltaba el oro de sus ojos... Sus ojos... Sus ojos... Que nadie viera, que nadie supiera...

Sacárselos al borde del crisol... Arderían como dos bengalas en el dormido, calcinante y agujoso caldo... Sin pies, si ella... Ella sin ella... Trompetas... Angeles... La palma del sacrificio... Oír sin pensamiento los gritos de regocijo, el alboroto, la algazara de los que celebraban con toritos de pólvora, serpientes de luces y gigantes de fuego, el final de la fundición de la campana... Al tanteo empezó a sacar el clavo que mantenía fijos al madero los dos dolidos pies del Cristo de la sacristía. El tumulto de los que movían a las puertas del convento se acercaba. Venían por sus ojos, llegaban por sus ojos, avanzaban sin llegar por pasillos inacabables... pasos... voces... manos, sus manos que seguían escogiendo, entre custodias y vasos sagrados, incensarios y reliquias de oro macizo, píxides, benditeras, hisopos, hostearios, pasamanerías, jocalias, algo que pudiera salvarla de su sacrificio, pero todo era oro inválido de iglesia junto al oro de sus ojos lavado en la desembocadura de cien ríos de lágrimas. Sacó un pañuelo para secarse la cara vuelta hacia la ventana entreabierta sobre un patio encendido de fuegos de artificio, antorchas friolentas, humo de colores y buscapiés enloquecidos. Más de uno se coló en la sacristía y fue, vino, volvió, en zig-zag de relámpago de pólvora. Los que exigían la entrega de sus ojos seguían avanzando. Pasos. Voces. Manos, sus manos multiplicadas en el afán de arrojar por tierra cálices, cruces, copones, ostensorios, patenas, vinajeras, aguamaniles de oro, ínfulas de mitras, flabelas orificadas, cingulos de borlas luminosas... qué podía valer todo eso junto a sus ojos... por el suelo todo, sobre las alfombras, sobre los muebles, sobre las saliveras... ornamentos, misales, alas de ángeles, coronas de mártires, candelabros, mundos, cetros, agnus, griaes, portapaces, todo quemado por los canchinflines y deshecho por sus pies en danza luciferina, ya heridas sus pupilas por el cortafrío de todas las tinieblas, el clavo que mantenía sujetos al madero los dosdolidos pies del Señor que ella volvió a clavar con un beso de ciega...

El mundo testimonio de las cosas corroboraba las presunciones humanas de lo que fue, además del crimen, la más abominable de las orgías, una saturnal en campo sagrado, todo lo que yacía por tierra y sobre las alfombras con chamuscones de pólvora, lo probaba.

El Comisario del Santo Oficio ordenó encarcelar preventivamente a los salitreros y fabricantes de cohetes, toritos y fuegos artificiales. La Superiora de las clarisas apenas se tenía en pie. El llanto rodaba por sus mejillas lívidas como agua sobre mármol Entre lágrimas alcanzó a

ver los ojos limpios y helados del Padre Provincial. Apoyado en su bastón, a él también por momentos le flaqueaban las piernas, consultaba a la madre con los ojos la conveniencia de que ellos dos hicieran reservas ante el delegado inquisitorial, por la captura de buenos cristianos sospechados de satanismo por ser entendidos en las artes de la pólvora.

Pero aquél se adelantó. Que no sólo eso pensaba hacer con ellos, excomulgaría a más de uno, a más de uno quemaría vivo y muchos, si no todos, vestirían el sambenito, que no se manejan estruendos y bengalas, sin connivencias, sin vinculaciones con el Cohetero Impar.

¿Y los asturianos fundidores de campanas?, se preguntaron con la mirada al mismo tiempo, la Superiora y el Provincial. ¿Por qué no captura a esos manipuladores de metales a temperaturas de lava volcánica, algo más diabólico e infernal que las inocentes pólvoras de los juegos de artificio, con el agravante de su presencia dentro del convento, mientras fundían la campana, y su amistad, casi familiar, con las más jóvenes cordeleras? ¿Qué espera el Santo Tribunal para encarcelarlos?

Esperaba que regresaran, debidamente diligenciados, ciertos pliegos que se enviaron a ultramar, recabando algunos informes más para desenmascararlos. No eran asturianos ni fundidores de campanas. Eran piratas. ¿Y las cartas de presentación y las recomendaciones?

Alguien habló del Conde de Nava y Noroña, don Sancho Alvarez de las Asturias, el cual los escogió y contrató en Oviedo, y también le fue recado.

Deus Zibac, como mal llamaban al inquisidor, aunque el apodo le iba mejor que el nombre, se llamaba Idomeneo Chindulza, era una mezcla de español y de indio que ni él mismo se la aguantaba. Los dos malos olores. Las dos envidias. Y como por real cédula se dispuso que ser indio no era una mancha para obtener limpieza de sangre, el Inquisidor la obtuvo, y se limpió todo, menos el rostro picado de viruelas.

«Deus» por lo español y «Zibac» por lo indio, Deus Zibac quería decir «Dios hecho de zibaque».

Su lengua de soga de ahorcar le llegaba hasta las orejas carbonosas, cuando se relamía pensando en los cogotes de toro de los para él falsos asturianos. Corsarios, se repetía Chindulza, que sorprendieron en alta mar a los verdaderos fundidores ovitenses y se ampararon de sus identidades. A fuerza de cavilar se le hizo evidente y no creyó necesario, dados los antecedentes que recogían a diario del espantoso crimen de la sacristía, esperar la vuelta de los exhortos mandados a ultramar. Terminada la fundición de la campana, Deus Zibac procedió a la captura de aquellos gigantones. ¿Eran o no eran piratas? En la duda, ahorca, Zibac, en la duda ahorca. El más viejo

tenía una sirena tatuada en un brazo. Esto lo denunciaba. Pirata y hereje. ¡Herejes! ¡Herejes! La voz corría, exigía, exigía justicia. ¡Justicia! ¡Justicia! Los demonios asturianos. La campana de las clarisas fundida por piratas. Que no se toque nunca. Que se destruya. Que se lance desde el campanario al vacío para que se haga pedazos. ¡Hija de herejes! ¡Obra de piratería! ¡Justicia! ¡Justicia!...

Deus Zibac puso manos a las sogas, sogas a los pescuezos de los gigantes y siete días y siete noches estuvieron los cuerpos de aquellos cristobalones colgados en la explanada del Calvario y siete días y siete noches las campanas de las iglesias tocaron a muerto, no por los ahorcados, por la campana difunta.

Ventanas, puertas, bocacalles, cercas, arcos, atrios, puentes dejaban atrás los jinetones, al entrar a la ciudad, seguidos de mulas de gran alzada en que traían la carga y el correo llegados al Golfo Dulce en naos de ultramar.

Diligenciados los requerimientos, reconocidas las firmas de canónigos y alcaldes ovitenses, abundantes los testimonios de los que bajo juramento respaldaban la conducta intachable de los fundidores, Deus Zibac no pudo levantar la manos que apoyó, abiertas en abanico, sobre la mesa de audiencias, al inclinarse a leer los documentos, y como si le clavaran los dedos con fuego, llovieron goterones de las palmatorias cuyo resplandor de incendio llegaba a sus ojos como la luz muerta de una batalla perdida. Las letras, las palabras, las frases, bailaban frente a él que no parecía leerlas, sino tragárselas, traga-atragantarse con ellas. Se le doblaron los brazos, las manos en guantes de cera, de gotas de cera blanca, y cayó de pecho sobre la mesa, sobre los pergaminos, sobre los documentos que denunciaban su oprobio... De bruces, los ojos vidriados y una baba de reptil sobre los pliegos, ya no oyó el romance callejero...

Los jinetones preguntan
por la campana difunta...

¡La enterraron!, les responden.

Por donde vinieron vuelven.

Los jinetones preguntan
¿dónde están los fundidores?

¡Ahorcados!, les contestan.

Por donde vinieron vuelven...

¡Campana de las clarisas,
la que se quedó sin lengua,
no le pusieron badajo
los piratas ahorcados

que no eran piratas, no,
sino muy buenos cristianos!

Y pisando los talones a esas cabalgaduras, otras. Las de los carros

y jinetes de servicio y lanza que acompañaban al Magnífico Señor Don Sancho Alvarez de las Asturias. Nada le detuvo en Oviedo. Acudir a sus recomendados. Llegar a tiempo. ¿Quién osó poner en duda credenciales escritas de su puño y letra? Viaje azaroso el suyo. Corrió más de una borrasca, hubo racionamientos de agua, ancoradas en islas, cambios de rumbo, avistamiento de corsarios en menor peligro para ellos que no llevaban oro, aunque muchas veces aquellos robadores del mar asaltan los bajeles por esclavos o bizcocho.

Ciudad episcopal. Plantajes y jardines. Huertos de frutas y. hortalizas de regadillo. Don Sancho amadrigó lágrimas bajo los párpados cerrados. Llorar. No le quedaba otra cosa a la vista de la explanada del Calvario, trágico anfiteatro en el que se ahorcó a los fundidores de la campana de las clarisas.

¿Dónde estaba esa campana?

Si Deus Zibac, el inquisidor, el terrible Idomeneo Chindulza, no muere de apoplejía la noche en que llegaron a su poder los pliegos de ultramar ratificando la condición de cristianos sin tacha de los ahorcados, don Sancho Alvarez de las Asturias habría tenido que pedir que se desenterrara, pues aquél había exigido que se cumpliera su orden de enterrarla bajo muchos codos de tierra con el nombre de la campana difunta.

La Real Audiencia discutía, mientras tanto, si para recibir y desagraviar a tan Magnífico Señor llegado de Oviedo y exculpar y volver al seno de la iglesia a los asturianos, debía revivirse la campana de las clarisas. ¿Revivirse...? Se alzaron voces airadas en la sala de acuerdos. ¿Revivir una campana? Revivir o habilitar. ¡No, no, la palabra había sido dicha, revivir, y debía retirarse antes de seguir la discusión,,pues era una blasfemia imperdonable ¡Sólo Jesucristo Señor Nuestro, revivió, volvió de entre los muertos! Y estuvo a punto de naufragar en agua de saliva la propuesta de poner lengua a la campana difunta y echarla a vuelo el día que fuera recibido por la ciudad, el buen. don Sancho, si uno de los fiscales no interviene y hace ver que las campanas mueren y reviven litúrgicamente durante la Semana Santa. Mueren, es decir, enmudecen el Miércoles Santo, después de los oficios, y reviven el Sábado de Gloria.

La gente. Las calles. El bando real. La noticia. Se tocará por fin la campana de las cordeleras. No se abrió mucho el compás, pero sí lo bastante para hacer amplia y honda su cavidad bucal, una argolla por galillo que esperaba la lengua del badajo, interior escamoso en contraste con el pulimento exterior, revestido de signos zodiacales, festones con sus borlas, serafines y en lugar principal, una mitra que repetía la enorme mitra tallada en madera del altar mayor. Sólo quedaba el misterio del sonido, para bautizarla Clara, Clarisa o Clarona, según tuviera retintín de oro, retantán de plata o retuntún de

bronce.

El día del desagravio, don Sancho, acompañado por el Capitán General y el primer Obispo arzobispado, llegó a la plataforma por una escalera recubierta de suntuosos lienzos, donde dominando la majestad de la plaza, se alzaba la campana, entre festones de flores coloridas, frutas perfumadas, hojas de dura estirpe en coronas de encina y laurel, oriflamas, lienzos con escudos, alegorías, armas, emblemas y espejillos que multiplicaban los rayos oblicuos del sol que se hundía entre los volcanes cuellilargos, decoración luminosa que hacía más visible un lienzo de catafalco sembrado de estrellas y bordado con los instrumentos de tortura de la Pasión -clavos, martillos, escaleras, lanzas, látigos-, lienzo de tinieblas tendido bajo la campana en memoria de los que como frutos de muerte colgó de árboles estériles, en la explanada del Calvario, el inquisidor Deus Zibac.

Don Sancho recibió de manos del Alcalde Mayor y por encargo del Cabildo, la cuerda que pendía del badajo -se adornó con piedras preciosas para que el Magnífico Señor de Oviedo olvidara la soga de los ahorcados-, y le pidió hiciera merced de dar los primeros golpes.

Fue el alboroto. Nadie se quedó en su sitio. Masa de pueblo hasta donde la vista llegaba, convertida en mar bravío. Indios que escupían por los ojos flechas de odio silencioso, mulatos, negros, mestizos, españoles de primera agua con memoria de conquistadores, otros después llegados, todos atónitos, esclavos y vasallos, sin dar crédito al sobrehílo de palabras que acompañaba el sonar de la campana...

...absuélvame! absuélvame! -se oía la voz de la monja conversa, llegaba de ultratumba y apenas formaba las palabras...absuélvame, Padre, absuélvame, yo me saqué los ojos!...Clara de Indias... se llamará Clara de Indias por mis ojos de oro... yo di mis ojos de oro para que se llamara Clara de Indias...!...liberé los pies del Señor y me clavé el garfio en lo más profundo de las pupilas que cayeron al crisol... mezcla de Cristo y Sol... del Sol de mi raza tenue, sacrificada y sacrificadora y de Cristo lo español, bravo y también ensangrentado...

Don Sancho, sin dar crédito a lo que oía golpeaba más y más duro, hasta que la campana, extinguida la voz de la monja, se fue enronqueciendo y dejó de sonar. Volvía a ser la campana difunta, Clara de Indias, la campana de los piratas.

Leyenda de Matachines

Entre las cuatro grutas sin salida, la del viento, caverna agujereada, la de la tempestad, socavón de fuego y tambor de trueno, la de los despenaderos de aguas subterráneas, cueva de cristalerías, la de los ecos, axila de guacamayas azules; entre las cuatro grutas sin salida, el llueve pies y pies y pies alucinantes de Tamachín y Chitanam, Matachines de Machitán.

– ¡No murió! ¡No murió...! -gritaban los Matachines yendo de una gruta en otra a perder sus voces-. ¡No murió! ¡No murió...! -cada vez más recio el llueve pies y pies y pies de su danza frenética-. ¡Y si murió... -blandían los machetes-, si murió, lo tenemos jurado, moriremos nosotros, Matachines de Machitán!

Temerarios, lluviosos de amuletos, enlagrimados de vidrios, lágrimas de colores, cubiertos de tatuajes embriagadores pintados con sustancias que se sorbían a través de la piel, llevaban sus cabezas de un lado a otro, de un hombro a otro, negando, negando que hubiera muerto, negándolo con la oscilación de dos péndulos sincronizados, ¡no! ¡no! ¡no!, mientras arreciaba el llueve pies y pies y pies de su danza suicida.

– ¡No murió! ¡No murió...! -las cabezas de un lado a otro, de un hombro a otro, ya no péndulos, badajos enloquecidos de campanas tocando rebato, resonantes las tobilleras de cuero de retumbo, tempestuosos sus brazaletes de metal de trueno, duros para golpear la tierra y que la tierra oyera-. ¡No murió! ¡No murió! -duros para golpear el cielo y que el cielo oyera-. ¡No murió! ¡No murió! -la tierra con los talones, lluvia de pies y pies y pies, y el cielo con sus gritos.

Y si hubiera muerto... -no, no, no...- lluvia de pies y pies y pies, seguía su danza, si hubiera muerto, lo tenían jurado, jurado con sangre, Tamachín mataría a Chitanam y Chitanam a Tamachín, en la plaza de Machitán. Matachines al fin.

Y si no cumplían, si no escampaba el llueve pies y pies y pies de su danza, el latiguelo de sus cabezas que negaban y negaban que hubiera muerto, si no cumplían, si Tamachín no mataba a Chitanam y Chitanam a Tamachín, en la plaza de Machitán, la tierra abriría sus fauces y se los tragaría.

Lluvia de pies y pies y' pies... seguían danzando... danzar o morir... pies y pies y pies... las cabezas en vaivén... pies y pies y pies... en vaivén las ajorcas de gusanos de luz... en vaivén las quetzalpicaduras que guardaban sus sienes sudorosas... en vaivén la tierra que cuereaban cada vez más duro... pies y pies y pies... en vaivén el cielo que golpeaban con sus manos de tempestades empuñadas...

Danzar o morir... pies y pies y pies... lluvia de pies y pies y pies... danzar o matarse... lo jurado, jurado...

Una estrella-anda-sola se desprendió del cielo parpadeante y se deshizo en polvito luminoso antes de llegar a los últimos celajes de la tarde derramada como sangre alrededor de los Matachines que seguían danzando, negando.

Se salvarían. Levantaron los machetes para saludar a la desaparecida anda-sola. Podían romper el juramento que los ataba y dejar el llueve pies y pies y pies con que machacaban la distancia de la vida a la muerte, en la más rabiosa de las danzas.

Romperlo, no. Esa anda-sola que rayó el cielo convertida al caer en rápida lagartija que corría a ras del agua, les anunciaba que podían desatarlo, sin cortarse de la nariz la flor del aire.

¿Desatar su juramento?

Invocaron el favor del viento, pero nadie contestó, en la gruta agujereada, nadie en la gruta de los tambores de la tempestad, nadie en los despeñaderos de aguas subterráneas ni en la axila de las guacamayas azules.

Sólo se oía la lluvia de las gotas caídas de las hojas, esa lluvia que las nubes depositan en las copas de los árboles, para que llueva después del aguacero. Y esas gotas hablaban, Debían ir muy lejos a desatar su juramento. Allá donde van y vienen los que van y vienen sin saber que van y vienen. Eso que llaman las ciudades. En una de estas ciudades preguntar por la casa de la Pita-Loca, llena de mujeres y escoger a la que tuviera el mañana en los ojos el hoy en los labios y el ayer en los oídos.

Dejaron el llueve pies y pies y pies de su danza suicida, pies más en el aire que en la tierra, tocar la tierra era para ellos palpar la muerte, y empezó el llueve pies y pies y pies de los caminos. El tiempo de enfundar sus machetes en la vaina de las cabalidades. Cabal, machete, solo en tu vaina. Pero, cómo reconocerían la casa de la Pita-Loca. No era difícil. Por las falomas que ostentaba en puertas y ventanas, marcadas a fuego con yerro de herrar bestias.

Del llueve pies y pies y pies de su danza suicida al llueve pies y pies y pies de los caminos. Huían negando que hubiera muerto. Pero de quién huían si iban juntos. Tamachín con Chitanam, ¿Chitanam huyendo de Tamachín? Chitanam con Tamachín, ¿Tamachín huyendo de Chitanam? lluvia de pies y pies y pies a lo largo de noches de alta mortandad de estrellas, a través de bosques de inmensa mortandad de seres, dejando atrás soles e inviernos, mortandad de nubes, por momentos esperanzados, abatidos otros, temerosos siempre de no dar con la casa de la Pita-Loca y menos con esa mujer de ayer, hoy y mañana, y que aquella demencial carrera... pies y pies y pies... pies y pies y pies... terminara en la plaza de Machitán, en un duelo a punta y

filo de machete, en que los dos tendrían que matarse, matachines al fin, a los gritos de ¡Tamachín-chin-chin, matachín! ¡Chitanam-tam-tam, Machitán!...

– ¡Luces! ¡Luces... -gritó Chitanam.

Tamachín lo confirmó al asomar entre niebla de frior caliente a lo alto de un cerro, añadiendo:

– No son luces, son los pies iluminados de la ciudad... andan, corren, se juntan, se separan...

– Esperaremos el día – propuso Chitanam, pronto a sentarse, en una piedra.

– No podemos esperar -advirtió Tamachín-, si murió no; podemos esperar...

– Ganar tiempo...

– Contra la muerte no se puede ganar tiempo, vamos...

– ¡Y ser todos los demás que soy!... -se quejó Chitanam y sin soltar el paso:- ¡La noche encendida, los dioses encendidos, podrían cantar, reír, doblar los dedos o lanzarlos como agujas de brújulas con uñas hacia la casa de la Pita-Loca!

El pinta-pájaros, pinta-nubes, pinta-cielos, pinta-todo -pedazos de aurora... pedazos de sueño...- les sorprendió en la ciudad que despertaba sobre cientos, miles, millones de pies y pies y pies. Tantas gentes van y vienen, vienen y van, sin saber ‘si van o vienen, que es más lo que se mueve que lo que hay fijo en las ciudades. Pies y pies y pies, los de todos y los de ellos que por calles y plazas buscaban la casa de la Pita-Loca.

Y a llegar iban, a la vista las falomas de sus puertas y ventanas, cuando les sorprendió el paso de un entierro.

Sin consultarse, casi instintivamente, agregáronse al conejo y siguieron tras el féretro hasta el cementerio, silenciosos, compungidos, no sabiendo cómo esconder los machetes, la cabeza de un lado a otro sobre cóndilos recónditos para negar la muerte.

Al concluir el sepulturero su faena, caláronse los sombreros y a la calle. Debían llegar lo antes posible a la casa de la Pita-Loca en busca de aquella que tenía labios untados de presente, música antigua en los oídos y ebriedad de futuro en las pupilas. Pero de la puerta del cementerio se regresaron. Otro entierro... y otro... y otro. Esa mañana se les pasó enterrando gentes. No podían evitarlo, sustraerse a su naturaleza que les empujaba a seguirlos cortejos fúnebres al paso de los enlutados deudos, sin ‘dejar de repetir, la cabeza de un lado a otro: no murió... no murió...

Qué hacer... Huyeron del cementerio a través de un barranco. Buscarían llegar a la casa de la Pita-Loca por una calle poco frecuentada o mal frecuentada, por donde nadie querría que pasara su muerto.

Pero criando ya tocaban fondo en aquella inmensa olla de árboles y peñascos, helechos, orquídeas, reptiles, en un recodo de la vereda que corría al par de un riachuelo por un lodazal de luto, encontraron un grupo de campesinos que subían con el blanco ataúd de una doncella. Y allá van los Matachines de regreso, con el corazón que se les salía contemplando aquel estuche de nieve que encerraba el cuerpo de una virgen. En el jadeo de la cuesta, silencio de pájaros y hojas se les oía repetir, si casi lo decían con la respiración... no murió... no murió...

Esperaron que anoheciera. De noche no hay entierros. Inexplicable. Un cigarrillo tras otro. Inexplicable. Estupidez municipal. Llevar uno su muerto chocando contra la luz del día cuando sería más íntimo cruzar la ciudad a medianoche, entre las luces de las calles en procesión de cirios o de antorchas, el silencio majestuoso de las plazas y el recogimiento de las casas cerradas.

La casa de la Pita-Loca, desván de mujeres que se ofrecían en los espejos, apenas formas de humo de tabaco, fantasmas de carne y pelo color de yema de huevo por las luces amarillentas, uñas de escama de pescado y cejas postizas, anzuelos que al no pescar goteaban llanto, estaba llena de borrachos que hacían combinaciones enigmáticas de apetitos y caprichos, hasta encontrar, si no el ideal de su tipo femenino, el que más se acercaba a su deseo. Todas tenían un pasado vivido y un pasado remoto de diosas, sirenas, madonas... como hacerle fondo de ojo al mar... lo propio en la mujer es el mundo pretérito en que vive y que a veces disimula, aventura del disfraz, con el traje que la vista de presente.

La mujer que buscaban los Matachines en casa de la Pita-Loca, Tamachín se adelantó a Chitanam, Chitanam a Tamachín y al fin entraron juntos, arrebatándose la palabra para describirla, decía tener música antigua en los oídos, pero sólo en los oídos, reír, hablar y besar en presente, a pesar de ser vieja toda dentadura de marfil, y foguear sus pupilas hasta limpiarlas de lo cotidiano para ver el mañana.

La Pita-Loca, oropendientes en las orejas, masapanes de perlas en el pecho, dedos encarcelados en anillos de piedras de colores, verdes, rojas, amarillas, violetas, negras, azules, tornasoles, les puso a prueba lanzándoles preguntas que no por inesperadas podían dejar de responder los Matachines, pues era cerrarse las puertas y no encontrar a la mujer que buscaban, aquella que tenía el ayer en los oídos, el hoy en los labios y el futuro en los ojos.

– ¿Quién de los dos sabe bailar con zancos? -preguntó aquélla.

– Los dos -se adelantó Tamachín-, pero no sobre zancos, sobre las tetas de las diosas...

– ¿Saben alguna oración secreta?

– Sabemos, ya lo creo que sabemos oraciones secretas -contestó

Chitanam y tras un breve y calculado silencio alzó la voz:- ¡Dioses... Dioses... Dioses de ojos con agua, manos gastadas en la siembra, exactos en la cuenta del tiempo...

– Y andan buscando... -le cortó la Pita-Loca-, andan buscando a Nalencan...

Ambos callaron y aquélla se dijo, los atrapé.

– No, señora... -movió la cabeza Tamachín y Chitanam añadió:

– Desde luego que no. ¿Quién se preocupa por Nalencan en las ciudades? Nadie. Ni tiene resplandor de relámpago ni ensordece con el retumbar de los cielos. No así allá en Machitán, donde la tempestad, la temible Nalencan se desploma apocalíptica entre tronos, truenos y dominaciones...

– Buscamos – intervino Tamachín – a la mujer de ayer, hoy y mañana...

La Pita-Loca encogió los dedos, patas de arañas de colores, araña de brillantes, esmeraldas, rubíes, amatistas, turquesas, ópalos, topacios, zafiros, cada mano, y frunció las cejas de humo triste.

– No la hemos enterrado. La tenemos para dientes que como a ustedes, les gusta la mujer rígida y fría, totalmente fría, a temperatura de cadáver.

– ¿Muerta? -preguntaron al mismo tiempo los Matachines, sintiendo junto a ellos algo que habían olvidado, la presencia del machete.

– Congelada. No era linda, pero no era fea. Los ojos achinados como de cocodrilo, respingona la nariz, el pelo lacio...

– ¿Muerta? – repitieron aquéllos su pregunta.

– Sí, se suicidó, el suicidio es la muerte natural aquí en la casa. Pero si quieren estar con ella, siempre la tenemos preparada en su lecho funeral, olor a flores blancas y a ciprés, a jazmín e incienso... hay hombres que les gusta la carne fría... el amor en el cementerio... hacer su maña entre cuatro cirios...

– No, no, no murió... -insistían los Matachines sudando el frior acuoso de la angustia en los huesos.

– Aaaa...cabáramos, los señores son de los que creen, o lo oyeron decir aquí en la casa... La servidumbre cuenta que la bella de Machitán, así la llamábamos, se levanta de noche. Los muertos que sueñan que no están muertos son los que deambulan fuera de sus tumbas. Pues la bella, sueña que está viva, y anda por aquí, por allá, abriendo y cerrando las puertas. Lo brutal es que cuando un hombre la posee parece que revive y a pesar de su rigidez cadavérica, adquiere movimientos de esponja. Pero los estoy aburriendo con mis tonterías. ¿Quieren estar con ella?... Puede ir uno, primero, y otro después o si prefieren vayan los dos juntos...

– Debemos sacarla de aquí...

– Imposible. Por ningún dinero. Es tradición, y mi marido era inglés, un ex pirata, aunque a él no le gustaban los «ex», que mujer que entra en casa de la Pita-Loca, no sale ni muerta, pues aun muerta sirve para que se den cuerda perversos y degenerados...

– Esa mujer tenía -las palabras caían de los labios de los Matachines, que no realizaban cabalmente lo sucedido, como alas de hormigones viejos-, tenía el ayer en los oídos, el presente en la boca y el futuro en las pupilas...

– Y por eso, por eso se suicidó prontito. ¡Pruébenla, no lo estén pensando tanto! Está bañada y lavada... vayan... vayan a su alcoba... por encima se les ve que les gusta la carne muerta...

Arteros y veloces, tras cambiar una mirada, el zig-zag de los machetes y a cercén las dos manos de la Pita-Loca cortadas como dos panochas de piedras preciosas, sangrando más por los rubíes y granates que por sus vasos abiertos...

Desatornillados de sus cabales, sueltos, ciegos, ensangrentados hasta los codos, por momentos gritaban, por momentos ladraban, ladrar de perros que se vuelven lobos aulladores y por momentos, tras aullar, se lamentaban con rugido de fieras. Gritar, ladrar, aullar, rugir, molerse los dientes, comerse la lengua, tragarse la realidad, perdido el empeño, el sostén, la duda...

– No murió... no murió la bella de Machitán... -lloraban a carcajadas... sin poderse borrar de los ojos la visión de aquel cuerpo de tabaco blanco, momificado, que la Pita-Loca perfumaba para que la gozaran borrachos o sonámbulos...

Una anciana, pelo de pluma blanca, les detuvo al salir de la ciudad que de noche, dormida, no tenía pies.

– ¿El camino buscan? -inquirió.

A lo que los Matachines, machete en mano, preparados siempre para abrirse paso a filo y muerte, contestaron:

– ¡Por la Gran Atup que eso buscamos... el camino de regreso... tenemos que machetearnos hoy mismo... quitarnos la vida en la plaza de Machitán!

– Para eso son matachines...

– Sí, señora, para servirla...

– ¿A mí...? jijí. -su risita olía a trapo quemado-, la muerte no me sirve... jijijí!

Luego adujo:

– El camino de los Matachines se acabó...

Chitanam, sin darse cuenta que aquello significaba que para ellos era llegado el fin, bromeó:

– ¿Qué debemos asar para que siga?

– Asar nada. Hacer mucho. Hacer que les crezca el pelo, salvo que tengan a alguien que les dé su cabellera para hacerse el camino.

Tamachín suspiró:

– ¡Tenemos... más bien teníamos, señora, pero se quedó sin camino antes que nosotros!

– Lo sé, yace dormida en la casa de la Pita-Loca, sobre una almohada negra de siete leguas de ríos hondos, justo lo que les falta a ustedes para llegar a Machitán. Sí se volvieran a pedirle prestados sus cabellos.

– Es imposible -exclamaron, mostrando a la vieja las manos de la maldita alcahueta con los dedos en túneles de piedras preciosas hasta las uñas.

– Se le cortan las manos a la riqueza malhabida -dijo la anciana horrorizada-, peto es inútil, es inútil, le salen nuevas manos...

– ¡Apártate... -enarboló el machete Tamachín-, cola del cometa que anda donde no se ve, ya respiras poquito como todos los viejos, pero te juro que vas a respirar más poquito, si la muerte no nos lleva a miches hasta Machitán!

La anciana desapareció y les fue concedido. Sobre un galápago formado con dos omóplatos sin colchón, es dura la jineteada final, llegaron al lugar en que debían cumplir su juramento. Al bajar de tan frágil como fuerte cabalgadura de huesos, la muerte mostraba sus dientes descarnados.

– ¿De qué te ríes...? -le preguntaron.

Y la respuesta lacónica:

– De ustedes...

No la oyeron, no les importaba. Ataviados para el duelo: camisas blancas, sus mejores camisas, puños, pecho y cuello alforzados, pantalones blancos, sus mejores pantalones, manos y caras teñidas de blanco, cambiaron una mirada de amigos enemigos y lanzaron sus machetes al aire. Estos cayeron enterrados de punta, uno frente a otro, pulso de matachines, señalando el lugar que le correspondía a cada uno en el terrible encuentro. A Tamachín le quedó el sol en la cara, a Chitanam en la espalda.

Tamachín pensó: Chitanam me aventaja, el sol no lo encandila. Chitanam pensó: Tamachín salió ganando, a la luz del sol me ve mejor.

Mientras tomaban sus machetes, un perico pasó volando sobre sus cabezas.

– ¡Tamachín... chin... chin... matachín! -decía festivo y regresaba más gozoso-. ¡Matachín... chin... chin... Tamachín!

Luego se iba, luego volvía:

– ¡Chitanam... tam... tam... Machitán! ¡Machitán... tam... tam... Chitanam!

– ¡Por la Gran Atup que esto se acabó! -gritó Tamachín enfurecido, el machete en alto, yendo tras el perico que seguía en sus

burlas...

– ¡Matachinchín, matachín!... ¡Matatamtam, Machitán! -verde, alegre, jaranero-. ¡Matatamtam, Machitán!... ¡Matachinchín, Matachín!

Y volando, volando, tam-tam y chin-chin... chin-chin y tam-tam..., sacó de la plaza convertida en palenque a los matachines de Machitán que lo perseguían con sus machetes.

– ¡Matachines al fin!... -dijo alguien, no el perico. Alguien. Sólo se le miraba el hombro y en el hombro, posado el perico.

– Atalayandítoles estuve, para que no se mataran, pero se me pasaron. Sin duda el baile del llueve pies y pies y pies los hace invisibles, y por eso mandé a traerlos con el perico.

Este, al sentirse aludido, echóse hacia atrás,abierto de patitas y alivió la tripa soltando un gusanito de estiércol en el hombro del hombre del hombro.

– ¡Y por virtud de ese gusanito -gritó el perico, esponjándose como una lechuga avergonzada-, salvarán el pellejo Tamachín y Chitanam, y seguirían bailando el llueve pies y pies y pies en Machitán!

– Salvarla del todo, no -dijo el hombre del hombro-, se les dejará la vida por algún tiempo, si no hacen lo que hacen, derramar sangre.

– ¡Matachines al fin! -recalcó el perico.

– Al entendido por señas -alzó la voz Tamachín, montando en cólera-, cobardía y excremento de perico es igual, y a ese precio no queremos la vida los matachines de Machitán.

– Si no es eso... -se apresuró decir Chitanam, no las tenía todas con la muerte, y aun con algo de caquita de perico prefería la vida...

Si el hombre del hombre no desaparece y el perico no vuela, los parte en dos el machete de Tamachín.

El filo vindicativo cortó el aire y dio en el pie de alguien. Un pie sin sangre, negro, peludo y con las uñas de punta. Un pie cortado, no de un tobillo, sino de un chillido desgarrador. Lo recogió Chitanam sin detener su paso. Volvían a la plaza de Machitán a reanudar el desafío, interrumpido por la presencia del perico, volanderas las alas de sus sombreros blancos como sus ropas, las caras y las manos espolvoreadas de envés de hoja de encino blanco, extraños personajes de ceniza que llevaban sobre el pecho, amuletos de muerte y pedrería, las manos cercenadas de la Pita-Loca,. cada uno una mano, y a flor de labio, en la resaca de su palabrear de condenados a muerte, la letanía del no murió... no murió... no murió... martillado para aminorar su culpa o porque en verdad creían que los que no mueren donde nacen, no son muertos, sino ausentes, doblemente ausentes como aquella que tuvo el ayer en los oídos, el hoy en los labios y el mañana en los ojos.

Todo inútil, inmensamente inútil. Qué feroz desatino rodarse de

preguntas sin respuesta, desimantados, incongruentes, tráfugas, perjuros, atragantándose con llanto, al cuello el peso muerto de las manos hinchadas como sapos y reverberantes de oro y gemas de la maldita alcahueta.

– ¿Me lo devuelves..., es mi pie... es mío! -dijo por señas y visajes a Chitanam, un mono por su color bañado en espuma de hervor de café.

– Si te sirve... -contestó aquél y se lo devolvió.

¿Qué puedo hacer por los señores? parecía preguntarles con sus fiestas el saraguato coludo, todo ojos a las reliquias que colgaban sobre el pecho de los Matachines. Se les adelantaba cojeando, los miraba y volvía a ver atrás. Cojeando, cojeando, no se puso el pie, rechinaba los dientes y volvía y volvía la cabeza.

Los alcanzó a pasos despeñados, el gran Rascaninagua.

– Porque sueño con los ojos abiertos creen que yo sé cosas -canturreaba-, creen que yo sé cosas, porque sueño con los ojos abiertos... ¿Y los señores... -enfrentóse a los Matachines-, quiénes son, cómo se llaman?... ¡Ah! ¡ah!... -se fijó mejor en ellos-, son los Matachines de Machitán.

El mono sentado en el suelo, empezó a quererle pegar el pie, antes que el gran Rascaninagua le preguntara por qué travesura se lo habían cortado. Revolvía saliva, tierra y chillidos.

– ¡Telele, dejé de chillar! -amenazó Rascaninagua con el bastón en que se apoyaba, al saraguato. Luego volviéndose a los Matachines, en tono autoritario: -Mis amigos, en estos cerros no se debe derramar sangre...

Se limpió la boca con el envés de la mano. La palabra sangre mancha los labios de solo pronunciarla e inquirió con sus ojos perdidos en hojarasca de siglos, la impresión que causaba su mandato de «no más sangre» en aquellos que vivían sólo para eso, para derramarla.

– Y si no derramamos sangre, de qué hemos de vivir... -se adelantó a responder, en tono interrogativo, Chitanam-, y lo peor es que ahora estamos comprometidos, por juramento, yo a derramar la sangre de Tamachín y Tamachín la mía.

– Pero eso puede evitarse... -sacudió la cabeza Rascaninagua.

– ¡Imposible! -gritaron, aquéllos.

– No hay imposibles en mis cerros...

– Si pudiera evitarse. -apresuró Chitanam, esperanzado, no las tenía todas con la muerte, y menos a machetazos..

– ¡Con un revuelto de cobardía y caca de perico... -engallóse Tamachín -, ja, ja, ja... -soltó la risa, para añadir en seguida: -La bella de Machitán nos espera más allá de la vida y debemos juntarnos con ella...

– ¿Y por qué los dos? – frunció las cejas al preguntar Rascaninagua.

– Fue el amor lo que la perdió, el amor que sentía por nosotros dos -explicó Chitanam-, no se decidió por ninguno y cayó en poder de todos los que no la querían...

– Y... si cumplen el juramento de reunirse con la bella de Machitán, sin morir del todo, qué les parece -planteó en tono agorero y familiar Rascaninagua.

El mono, medio dormido, soltaba largos suspiros. Se había pegado el pie. Los Matachines dudaban de sus ojos. Cómo creerlo.

Saliva, tierra y chillidos, qué mejor pegamento.

– Morir sin morir del todo... cumpliríamos nuestro juramento y seguiríamos vivos... -pensaba sin decirlo Chitanam

– Pero hay una condición -Rascaninagua adivinó lo que éste pesaba con la sutil balanza de las probabilidades-, una sola condición. No se derramará más sangre en Machitán. La sangre de los Matachines será la última.

– Lo que nos mandes haremos con tal de morir sin morir -habló Chitanam esperanzado, cada vez más esperanzado-. Cumplir nuestro juramento y no irnos de la vida...

Tamachín guardó silencio. Telele y Rascaninagua le resultaban sospechosos. Apretó las quijadas y se mordió el pensamiento. Los Matachines, ella lo dijo siempre, son valientes para dar la muerte, pero no para morir. Este zandungero quiere hacernos creer que moriremos sólo aparentemente. Así nos da valor para matarnos. Las palpitaciones del corazón le cosían los labios. Al fin logró hablar:

– De mi parte agradezco, pero ni necesito ni acepto. Enfrentarme con Chitanam sabiendo que es de mentiras, me repugna. Si hemos de matarnos, que sea de verdad.

– Nada se pierde con hacer la prueba -murmuró Chita, que seguía no teniéndolas todas con la muerte.

– ¡Todo se pierde... -se oyó la voz de Tamachín, vozarrón metálico, duro-, todo se pierde escuchando embusteros!

Telele bailaba, saltaba, sin que pudiera saberse cuál de los dos pies se había pegado con saliva y tierra.

– En fin agregó Tamachín, lo desarmaba el prodigio de ver al Mono con los dos pies-, oigamos cómo es eso de morir, sin morir de veras...

– ¡Quieto, Telele! -gritó Rascaninagua al saraguato que no dejaba paz-. ¡No pudiendo ser dios, es bailarín! -explicó sonriente, antes de endurecer la cara para anunciar a los Matachines, pétreo y solemne, que les daría dos talismanes, uno a cada uno, para que a su conjuro pudieran volver a la vida desde el mar de las sustancias.

– El instinto de conservación -prosiguió Rascaninagua- es el gran

perro mudo, fiel cuidador de lo carnal del hombre, de su cuerpo, de su integridad, desde hacerle presentir los peligros hasta defenderlo ferozmente; luego viene el nahual o espíritu protector de su ánima, su doble, el animal que lo sostiene siempre, que no lo abandona nunca, que lo acompaña más allá de la muerte; y por último la poderosa combustión de las sustancias de que está hecho lo vital, la vibración más íntima del ser, o sea el tono.

Hizo una pausa y siguió:

– El señor -se dirigió a Tamachín que despedía, colérico, negras llamas por los ojos-, el señor es de tono mineral y le corresponde y le entrego el frágil talismán de talco en forma de espejo de hojas de sueños superpuestos. Cada una de sus hojas dura nueve siglos, novecientos años. Cada nueve siglos tendrá Tamachín que cambiar de hoja para seguir vivo en su profunda sustancia mineral. Trescientos millones de espejos de talco, contando sólo la primera lámina, arrebatarán su sombra, para mantenerlo vivo, de la sombra de la noche.

Rascaninagua puso la mano en el hombro de Chitanam:

– En cambio, el amigo es de tono vegetal y le entrego el talismán agua verde, sangre de árbol, en este trozo de raíz de ceiba, para que navegue, después de muerto, en la sangre verde de la tierra, y vuelva cuando quiera a su forma corporal. Es por virtud de mis talismanes que los Matachines seguirán vivos en lo más íntimo de sus sustancias, piedra será Tamachín, árbol será Chitanam.

– ¡Vengan los talismanes! -gritaron esperanzados y exigentes los Matachines.

– Pero, para llegar a ser indestructibles y salvarse de la nada usando una energía rudimentaria, más fuerte, sin embargo, que el instinto de conservación y el nahual o animal protector, deben evitar ser heridos en su forma mineral y vegetal, buscar lo más profundo de las selvas y los barrancos, para que nadie los toque, no separarse nunca y jurar que su sangre es la última que se derrama en Machitán.

– ¡Por la Gran Atup que así será! -juraron los Matachines al recibir los talismanes y desaparecer Telele y Rascaninagua, a quien dieron en pago a su secreto de supervivencia, las manos muertas y enojadas de la Pita-Loca.

La plaza de Machitán negreaba de cabezas humanas. El desafío de los desafíos. Las torres y el frente de la iglesia, las ventanas y los techos de las casas, los árboles, todo era una sola cabeza. Los vecinos principales asomados a sus balcones. En las esquinas, hombres a caballo con espuelas que sonaban a lluvia dormida. A lo largo de las aceras, piñas de comerciantes que ofrecían refrescos, comidas, cocos de agua, dulces, frutas y baratijas.

Silencio expectante, más bien expectorante. Todos, a pesar del

momento que se vivía, tosían, gargajeaban...

Salieron a la plaza los Matachines seguidos de comparsas abúlicas que llevaban esqueletos de culebras, gallos degollados, cueros de tigrillos, jaulas de hilos con pajarillos minúsculos, pieles de oveja, aves hipantes, cascabeles de serpientes, cuchillos de sacrificio con la forma del Árbol de la Vida, y afilados por la risa de Tohil, afilador de obsidianas, calaveras pintadas de colores, azules, verdes, amarillas, cornamentas de venados...

Los Matachines ocuparon los lugares que los machetes arrojados al aire les señalaron, al caer de punta y clavarse en la tierra, y sin más esperar se alzó la voz de Chitanam. Pedía que le dieran por ataúd el árbol hueco que ahora sonaba con cien lenguas de madera. Dormir su último sueño en un tun. Que un tun fuera su tumba, su tumba retumbante.

Luego habló Tamachín. Pedía que lo enterraran en una piedra cavada a su tamaño y, sin decir más, empezó su última danza de pies y pies y pies...

¡Chin-chin-chin... Matachín-chin-chin...!, pies y pies y pies... lluvia de pies y pies y pies...

¡Tamachín-chin-chin,... chin-chín Tamachín...Tamachín-chin... Tamachín!

¡Tam-tam-tam... Chitanam-tam-tam...! -empezó Chitanam su última danza, su, llueve pies y pies y pies... Antes gritó su proclama, los machetes al aire como peces de sol: no iban al encuentro de la muerte, sino de la bella de Machitán... pies y pies y pies... lluvia de pies y pies y pies...

No se hizo esperar. la proclama de Tamachín:

¡Un nudo de amor de tres, no se puede desatar...! En el eco se oía: ...no se puede desandar...!

¡Es lo que pasa, Chitanam, cuando nacen dos hombres para una mujer!

– ¡Es lo que pasa, Tamachín, cuando nacen dos hombres para una mujer!

Pies y pies y pies... pies y pies y pies... lluvia de pies y pies y pies... golpe... quite... golpe... quite... chocando los machetes... plin... plan... golpe de Chitanam... plan... pila... golpe de Tamachín... plan... plin... plan... quite y golpe de Chitanam... plin..., plan... plin... golpe y quite de Taniachín... los machetes chocando... pies y pies y pies... lluvia de pies y pies y pies... plin... plan... golpe de Machitán... plan... plin..., quite de matachín... golpe... quite... golpe... quite... sin herirse para prolongar la danza... el llueve pies agónico... pies y pies y pies... pies y pies y pies... no hay quite sin quite... no hay golpe sin golpe... plan... plan... al quite... al quite, Chitanam... al golpe, Tamachín, al golpe, al golpe, al golpe,

Chitanam... al quite, al quite, al quite, Tamachín... pies y pies y pies... pies y pies y pies... piesip... es... piesip... es... tambaleantes..., heridos de muerte... un puntazo al corazón... por la tetilla...,

Trapos ensangrentados... nada más sus camisas... nada más sus pantalones... sus fajas coloradas... su caites... sus sombreros...

Eso se enterró... sus trapos... no sus cuerpos... se hicieron invisibles...

Sus trapos ensangrentados y sus machetes, en un árbol resonante y en una roca de gesto doloroso...

Días, meses, años... Chitanam transformado en un caobo inmenso y Tamachín convertido en una montaña, se reconocieron:

- ¡Tam-tam, Chitanam!
- ¡Chin-chin, Tamachín!
- ¡Tam-tam, harás uso de tu talismán?
- ¡Chin-chin, Tamachín hará uso de su talismán!
- ¡Tam-tam, volverás a Machitán?
- ¡Chin-chin, volveremos, Matachín!

Un machetazo rasgó el cielo de miel negra. Heridos caobo y peñasco por el rayo, no pudieron hacer uso de sus talismanes, volver a set los Matachines de Machitán. Lluvia fermentada Ebriedad de la tierra. Los ríos borrachos de equis en equis zigzagueantes. Los árboles bamboleándose borrachos. La ebriedad del mineral es el vegetal. Los minerales son vegetales borrachos. La borrachera del vegetal es el animal. Los animales son vegetales alucinados, delirantes...

Rascaninagua, seguido del mono que lucía sobre su pecho peludo las manos enjoyadas de la Pita-Loca, asomó con el cuerpo intacto de aquella que en vida tuvo oídos rumorosos de ayer, labios de brasas que ardían en presente y ojos de adivinaciones futuras.

La traía en brazos. Pesaba menos que el humo, menos que el agua, menos que el aire, menos que el sueño.

Un ataúd de caoba. Un peñasco de sangre. El nudo de las tres vidas.

Porque sueño con los ojos abiertos creen que yo sé cosas... Astros materiales, se deshojó la noche del destino!

Los brujos de la tormenta primaveral

Más allá de los peces el mar se quedó solo. Las raíces habían asistido al entierro de los cometas en la planicie inmensa de lo que ya no tiene sangre, y estaban fatigadas y sin sueño. Imposible prever el asalto. Evitar el asalto. Cayendo las hojas y brincando los peces. Se acortó el ritmo de la respiración vegetal y se enfrió la savia al entrar en contacto con la sangre helada de los asaltantes elásticos.

Un río de pájaros desembocaba en cada fruta. Los peces amanecieron en la mirada de las ramas luminosas. Las raíces seguían despiertas bajo la tierra. Las raíces. Las más viejas. Las más pequeñas. A veces encontraban en aquel mar de humus, un fragmento de estrella o una ciudad de escarabajos. Y las raíces viejas explicaban: En este aerolito llegaron del cielo las hormigas. Los gusanos pueden decirlo, no han perdido la cuenta de la oscuridad.

Juan Poyé buscó bajo las hojas el brazo que le faltaba, se lo acababan de quitar y qué cosquilla pasarse los movimientos al cristalino brazo de la cerbatana. El temblor lo despertó medio soterrado, aturdido por el olor de la noche. Pensó restregarse las narices con el brazo-mano que le faltaba. ¡Hum!, dijo, y se pasó el movimiento al otro brazo, al cristalino brazo de la cerbatana. Hedía a hervor de agua, a cacho quemado, a pelo quemado, a carne quemada, a árbol quemado. Se oyeron los coyotes. Pensó agarrar el machete con el brazo-mano que le faltaba. ¡Hum!, dijo, y se pasó el movimiento al otro brazo. Tras los coyotes fluía el catarro de la tierra, lodo con viruela caliente, algo que no se veía bien. Su mujer dormía. Los senos sobre las cañas del tapexco, bulto de tecomates [7], y el cachete aplastado contra la paja que le servía de almohada. La Poyé despertó a los enviones de su marido, abrió los ojos de agua nacida en el fondo de un matorral y dijo, cuando pudo hablar: ¡Masca copal, tiembla copal! El reflejo se iba afilando, como cuando el cometa. Poyé reuló ante la luz, seguido de su mujer, como cuando el cometa. Los árboles ardían sin alboroto, como cuando el cometa.

Algo pasó. Por poco se les caen los árboles de las manos. Las raíces no saben lo que pasó por sus dedos. Si sería parte de su sueño. Sacudida brusca acompañada de ruidos subterráneos. Y todo hueco en derredor del mar. Si sería parte de su sueño. Y todo profundo alrededor del mar.

¡Hum!, dijo Juan Poyé. No pudo mover el brazo que le faltaba y se pasó el movimiento al cristalino brazo de la cerbatana. El incendio abarcaba los montes más lejanos. Se pasó el movimiento al brazo por donde el agua de su cuerpo iba a todo correr al cristalino brazo de la cerbatana. Se oían sus dientes, piedras de río, entrechocar de miedo,

la arena movediza de sus pies a rastras y sus reflejos al tronchar el monte con las uñas. Y con él iba su mujer, la Juana Poyé, que de él no se diferenciaba en nada, era de tan buena agua nacida.

Algo pasó. Por poco se les caen los árboles de las manos. Las raíces no supieron lo que pasó por sus dedos. Y de la contracción de las raíces en el temblor, nacieron los telares. Si sería parte de su sueño. El incendio no alcanzaba a las raíces de las ceibas, hinchadas en la fresca negrura de los terrenos en hamaca. Y así nacieron los telares. El mar se lamía y relamía del gusto de sentirse sin peces. Si sería parte de su sueño. Los árboles se hicieron humo. Si sería parte de su sueño. El temblor primaveral enseñaba a las raíces el teje y maneje de la florecencia en lanzadera por los hilos del telar, y como anclaban libres los copales preciosos, platino, oro, plata, los mascarían para bordar con saliva de meteoro los oscuros güipiles [8] de la tierra.

Juan Poyé sacó sus ramas al follaje de todos los ríos. El mar es el follaje de todos los ríos. ¡Hum!, le dijo su mujer, volvamos atrás. Y Juan Poyé hubiera querido volver atrás. ¡Cuereá de regreso!, le gritó su mujer. Y Juan Poyé hubiera querido cuerear de regreso. Se desangraba en lo inestable. ¡Qué gusto el de sus aguas con sabor de montaña! ¡Qué color el de sus aguas, como azúcar azul!

Una gran mancha verde empezó a rodearlo. Excrecencia de civilizaciones remotas y salóbregas. Baba de sargazos en llanuras tan extensas como no las había recorrido en tierra. Otra mancha empezó a formarse a distancia insituable, horizonte desconsolado de los jades elásticos del mar. Poyé no esperó. Al pintar más lejos una tercera mancha de agua jadeante, recorrida por ramazones de estrellas en queda explosión de nácar, echó atrás, cuereó de regreso, mas no pudo remontar sus propias aguas y se ahogó, espumarajo de iguana, después de flotar flojo y helado en la superficie mucho tiempo.

Ni Juan Poyé ni la Juana Poyé. Pero si mañana llueve en la montaña, si se apaga el incendio y el humo se queda quieto, infinitamente quieto como en el carbón, el amor propio hondo de las piedras juntará gotitas de agresiva dulzura y aparecerá nuevo el cristalino brazo de la cerbatana. Sólo las raíces. Las raíces profundas. El aire lo quemaba todo en la igualdad de la sombra limpia. Fuego celeste al sur. Ni una mosca verde. Ni un cocodrilo con caca de pájaro en la faltriquera. Ni un eco. Ni un sonido. Sueño vidrioso de lo que carece de sueño, del cuarzo, de la piedra pómez más ligera que el agua, del mármol insomne bajo sábanas de tierra. Sólo las raíces profundas seguían pegadas a sus telares. Ave caída era descuartizada por las raíces de los mangles, antes que la devoraran los ojos del incendio, cazador en la marisma, y las raíces de los cacahuatales, olorosas a chocolate, atrapaban a los reptiles ampollados ya por el calor. La vida se salvaba en los terrenos vegetales, por obra de las

raíces tejedoras, regadas por el cristalino brazo de la cerbatana. Pero ahora ni en invierno venía Juan Poyé-Juana Poyé. Años. Siglos.

Diecinueve mil leguas de aire sobre el mar. Y toda la impecable geometría de las pizarras de escama navegante, de los pórfidos verdes bajo alambres de astros centelleantes, de las porcelanas de granitos colados en natas de leche, de los espejos escamosos de azogue sobre arenas móviles, de sombras de aguafuerte en terrenos veteados de naranjas y ocre. Crecimiento exacto de un silencio desesperante, residuo de alguna nebulosa. Y la vida de dos reinos acabando en los terrenos vegetales acartonados por la sequedad de la atmósfera y la sed en rama del incendio.

Sonoridad de los vestidos estelares en la mudez vaciante del espacio. Catástrofe de luna sobre rebaños inmóviles de sal. Frenos de mareas muertas entre dientes de olas congeladas, afiladas, acuchillantes. Afuera. Adentro.

Hasta donde los minerales sacudían su tiniebla mansa, volvió su presencia fluida a turbar el sueño de la tierra. Reinaba humedad de estancia oscura y todo era y se veía luminoso. Un como sueño entre paredes de manzana-rosa, contiguo a los intestinos de los peces. Una como necesidad fecal del aire, en el aire enteramente limpio, sin el olor a moho ni el frío de cáscara de papa que fue tomado al acercarse la noche y comprender los minerales que no obstante la destrucción de todo por el fuego, las raíces habían seguido trabajando para la vida en sus telares, nutridas en secreto por un río manco.

¡Hum!, dijo Juan Poyé Una montaña se le vino encima. Y por defenderse con el brazo que le faltaba perdió tiempo y ya fue de mover el otro brazo en el declive, para escapar maltrecho. Pedazos de culebra macheteada. Chayes de espejo. Olor a lluvia en el mar. De no ser el instinto se queda allí tendido, entre cerros que lo atacaban con espolones se piedras hablantes. Sólo su cabeza, ya sólo su cabeza rodaba entre espumarajos de cabellos largos y fluviales. Sólo su cabeza. Las raíces llenaban de savia los troncos, las hojas, las flores, los frutos. Por todas partes se respiraba un aire vivo, fácil, vegetal, y pequeñas babosidades con músculos de musgo tierno entraban y salían de agujeros secretos, ocultos en la pedriza quemante de la sed.

Juan Poyé reapareció en sus nietos. Una gota de su inmenso caudal en el vientre de la Juana Poyé engendró las lluvias, de quienes nacieron los ríos navegables. Sus nietos.

La noticia de Juan Poyé-Juana Poyé termina aquí, según.

Los ríos navegables, los hijos de las lluvias, los del comercio carnal con el mar, andaban en la superficie de la tierra y dentro de la tierra en lucha con las montañas, los volcanes y los llanos engañosos que se paseaban por el suelo comido de abismos, como balsas móviles. Encuentros estelares en el tacto del barro, en el fondo del cielo, que fijaba la mirada cegatona de los crisopacios, en el sosegado desorden de las aguas errantes sobre lechos invisibles de arenas esponjosas, y en el berrinche de los pedernales enfurecidos por el rayo.

Otro temblor de tierra y el aspaviento del líquido desalojado por la sacudida brutal. Nubes subterráneas de ruido compacto. Polvo de barrancos elásticos. Nuevas sacudidas. La vida vegetal surgía aglutinante. La bajaban del cielo los hijos navegables de las lluvias y donde el envoltorio de la tierra se rasgaba asiéndose a rocas más y más profundas o flameaba en cimas estrelladas, vientos de sudor vegetal se apresuraban a depositar la capa de humus necesaria a la semilla de las nebulosas tiernas.

Pero a cada planta, a cada intento vegetal, sucedíanse nuevas catástrofes, enfriamientos y derrames de arcilla en ebullición. La corrupción de los metales hacía irrespirable el sol, en el ambiente envenenado y seco.

Se acercaban los tiempos de la lucha del Cactus con el Oro. El Oro atacó una noche a la planta costrosa de las grandes espinas. El Cactus se enroscó en forma de serpiente de muchas cabezas, sin poder escapar a la lluvia rubia que lo bañaba de finísimos hilos.

El estruendo de alegría de los minerales apagó el lamento de la planta que en forma de ceniza verde quedó como recuerdo en una roca. E igual suerte corrieron otros árboles. El morro ennegreció sus frutos con la quemadura profunda. La pitahaya [\[9\]](#) quedó ardiendo como una brasa.

Los ríos se habituaron, poco a poco, a la lucha de exterminio en que morían en aquel vivir a gatas tras de los cerros, en aquel saltar barrancos para salvarse, en aquel huir tierra adentro, por todo el oscuro reino del tacto y las raíces tejedoras.

Y, poco a poco, en lo más hondo de la lluvia, empezó a escucharse el silencio de los minerales, como todavía se escucha, callados en el interior de ellos mismos, con los dientes desnudos en las grietas y siempre dispuestos a romper la capa de tierra vegetal, sombra de nube de agua alimentada por los ríos navegables, sueño que facilitó la segunda llegada del Cristalino Brazo de la Cerbatana.

Cristalino Brazo de la Cerbatana. Su cabellera de burbujas-raíces en el agua sonámbula. Sus ooojooos. Calmó un instante las

inquietudes primaverales de la tierra, para alarmarla más tarde con la felicidad que iba comunicando a todo su presencia de esponja, su risa de leche, como herida en tronco de palo de hule, y sus órganos genitales sin sostén en el aire. Miel en desorden tropical. Y la primera sensación amorosa de espaldas al equinoccio, en el regocijo de las vértebras, todavía espinas de pececillo voraz.

Cristalino Brazo de la Cerbatana puso fin a la lucha de los minerales candentes y los ríos navegables; pero con él empezó la nueva lucha, el nuevo incendio, el celo solar, la quemadura en verde, en rojo, en negro, en azul y en amarillo de la savia con sueño de reptil, entre emanaciones sulfurosas y frío resplandor de trementinas.

Ciego, casi pétreo, velloso de humedad, el primer animal tramaba y destramaba quién sabe qué angustia. Picazón de las encías arcillosas en el bochorno de la siesta. Cosquilla mordedora del grano bajo la tuza, en la mazorca de maíz. Sufrimiento de los zarcillos uñudos. Movimiento de las trepadoras. Vuelo de carniceros exacto y afilado. El musgo, humo del incendio-lago en que ardía Cristalino Brazo de la Cerbatana, iba llenando las axilas de unos hombres y mujeres hechos de rumores, con las uñas de haba y corazonadas regidas por la luna que en la costa ampolla y desampolla los océanos, que abre y cierra los nepentes, que destila a las arañas, que hace tiritar a las gacelas.

En cada poro de su piel de jícara lustrosa, había un horizonte y se le llamó Chorro de Horizontes desde que lo trajo Cristalino Brazo de la Cerbatana, hasta ahora que ya no se le llama así. Las algas marcaron sus pies maíz con ramazones que hacen sus pasos inconfundibles. Cinco yemas por cada pie, el talón y la ramazón. Donde deja su huella parece que acaba de salir del mar.

Chorro de Horizontes pudo permanecer largo tiempo o muy erguido, pero en pie. Al final de dos afluentes carne le colgaban las manos. Sus dos manos nervaduras de hojas, las hojas que dejaron en ellas como en tamales de maíz, estampado su origen vegetal.

Se le agrietó la boca, al tocar un bejuco, para decir algo que no dijo. Un pequeño grito. El bejuco se le iba de la punta de los dedos, aun cuando él subía y bajaba las manos por su mínima superficie circular. Y empleó el bejuco, realidad mágica, para expresar su soledad genésica, su angustia de sentirse poroso.

Y la primera ciudad se llamó Serpiente con Chorros e Horizontes, a la orilla de un río de garzas rosadas, ajo un cielo de colinas verdes, donde se dieron las leyes del amor que aún conservan el secreto encanto de las leyes que rigen a las flores.

Chorro de Horizontes se desnudó de sus atavíos de guerra para vestir su sexo y por nueve días, antes de abultar la luna, estuvo tomando caldo de nueve gallinas blancas día a día, hasta sentirse perfecto. Luego, en luna creciente, tuvo respiración de mujer bajo su pecho y después se quedó un día sin hablar, con la cabeza cubierta de hojas verdes y la espalda de flores girasol. Y sólo podía ver al suelo, como mendigo, hasta que la mujer que había preñado vino a botarle la flor de maíz sobre los pies. Nunca en luna menguante tuvo respiración de mujer bajo su pecho, por más que todo el cuerpo le comiera como remolino.

Esto pasaba en la Ciudad de Serpiente con Chorros de Horizontes; de donde se fueron los hombres engusanados de viento y quedó solo el río con los templos piedra sin peso, con las fortalezas de piedra sin peso, con las casas de piedra sin peso, que reflejo de ciudad fue la Ciudad de Serpiente con Chorros de Horizontes.

Los hombres empezaron a olvidar las leyes del amor en las montañas, a tener respiración de mujer bajo su pecho en los menguantes, sin los nueve días de caldo de nueve gallinas blancas cada día, ni el estar después con la cabeza envuelta en hojas y la espalda cubierta con flores de girasol, callados, viendo para el suelo. De donde nacieron hijos que no traían en cada poro un horizonte, enfermos, asustadizos, y con las piernas que se les podían trenzar.

El invierno pudría la madera con que estos hombres de menguante construyeron su ciudad en la montaña. Seres babas que para hacerse temer aprendieron a esponjarse la cabeza con peinados sonoros, a pintarse la piel de amarillo con cáscara de palo de oro, los párpados de verde con hierbas, los labios de rojo con achiote [10], las uñas de negro con nije [11], los dientes de azul con jiquilite [12]. Un pueblo con crueldad de niño, de espina, de máscara. La magia sustituía con símbolos de colores sin mezcla, el dolor de las bestias que perdían las quijadas de tanto lamentarse en el sacrificio. Se acercaban los tiempos de la primera invasión de las arañas guerreadoras, las de los ojos de fuera y constante temblor de cólera en las patas zancajonas y peludas, y en todo el cuerpo. Los hombres pintados salieron a su encuentro. Pero fueron vanos el rojo, el amarillo, el verde, el negro, el blanco y el azul de sus máscaras y vestidos, ante el avance de las arañas que, en formación de azacuanes [13], cubrían montes, cuevas, bosques, valles, barrancas.

Y allí perecieron los hombres pintados del menguante lunar, los que ahora están en el fondo de las vasijas y no se ven, los que adornan las jícaras por fuera y sí se ven, sin dejar más descendencia que algunos enfermos de envés de güipilo tiña dulce, por culpa de su crueldad simbolizada en los colores.

Sólo el Río de las Garzas Rosadas quedó en la Ciudad de Serpiente con Chorros de Horizontes, que era una ciudad de reflejos en red de pájaros, dicen, dicen, y otros dicen que era una ciudad de piedra pómez arrodillada donde el Cactus fue vencido por el Oro. Sólo el río, y se le veía andar, sin llevarse la ciudad reflejada, apenas sacudida por las pestañas de su corriente. Pero un día quiso saber de los hombres perdidos en la montaña, se salió de su cauce y los fue buscando con sus inundaciones. Ni los descendientes. Poco se sabe de su encuentro con las arañas guerreras. Sus formaciones lo atacaron desde los árboles, desde las piedras, desde los riscos, en una planicie rodeada de pequeñas colinas. Ruido de agua que pasa por coladeras, atronó sus oídos y se sintió largo tiempo con sabor humano, entre las patas de las arañas, que hablan chupado la sangre de los hombres aniquilados en la montaña.

La Diosa Invisible de las Palomas de la Ausencia, fundadora de otra ciudad cerca del mar, donde se tenía noticia de la Ciudad que se llamó Serpiente con Chorros de Horizontes, supo que llegaba a la costa un río mensajero de las más altas montañas y mandó que los campos florecieran a su paso doce lugares antes, para que entrara a la ciudad vestido de pétalos, embriagado de aromas, pronto a contar lo que olvidaron los hombres del reino del amor.

Y en las puertas de la ciudad que era también de templos palacios y fortalezas sin peso dulce de estar en el agua honda de la bahía recogida como en una concha lo saludaron palabras canoras en pedacitos de viento envueltos en plumas de colores.

¡Tú, Esposo de las Garzas Rosadas, el de la carne de sombra azul y esqueleto de la zarza dorada, nieta de Juan Poyé-Juana Poyé, hijo navegable de las lluvias, bienvenido seas a la Ciudad de la Diosa Invisible de las Palomas de la Ausencia!

El río entró jugando con las arenas blancas de una playa que, como alfombra, habían tendido para él esa mañana los pájaros marinos.

¡Que duerma!, dijeron las columnas de un templo sin techo que en al agua corriente palpitaba, imagen de la Diosa Invisible de las Palomas de Ausencia.

¡Que duerma! ¡Que lo vele una doble fila de nubes sacerdotales! ¡Que no lo despierten los pájaros mañana! ¡Que no lo picoteen los pájaros mañana!

Apareadas velas de barcos de cristal y sueño, se acercaron; pero en una de las velas llegó dormida y su reflejo de carne femenina tomó forma de mujer al entrar en las aguas del río mezcladas con la sangre de los hombres del menguante lunar. Esplendor luminoso y crujida de dientes frescos como granizo alrededor de los senos en miel, de las caderas en huidiza pendiente del seso, isla de tierra rosada en la desembocadura frente al mar.

Y así fue como hombres y mujeres nacidos de menguante, poblaron la Ciudad de la Diosa Invisible de las Palomas de la Ausencia. Del río oscuro salían la arañas.

Una erupción volcánica de chorchas ^[14] anunció el aparecimiento de Saliva de Espejo, el Guacamayo. Empezó entonces la vida de los hombres contra la corriente reflejo-realidad de pueblos que emigraban de la desembocadura a la montaña. Imantados por el azul de cielo, emigraban desde el azul del mar. Contra las puntas negras de los senos de las mujeres sacaban chispas al pedernal. Lo que sólo era un símbolo, como fue simbolizada con la caricia de la mano en el sexo femenino, la alegría del hallazgo del fuego en la tiniebla.

Pueblos peregrinos. Pueblos de hombres contra la corriente. Pueblos que subieron el clima de la costa a la montaña. Pueblos que entibieron la atmósfera con su presencia, para dar nacimiento al trópico de menguante, donde el sol, lejos de herir, se esponja como gallina ante un espejo.

Las raíces no paraban. Vivir para tejer. Los minerales habían sido vencidos hasta en los más expuesto de las montañas y por chorros borbotaba el verde en el horizonte redondo de los pájaros.

Se dictaron de nuevo las Leyes del Amor, obedecidas en la primera ciudad que se llamó Serpiente con Chorros de Horizontes y olvidadas en la montaña, por los hombres que fueron aniquilados a pesar de sus pinturas, de su crueldad de niños, de sus máscaras con espinas de cactus.

Las Leyes del Amor fueron nuevamente guardadas por los hombres que volvían redimidos de la ciudad de la Diosa Invisible de las Palomas de la Ausencia: astrónomos que envejecían cara al cielo, con los huesos de plata de tanto ver la luna; artistas que enloquecían de iluminada inspiración al sentir un horizonte en cada poro, como los primitivos Chorros de Horizontes; negociantes que hablaban blanda lengua de pájaros; y guerreros que tomaban parte en las reyertas intestinas de los bólicos, veloces para el ataque por tierra y raudos para el ataque por mar. Los vientos alimentaban estas guerras del cielo sin refugio, bajo las constelaciones del verano voraz y el azote invernal de las tempestades cuereadoras.

Las serpientes estornudaban azufre, eran interminables intestinos subterráneos que salían a flor de tierra a manera de fauces abiertas. Los hombres que se quedaron guardando la entrada de estas cavernas-serpientes, recibieron el nombre de sacerdotes. El fuego les había quemado el cabello, las cejas, las barbas, las pestañas, el vello de los sobacos, el vello del sexo. Parecían astros rojizos resbalando entre las hojas verdes, encendidas, que vistieron para venirse a comunicar con los hombres. Y el sabor de ceniza que les dejó el chamuscón de los pelos, les hizo concebir a las divinidades con un raro sabor oscuro.

Ceniza de pelo y saliva de sacerdotes amasaron la primitiva religión, cáscara de silencio y fruta amarga de los primeros encantamientos.

No se supo a qué venía todo aquel milagro de la vida errante, huidiza, fijada por arte sacerdotal donde, según la tradición, se enroscó el cactus vencido por el oro y hubo una ciudad de reflejos que se llamó Serpiente con Chorros de Horizontes.

Las hormigas sacaron del agua una nueva ciudad, arena por arena -la primitiva ciudad de reflejos- y con sangre de millones de hormigas que cumplido el trabajo morían aletargadas de cansancio, se fueron edificando verdaderas murallas, hasta la copa de los árboles altos, y templos en los que el vuelo de las aves dormidas petrificaba las vestiduras de los dioses. Verdaderas murallas, verdaderos templos y mansiones para la vida y para la muerte verdadera, ya no espejismos, ya no reflejos.

Esto dijeron los hombres en la danza de la seguridad: la vida diaria. Mas en las garras de las fieras crecían las uñas y la guerra empezó de nuevo. Hubo matanzas. Se desvistieron los combatientes de la blandura de la vida en la ciudad para tomar armas endurecidas por atributos minerales. Y volvieron del combate deshechos, acobardados, en busca de reliquias sacerdotales para poder contra el mal. Una vez más iba a ser destruida a mordiscos de fiera, la ciudad levantada donde el cactus fue vencido y existió para vivir abandonada la ciudad de Serpiente con Chorros de Horizontes.

Las mujeres salieron a combatir. Sin respiración amorosa de hombre, los hombres se amasaban con los hombres en el silencio de las arboledas, más abajo de la cañadas, más arriba de la colinas; sin amorosa respiración de hombre, las mujeres habían endurecido y sombras de color mineral denunciaban en sus rostros instintos varoniles. Al combate frente a frente que libraron los hombres contra las uñas y los dientes de las fieras, muchos de ellos murieron de placer al sentir la garra en la espalda, el colmillazo en la nuca y todo aquel espinar de tuna que corta la sangre en la agonía -iban al combate por el deseo de ser maltratados por lo único fuerte que había alrededor de la ciudad: los pumas, los jaguares, las dantas, los coyotes-; al combate frente a frente sucedió por parte de las mujeres, el combate a salto de mata, a vuelta de encrucijada. Y se oyó a las fieras esconder las uñas en la muerte y triturarse los dientes, heridas por venenosas oscuridades, y se vio querer volver en sí a los dorados pumas, en sí, en su vida, en su ciencia, en su sangre, en su pelo de seda, en su sabor de saliva dulce goteada por onzas entre los colmillos blancos; cada vez más blancos en la encías sanguinolentas. Y se oyó vidriarse el aire entero, todo el aire de la tierra, con los ojos fijos de los jaguares heridos a mansalva en la parte sagrada de los animales machos y amusgarse el quejido rencoroso de los coches de monte, algunos

tuertos, otros desorejados, y dolerse el bosque con los chillidos de los monos quejumbrosos.

Por donde todo era oscuro regresaron las mujeres y vencedoras de las fieras, luciendo, como adornos, las cabezas de los tigres a la luz leonada de las fogatas que encendió la ciudad para recibirlas en triunfo, y las pieles de los otros animales degollados por ellas.

Las mujeres reinaron entonces sobre los hombres empleados en la fabricación de juguetes de barro, en el arreglo interior de las casas, en el suave quehacer de la comida condimentada y laboriosa por su escala de sabores, y en el lavado de la ropa, aparte de los que cantaban, ebrios de vino de jocote [15], para recortar del aire tibios edenes, de los que adivinaban la suerte en los espumarajos del río, y de los que rascaban las plantas de los pies, los vientres o lo alrededores de los pezones, a las guerreras en reposo.

Una cronología lenta, arena de cataclismo sacudida a través de las piedras que la viruela de las inscripciones iba corrompiendo como la baba del invierno había corrompido las maderas que guardaban los fastos de la cronología de los hombres pintados, hacía olvidar a los habitantes lo que en verdad eran, creación ficticia, ocio de los dioses, y les daba pie para sentirse inmortales.

Los dioses amanecieron en cuclillas sobre la aurora, todos pintados y al contemplarlos en esa forma los de la nueva ciudad, olvidaron su pensamiento en los espejos del río y se untaron la cara de arco iris de plumas amarillas, rojas, verdes y todos los colores que se mezclan para formar la blanca saliva de Saliva de Espejo.

Ya había verdaderas murallas, verdaderos templos, y mansiones verdaderas, todo de tierra y sueño de hormiga, edificaciones que el río empezó a lamer hasta llevárselas y no dejar ni el rastro de su existencia opulenta, de sus graneros, de sus pirámides, de sus torres, de sus calles enredaderas y sus plazas girasoles.

¿Cuántas lenguas de río lamieron la ciudad hasta llevársela? Poco a poco, perdida su consistencia, ablandándose como un sueño y se deshizo en el agua, igual que las primitivas ciudades de reflejos. Esta fue la ciudad de Gran Saliva de Espejo, el Guacamayo.

La vegetación avanzaba. No se sentía su movimiento. Rumoroso y caliente andar de los frijolares, de los ayotales [16], de las plantas rastreadoras, de las filas de chinches doradas, de las hormigas arrieras, de los saltamontes con alas de agua. La vegetación avanzaba. Los animales ahogados por su presencia compacta, saltaban de árbol en árbol, sin alcanzar a ver en el horizonte un sitio en que la tierra se deshiciera de aquella oscuridad verde, caliente, pegajosa. Llovía torrencialmente. Una vegetación de árboles de cabelleras líquidas sembrados en el cielo. Aturdimiento mortal de cuanta criatura quedaba viva, de las nubes panzonas sobre las ceibas echadas a dormir en forma de sombra sobre el suelo.

Los peces engordaban el mar. La luz de la lluvia les salía a los ojos. Algunos de barba helada y caliente. Algunos manchados por círculos que giraban como encajes de fiebre alrededor de ellos mismos. Algunos sin movimiento, como manchas de sangre en los profundos cartílagos subacuáticos. Otros y otros. Las medusas y los infusorios combatían con las pestañas. Peso de la vegetación hundiéndose en el tacto de la tierra en agua, en la tiniebla de un lodo fino, en la respiración helada de los monstruos lechosos, con la mitad del cuerpo mineralizado, la cabeza de carbón vegetal y las enredaderas de las extremidades destilando polen líquido.

Noticias vagas de las primitivas ciudades. La vegetación había recubierto las ruinas y sonaba a barranco bajo las hojas, como si todo fuera tronco podrido, a barranco y charca, a barrancos poblados por unos seres con viveza de cogollos, que hablaban en voz baja y que en vuelta de bejucos milenarios envolvieron a los dioses para acortar sus alcances mágicos, como la vegetación había envuelto a la tierra, como la ropa había envuelto a la mujer. Y así fue como perdieron los pueblos su contacto íntimo con los dioses, la tierra y la mujer, según.

Cuculcán Serpiente-envuelta-en-plumas

Primera Cortina Amarilla

Cortina amarilla, color de la mañana, magia del color amarillo de la mañana. Cuculcán amarillo, cara y manos amarillas, cabellos amarillos, zancos amarillos, calzas amarillas, traje amarillo, máscara amarilla, plumas amarillas, brazaletes amarillos, frente a la cortina amarilla, color de la mañana. Guacamayo, del tamaño de un hombre, parado en el suelo, plumaje de todos colores.

CUCULCÁN. (Muy alto en los zancos.) ¡Soy como el Sol!

GUACAMAYO. ¿Cuác?

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

GUACAMAYO. ¿Cuác?... ¿Cuác?

CUCULCÁN. ¡Soy COMO el Sol!

GUACAMAYO. ¿Acucuác, cuác?

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

GUACAMAYO. ¿Cuác, cuác, acucuác cuác?

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

GUACAMAYO. ¡Eres el Sol, acucuác, tu palacio de forma circular, como el palacio del Sol, tiene cielos, tierras, estancias, mares, lagos, jardines para la mañana, para la tarde, para la noche (*lento, solemne*) para la mañana, para la tarde, para la noche...

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

GUACAMAYO. ¡Acucuác, eres el Sol, en tu palacio de los tres colores: el amarillo de la mañana, el rojo de la tarde, el negro de la noche!

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

GUACAMAYO. ¡Eres el Sol, acucuác, eres el Sol! El que sin poder volver atrás pasa de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana...

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

GUACAMAYO...de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana; de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana (*cada vez más ligero y enredado, dando vueltas, en contraste su cuerpo pesado y su alegría infantil*); de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana; de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana...

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol! Salgo con el día vestido de amarillo, mientras el alba es sólo sed de beber agua, y, sin detenerme a contar los piojos dorados que aún pasean por mi pelo de fuego húmedo, acaricio las uñas de caña nueva de los loros, el plumaje blanco de las garzas y los picos con resplandor de la luna de los guacamayos...

GUACAMAYO. (*Se ha quedado repitiendo en voz baja, como*

jerigonza, «de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana»; pero al oír «guacamayos», reacciona violento.) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác!

CUCULCÁN...también acaricio, en mi jardín de volcanes, el pecho de corneta de las chorchas que por donde vuelan riegan polvito de oro, polen que hace estornudar esmeraldas al narizón que se alimenta de nances.

GUACAMAYO. (*Engallado y frotándose el gran pico con un ala.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác, cuác, cuác, cuác!

CUCULCÁN. Sin salir del amarillo de la mañana, la tierra todavía en cogollo, el agua todavía en burbuja, baño mi imagen en los lagos que palpitan como grandes sapos verdes de azulosos pliegues sobre las jaspeadas piedras de la orilla, y en medio de su gran respiración de piedra y agua, mis rayos se convierten en brillantes avispas y vuelo a los panales, para luego seguir adelante, vestido del amarillo de mi imagen que sale del agua sin mojarse y de los panales sin quemarse, a que la mordisqueen, hambre y caricia, de los dientes de maíz de las mazorcas, los dientes de maíz de las taltuzas.

GUACAMAYO. (*Impaciente sacude las alas con gran ruido, se arrastra de un lado a otro, se lleva las alas para cubrirse los oídos de plumas, como dando a entender que está cansado de oír la misma cosa.*) ¡Cuác, cuác, cuác...!

CUCULCÁN. Mazorcas y taltuzas me hacen cosquillas al quererse comer mi imagen para alimentar su resplandor. Viven de mi presencia como todos los seres y las cosas. Ellos tienen la sangre adentro, yo la tengo afuera. Mi brillo es mi sangre y mi imagen la luciérnaga.

GUACAMAYO...de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana, de la mañana a la tarde...

CUCULCÁN. De los jardines regreso a mis habitaciones por el lado de las fieras que untan sus ojos en el amarillo de la mañana para ver la oscuridad, o por el lado de los artistas que componen en voz baja, cantos de amor o de combate, tejen la pluma, tejen el hilo, cuentan las nubes, echan suertes con frijolillos rojos de palo de pito, o viven simplemente en el ocio como mujeres: pintores, joyeros, orfebres, músicos, adivinadores...

GUACAMAYO. (*Con la pata derecha hace el ademán del que arroja frijolillos rojos en el suelo, al tiempo de decir*): ¡Ts'ité! ¡Ts'ité!... (*Salta como sorprendido del augurio que deduce de la posición de los frijolillos que efectivamente ha regado en tierra.*) ¡Ts'ité! ¡Ts'ité!... (*Mueve la cabeza contrariado y sigue jugando con montoncitos de frijolillos rojos y remedando a los adivinos en sus plantas y aspavientos.*)

CUCULCÁN. En mis habitaciones de la mañana, bajo dosel de pájaros que vuelan y en sitial ordeñado del más puro oro de la tierra, me anudan en los negocios públicos, los encargados del Tesoro, de las

Huertas, de los Graneros, al informarme de lo que pasa en mi señorío: de que si las nubes han hecho sus camas, de si los nidos viejos han sido cambiados, de si lo maduro no se ha podrido...

GUACAMAYO. (*Aletea furioso.*) De, de, de, de, de...

CUCULCÁN. Disfrazado de jaguar paso el resto de la mañana en el juego de pelota o adiestrándome con habilísimos guerreros en el disparo de las flechas, en el tiro de la honda. Pero llega el mediodía, esa hora en que los ojos de los hombres con sudor, y pasado el momento en que se encuentran el ojo del colibrí blanco y el cientopíe de oro, empiezo a desprenderme de mis vestidos amarillos para vestir de rojo, me ensortijan las manos de rubíes y en jácara de tiste espumoso tiño de sangre mis labios con aliento de flor carnívora. El arrullo de las torcaces que acurrucan agua dormida bajo los pinos, me hace soñar con los ojos abiertos, tendidos en hamaca de celajes, friolento, abetunados mis cabellos con pulpa de pitahaya, mis uñas alargadas en cráteres de fuego.

GUACAMAYO. ¡Cien mil guerreros caen tarde a tarde en tu emboscada, Cuculcán! ¡Cien mil guerreros dan su sangre para el crepúsculo bajo la estrella de la tarde!

CUCULCÁN. ¡Soy corno el Sol! ¡Soy como el Sol! ¡Soy como el Sol! (*Chinchibirín entra de un salto, sin acercarse al radio mágico de la cortina amarilla ni a la jerigonza de colores del Guacamayo. No pesa. Es una llama, que el aire lleva, Viste todo de amarillo como Cuculcán, No lleva máscara.*)

CHINCHIBIRÍN. (*Profundamente inclinado ante Cuculcán.*) ¡Señor, mi Señor, gran Señor!

CUCULCÁN. ¿Qué pasa, Chinchibirín?

CHINCHIBIRÍN. (*Siempre inclinado.*) Señor, mi Señor, gran Señor, el guardador de las selvas quiere hablarlos. Estuvo entre los conejos y las frutas del papayo y vio que se cambiaban, que las frutas echábanse a correr como conejos, y se prendían a mamar en los papayos, como frutas, los conejos. Cuenta y no acaba de cosas nunca vistas. Ya hay semilla de colibrí y empezó a sembrar anoche. (*Cuculcán sale por la derecha, sin bajarse de los zancos.*) ¡Señor, mi Señor, gran Señor! (*Al salir Cuculcán, Chinchibirín alza la cabeza, se acerca al radio mágico de la cortina amarilla para defenderse del Guacamayo que se ha quedado inmóvil largo tiempo, coma dormido.*) ¡Cuculcán es como el Sol, es como el Sol, es como el Sol!

GUACAMAYO. (*Sacude las alas fuertemente, con gran escándalo.*) ¿Cuác acucuác cuác? ¿Cuác cuác acucuác?

CHINCHIBIRÍN. ¡Es como el Sol!

GUACAMAYO. Y de qué le sirve ser como el Sol, acucuác, si en su palacio la existencia es engaño de los sentidos, como en el palacio del Sol; espejismo en el que todo es pasajero y nada cierto. Nosotros,

Chinchibirín, las fieras, los artistas, los brujos, los sacerdotes, los guerreros, las mujeres, las nubes, las flores, las hojas, las aguas, las lagartijas, los pijuyes...

PIJUYES. (Voces.) – ¡Pi-juy!... ¡Pi-juy!... ¡Pi-juy!... ¡Pijuy!

GUACAMAYO... Los cliquirines...

CHIQUIRINES. (Voces.) ¡Chiquitín!... ¡Chiquitín!... ¡Chiquirín!... ¡Chiquirín!...

GUACAMAYO. Las tortolitas...

TORTOLITAS. (Voces.) ¡Cú-cú!... ¡Cú-cú!... ¡Cú-cú!... ¡Cú-cú!... ¡Cú-cú!

GUACAMAYO. Los coches de monte...

COCHES DE MONTE. (Voces.) ¡Jos-jos-jos... sss... cico!... ¡Jos-jos-jos... sss... cico!

GUACAMAYO. Los gallos...

GALLOS. (Voces.) ¡Kí-kí-ri-kí!... ¡Kí-ki-rí-kí!... Kí-kí-ri-kí!...

GUACAMAYO. Los Coyotes...

COYOTES. (Voces.) ¡Aú... úúy... úúy!... ¡Aú... úúy... úúy!... ¡Au... úúú...!

(Ladridos de perros, cacareo de gallinas, truenos de tempestad, silbidos de serpientes, trinos de turpiales, guardabarrancas, cenizontes, se escuchan al irlos nombrando Guacamayo, así como lloro de niños, risas de mujeres y para cerrar revuelo y palabrerío de multitud que pasa.)

GUACAMAYO... ¡Nada existe, Chinchibirín, todo es sueño en el espejismo inmóvil, sólo la luz que cambia al paso de Cuculcán que va de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana, hace que nos sintamos vivos. (Corta bruscamente y al tiempo de llevarse una pata al pico.) ¡La vida es un engaño demasiado serio para que tú lo entiendas, Chinchibirín!

CHINCHIBIRÍN. (*Acercándose al Guacamayo.*) Cuéntame de la noche...

GUACAMAYO. ¿Cuác cuác... acucuác cuác?...

CHINCHIBIRÍN. ¡Sí, cuéntame de la noche!... ¡Acucuác no es malo con Chinchibirín!...

GUACAMAYO. La noche se hizo para la mujer. Al salir la estrella de la tarde que es bella como un nance, la estrella que hace agua la boca de los cielos, cesa el trato de Cuculcán con los hombres y se interna en las tierras bajas, calientes, las tierras propicias para el amor. La noche se hizo para la mujer. La mujer es la locura, Chinchibirín. Es el piquete de la tarántula, Chinchibirín.

CHINCHIBIRÍN. ¡Cuenta! ¡Cuenta!

GUACAMAYO. Servidoras fatigantes se llevan a Cuculcán, le perfuman las manos con los senos, los senos de las mujeres son como los nidos de los pájaros, Chinchibirín, al par que le cambian las rojas

vestiduras de la tarde, sangre de guerreros, por un inmenso manto negro, y las sortijas y los brazaletes de rubíes, por sortijas y brazaletes de obsidiana.

CHINCHIBIRÍN. Cuenta, cuenta, acucúac, cuenta...

GUACAMAYO. Viejas de cera prieta le ofrecen, en tablas negras ribeteadas de plata lunar, atoles, dulces, tabaco y vino caliente de jocote. Como plantas acuáticas, mitad pescado, mitad estrella, surgen entonces las mujeres que han de prepararlo para la boda con tacto de tela araña. Le untan en todo el cuerpo tacto de tela de araña. (*Calla y se lleva la pata al pico.*) ¡Chinches, si me duele la muela. (*Hace como que patalea del dolor.*) ¡No es sólo la muela, todos los dientes!

CHINCHIBIRÍN. Y las mujeres qué son, acucúac...

GUACAMAYO. Las mujeres son vegetales, Chinchibirín...

CHINCHIBIRÍN. Y me decías que untaban a Cuculcán, Señor, mi Señor, gran Señor, de tacto de telaraña para la boda...

GUACAMAYO. Sí, así es, y listo para la boda lo encaminan a sus habitaciones donde encuentra a la doncella que ha de ser su esposa hasta la aurora...

CHINCHIBIRÍN. ¿Por qué hasta la aurora?

GUACAMAYO. Noche a noche, salen dos manos de un lago profundo, la arrancan del lecho del poderoso Cuculcán y la arrojan a las profundidades en que acaba el espejo de la vida, para que no tenga descendencia.

CHINCHIBIRÍN. ¡Calla, eres el engañador!

Primera Cortina Roja

Cortina roja, color de la tarde, magia del color rojo de la tarde. Cuculcán rojo (sin zancos): calzas rojas, traje rojo de guerrero, máscara roja de guerrero con bigotes rojos, plumajes rojos de guerrero, frente a la cortina roja, una rodilla en tierra y el arco presto a disparar la primera flecha. A su lado, un poco atrás, Chinchibirín también de rojo, sin máscara, flecha en el arco, rodilla en tierra. Ambos empiezan a disparar sus flechas contra la cortina roja y cada vez que una de las flechas toca la cortina roja, se oye una lamentación humana. Ritmo de danza guerrera. Cuculcán y Chinchibirín bailan disparando sus flechas. La cortina se lamenta como herida de muerte cada vez que la toca una flecha. El tún acompaña el combate, madera de tronco hueco que a cada golpe se oye más cerca, cáscara y metal, cadencia que va cobrando brillo a medida que la lucha arrecia entre los guerreros y la cortina de la tarde que se desgarrar en gritos humanos. Los tambores han empezado a sonar sordamente. Cae la cortina roja. Cuculcán desaparece. Chinchibirín con la última flecha en el arco, se inclina.

CHINCHIBIRÍN. ¡Señor, mi Señor, gran Señor! *(Al levantar la cabeza, luce en su frente, como un nance, la estrella de la tarde.)*

GUACAMAYO. *(Sin asomar.)* ¡Cuác, cuác, cuác, cuác!

CHINCHIBIRÍN. *(Vuelve la cabeza hacia el sitio en que se oye al Guacamayo y apunta la flecha)* ¡Te viera yo en el camino del desvanecimiento, pájaro de mal agüero!

GUACAMAYO. *(Sale arrastrando las alas, como borracho.)* ¡Tomé chicha para aliviarme el dolor de dientes y estoy atarantado!

CHINCHIBIRÍN. *(Plantándosele en frente, ya para dispararle la flecha.)* ¿Qué me quieres hacer creer?

GUACAMAYO. *(Temeroso, casi retrocediendo.)* Acucuác, no te quiero hacer creer nada. Cuando está borracho ve las cosas como son, el Guacamayo, y si lo escuchas sus palabras serán como piedras preciosas y las guardarás en tus oídos como en bolsas sin fondo.

CHINCHIBIRÍN. No sé, pero tu voz me llena el alma de cosquillas. Cuéntame de la noche...

GUACAMAYO. No, te voy a hablar del día.

CHINCHIBIRÍN. No olvides que la última flecha es para ti.

GUACAMAYO. El día es el camino del Sol, pero el Poderoso del Cielo y de la Tierra, se mueve no como lo ven los ojos, acucuác. Dibuja con la flecha aquí en la arena cómo se mueve el Sol.

CHINCHIBIRÍN. ¡Estás borracho!

GUACAMAYO. Estoy borracho, pero eso no quiere decir que no pueda explicarte exactamente el movimiento del Sol. No dibujes con

tu flecha, basta el arco.

CHINCHIBIRÍN. Me quieres desarmar...

GUACAMAYO. Conserva el arco en tus manos, pero exhíbelo en alto para que veas en su línea cómo se mueve el Sol.

CHINCHIBIRÍN. En arco. Sale por este lado, sube al ojo del colibrí blanco y desciende por este otro lado del arco, hasta ocultarse aquí.

GUACAMAYO.. Es lo que se ve, acucué, pero el movimiento del Poderoso del Cielo y de la Tierra es otro. Sale por este lado del arco, viaja durante la mañana de subida hasta el ojo del colibrí blanco, el diente de maíz que está en el centro del cielo, y de ahí regresa, no sigue adelante, desanda el camino de la tarde para ocultarse por donde aparece. No describe el arco entero.

CHINCHIBIRÍN. Perder el juicio con la chicha, es peor que el dolor de dientes. Sólo un ebrio puede hablar así. ¿Quién repite y repite que el Sol pasa de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana, de la mañana a la tarde...? ¿Quién pregona que en el espejismo inmóvil de la existencia, nada es cierto y que es la luz que cambia al paso de Cuculcán lo que nos da la impresión de estar vivos? Pijuyes, gallos, tórtolas, chiquirines, son testigos.

GUACAMAYO. Todo lo que somos es memoria cuando creemos ser nosotros mismos. La memoria de mis palabras, sin el esclarecimiento que ahora quiero darte, es lo que defiendes por amor propio, como si esas palabras se hubieran incrustado en tus preciosidades.

CHINCHIBIRÍN. ¿Y he de olvidarlas, ahora que sales con que el Sol sólo llega a la mitad de su recorrido en el palacio de los tres colores? Creo que no, acucué...

GUACAMAYO. Te debiera esclarecer todas las cosas, pero tendrías que agarrar tu memoria y retorcerle el pescuezo como a una gallina.

CHINCHIBIRÍN. A la gallina de colores le voy a cortar el pescuezo, ahora que está borracha, como se hace con los chumpipes.

GUACAMAYO. La vida es un engaño demasiado serio para que tú siendo tan joven lo entiendas, acucué...

CHINCHIBIRÍN. Ya esta flecha demasiado aguda para que te calles...

RALABAL. (*Invisible.*) Quien conoce los vientos como yo, yo Ralabal, yo, yoo, yodo... el que peina los torrentes que se pandean como troncos de ceibas de cristal que tienen la raíz donde los árboles llevan el follaje, porque nacen en lo alto, y las ramas donde los árboles tienen la raíz, porque florecen abajo, al abrir sus copas de cristal en espumosas hojas e irisadas flores; yo, Ralabal, yo, yooo, yoooo... he puesto vigilantes en la punta de tu flecha para desviarla del corazón de preciosas piedras del Guacamayo.

CHINCHIBIRÍN. ¡Bien se confirma lo que dicen! Dicen que hay

quien cuida a los borrachos para que no caigan en los barrancos, para que no maten a sus hijos pequeños al echarse sobre ellos y dormirse, y para que no se les castigue por sus impertinencias cuando están ya tan atarantados que no hablan sino escupen.

RALABAL. (*Invisible.*) Yo, Ralabal, yo, yoo, yooo... manejo los vientos y emborracho con el licor verde del corazón del invierno que es un enorme tronco podrido, en el que viven hormigas, casampulgas, lombrices, lagartijita acezantes, gusanos de oscuridad dura y oscuridad blanda... Pero antes que el cielo se vuelva sólo pulgas de tiniebla benigna debo volver a mi guardianía y además he oído que se acercan pastores... yo, Ralabal, yo... yoo... yooo...

CHINCHIBIRÍN. Espera, Ralabal, concedo«de los vientos, subiremos a los árboles para seguir conversando y tú serás el juez en mi disputa con el Guacamayo. Has oído lo que discutíamos.

GUACAMAYO. No subiré a ninguna parte, porque estoy borracho y me duelen los dientes.

RALABAL (*Invisible.*) Pero, sin más hablar, trepe cada quien al árbol que le parezca, porque los pastores ya se acercan y se asustarían de encontrar a su paso un pájaro tan grande de todos colores y un guerrero rojo con una sola flecha.

CHINCHIBIRÍN. ¡Vamos, subamos a los árboles! Las hojas se sacuden bajo el aliento de Ralabal. Ya no se sabe lo que habla. Sólo se oye el viento. (*Empuja al Guacamayo.*) ¡Anda, yo te voy a ayudar... sube primero... ten cuidado... no te vayas a quebrar un hueso y haya que ponerte otro de maíz! (*El Guacamayo se queja, hipa, trata de subir.*) ¡Upa!

GUACAMAYO. ¡Hipa!

CHINCHIBIRÍN. ¡Upa!

GUACAMAYO. ¡Hipa!

CHINCHIBIRÍN. ¡Upa!

GUACAMAYO. ¡Hipa!

HUVARAVIX. (*Invisible.*) ¡No puede ser! ¡No puede ser! Así dice el corazón de los pastores y pelea con la neblina baja, indolente, más mojada que la misma lluvia.

RALABAL. (*Invisible.*) ¡Calla, Huvaravix, maestro de los cantos de vigilia! No es el corazón de los pastores el que dice así. Es el lanazo de las jergas de que van vestidos el que subleva los pelos contra la niebla color de leche vegetal que los empapa como esponja.

CHINCHIBIRÍN. ¡Upa!

GUACAMAYO. ¡Hipa!

HUVARAVIX. (*Invisible.*) ¿Qué sabes tú, Ralabal, que andas como bebido de chicha? Te somatas por todas partes, derramas las aguas, dejas mancos los árboles, botas las casas de los hombres...

RALABAL. (*Invisible.*) ¡Yo, Ralabal, yo, yoo, yooo... viento...

salvaje... libre! Pero dejemos nuestras encías con dientes de mordida, sin su gusto que sería morder, y haz regresar a los pastores que se acercan, porque aquí andan arreglando cuentas Chinchibirín y Gran Saliva de Espejo.

CHINCHIBIRÍN. ¡Upa!

GUACAMAYO. Hipa! (*No llegan a subir a los árboles.*)

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Yo, Huvaravix, Maestro de los Cantos de Vigilia, haré regresar a los pastores que llevan los sombreros hasta las orejas, sombreros de madera en los que han ordeñado la leche de sus cabras, olorosos por dentro a leche y pelo; que calzan lodos viejísimos en las uñas que son como cucharas de comer tierra; y de calzones remendados con verdaderos trozos de paisaje, tan variado en su color y su forma. Este parece que lleva una nube en las nalgas; aquél, una mariposa en la pierna; es otro una flor extraña en la espalda. La Abuela de los Remiendos pinta paisajes en la Ropa...

CHINCHIBIRÍN. ¡Maestro de los Cantos de Vigilia haz regresar a tus pastores, porque mi flecha está que la punta se le quema por saborear la sangre de todos los colores del corazón de este farsante!

GUACAMAYO. Hazlo regresar, pero consúltale, por qué los pastores tienen buenos remedios contra el dolor de dientes, bien que mis dientes ya no sean dientes, sino los maíces que aquellos malditos hijos brujos me pusieron en lugar de mis preciosos huesos bucales.

RALABAL. (*Invisible.*) Ya se detienen, se vuelven, no les convino este sendero, gracias a ti, Huvaravix, y ahora echemos tierra a nuestros pies siquiera un momento, para seguir la disputa de Gran Saliva y Chinchibirín.

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Yo le daría a Gran Saliva de Espejo, el remedio que usan los pastores para el dolor de muelas, cuando en el destemplado amanecer sienten que les pica y arde en la boca el maíz podrido, y no pueden escupirlo. Yo, Maestro de los Cantos de Vigilia, sé que es un dolor desconsolado.

RALABAL. (*Invisible.*) Yo, Ralabal, yo, yoo, yooo... traigo el remedio y me haré visible para dárselo a Saliva de Espejo... Es un dolor desconsolado... (*Ya visible.*) Toma de este guacal de festines lo que necesites para que alivies tu dolor. Has mascado tanta mentira...

GUACAMAYO. ¡Cuác, cuác, cuác!... ¡Cuác, cuác, cuác!... (*Después de meter el pico en el guacal de festines y apurar el remedio a grandes tragos.*) ¿Dónde estamos?... Se me ha quitado el dolor, eres un encanto, Ralabal... Cuando uno se alivia de un dolor tan fuerte como el que yo tenía, se me alivió como quitado con la mano, se siente en otro mundo y por eso he preguntado ¿dónde estamos? ¿en qué país estoy? Me detestaba con el dolor y ahora, sin el dolor, vuelvo a quererme.

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Ralabal te ha servido el remedio que

cura el dolor y pone el corazón de fiesta. Sólo cuando uno está contento cae bien la flecha de la muerte. El que muere alegre, no muere. Yo, si tuviera que morir, le pediría a Ralabal de su guacal de festines.

CHINCHIBIRÍN. Pero vamos, acucúac, quiero ganarte la partida ahora que estás en el guacal de los festines...

GUACAMAYO. (*Carcajada tras carcajada.*) Cuác, cuíc, cuác, cuíc, cuíc, cuác, cuác, acuacuíc, acucúac, cuicuacuác!

CHINCHIBIRÍN. Sí te gano la partida, mi flecha te dará muerte y antes de que te enfríes por completo, te tomaré como un penacho de plumas de colores para sacudir el polvo de tus palabras engañosas de los ríos y los lagos que ya no se ven datos como antes.

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Soy todo oídos. Cada una de las hojas de estos árboles es una oreja mía. No perderé una sola palabra.

RALABAL. Ya sabíamos que el Maestra de los Cantos de Vigilia tiene las orejas verdes. Es el pastor de las orejas verdes.

CHINCHIBIRÍN. Dices, acucúac, que el Sol llega hasta el ojo del colibrí blanco y de allí regresa a su punto de partida. Si eso fuera cierto, cómo explicas que mis ojos lo ven caer, no en el lugar donde salió, sino en el sitio más opuesto.

GUACAMAYO. Lo digo y lo sostengo. El Sol sólo llega al ojo del colibrí blanco y de allí regresa. El otro medio arco, el de la tarde, es sólo una ficción en su carrera luminosa (afirmativo, y ronco), es sólo una ficción, acucúac...

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Voy a buscar a la Abuela de los Remiendos, ella traerá hilo y aguja para coser en mis oídos lo que oigo.

RALABAL. Callemos nosotros, ellos que hablen...

CHINCHIBIRÍN, (*Con voz tajante.*) ¡Lo que se ve se ve y no es una ficción! Yo veo ocultarse el Sol, después de trazar el arco en el Palacio de los Tres Colores, no por donde aparece, y lo que se ve se ve...

GUACAMAYO. ¡Juguemos con las palabras!

CHINCHIBIRÍN. ¡No!

GUACAMAYO. ¿Acuite? Ralabal debía darte del guacal de los festines. El ojo del colibrí blanco es el diente de maíz del Sol.

CHINCHIBIRÍN. Y vas a decir que le duele... que por eso se regresa... que porque le duele un diente no sigue sobre el arco en el camino de la tarde, sino vuelve por el camino de la mañana, baja por donde ha subido.

GUACAMAYO. La tarde es una ficción...

CHINCHIBIRÍN. Ya te veo acorralado. Si el Sol vuelve a su punto de partida, acucúac, quién es el que celebra sus bodas en la noche. La noche se hizo para la mujer. Los senos de las mujeres son como los nidos de los pájaros. A quién le cambian las vestiduras de la tarde por

traje y tónica de tiniebla y las sortijas de rubíes por sortijas de piedra de tinieblas. Son tus palabras. Te he dado el juego de palabras para vencerte con tus armas. Y la doncella que es su esposa hasta la aurora...

GUACAMAYO. Se han ido nuestros padrinos. Huvaravix no se oye que esté.

RALABAL. Yo no me he ido, pero no estoy aquí...

GUACAMAYO. Oye, Chinchibirín, la explicación, y guárdala como si la Abuela de los Remiendos hubiera traído la espina y su saliva en forma de hilo de cabello, para pegar estos remiendos a tus creencias.

CHINCHIBIRÍN. ¡Oigo, quiero oírte, eres el Gran Saliva de Espejo Engañador!

GUACAMAYO. *(Solemne.)* Sale el Sol, llega al ojo del colibrí blanco en la mitad del cielo y de allí regresa, reflejándose en la otra mitad del cielo que es un gran espejo, y por eso me llaman a mí Gran Saliva de Espejo Engañador. Somos los Salivas los que creamos el mundo y si la noche se hizo para la mujer, es sólo una ficción. El Sol no llega a la noche, en persona. Llega su imagen en el espejo. La mujer no recibe más que la ficción de las cosas, Cuculcán no yace con la doncella escogida para su esposa; es su imagen reflejada en el espejo lo que la esposa ama.

CHINCHIBIRÍN. ¡Siempre has de jugar con las palabras! La piedra de mi honda servirá para hacer pedazos ese espejo y que sea Cuculcán, el señor, el Gran Señor, mi Gran Señor, quien ame a la que, por fin, no sea sólo esposa suya hasta la aurora.

GUACAMAYO. *(Sorprendido.)* ¡Chinchibirín, acuác, Chinchibirín, márame, pero no uses las hondas, en tu arco está la flecha!

CHINCHIBIRÍN. *(Apuntando.)* ¡La flecha roja!

GUACAMAYO. ¡No, la flecha que recogiste en el Lugar de la Abundancia!

CHINCHIBIRÍN. *(Sorprendido en su secreta.)* ¿La flecha amarilla?

GUACAMAYO. ¡Cuác, cuando la recogiste no era flecha!

CHINCHIBIRÍN. Era Flor Amarilla... Yaí...

GUACAMAYO. ¡Flor Amarilla está ofrecida a Cuculcán! ¡Será su esposa hasta la aurora!

CHINCHIBIRÍN. *(Aprieta los dientes, retrocede paso a paso, con una mano en la cara y la otra suelta a su propio peso y colgando de ella, de ella, de sus dedos, como algo inútil, el arco y la flecha roja.)* ¡YAÍ, flecha amarilla... fle... cha... mi... flecha mía... YAÍ... YAÍ!...

GUACAMAYO. ¡Tú, el arquero! ¡Tú, el arquero! ¡Yaí, la flecha! ¡Yaí, la flecha! Y yo, el arcoiris... cuác cuác cuác cuác... ¡El destino del Sol está jugado!

Primera Cortina Negra

Cortina negra, color de la noche, magia del color negro de la noche. Cuculcán va desvestiéndose. Deja caer la máscara, el carcaj, las calzas y los atavíos rojos. Parecen a sus pies manchas de sangre, salpicaduras de crepúsculo. Manos de mujeres que se agitan con movimiento de llamas, al compás de lejanas melodías de cañas y ocarinas de barro, le visten de negro en medio de una danza de reverencias ligeras. Otras que entran de rodillas, se levantan a pintarle la cara con puntos y líneas, la cara, el pecho, los brazos, las piernas, hasta dejarlo como un bucul tatuado. Y otras de cabellos sueltos, con estrellas en la noche de sus cabelleras, le atavían con brazaletes, sartaes y aretes de piedra de tiniebla, calzas de piel oscura y plumajes negros ceñidos a su frente. Cesa la música. Las de los vestidos, las de los atavíos, las de los tatuajes se retiran danzando y pasándose unas a otras las ropas rojas y los rojos objetos que Cuculcán dejó a sus pies. Al desaparecer aquéllas, Cuculcán se tiende junto a la cortina de la noche sobre un lecho de penumbras apaciguadas.

CUCULCÁN. *(Con la voz nasal y entre dientes habla dormido.)* La sombra, hierba de la noche, fresco vegetal sin espinas. Juegan las tortugas de obsidiana en forma de corazón. Han jugado tanto que algunas ya no saben cómo se juega ni a qué juegan...

TORTUGA BARBADA. ¿Cómo se juega, hermanas?

TORTUGAS. ¿Cómo, cómo se juega, si estamos jugando? Esa pregunta es de Bárbara Barbada y por eso no juega. Pero nosotras, hermanas, estamos jugando, chapoteamos el agua, chocamos nuestras conchas...

TORTUGA CON FLECOS. Hermana, ¿has olvidado la mecánica de nuestros juegos?...

TORTUGAS. ¡A... já, Bárbara Barbada!

TORTUGA CON FLECOS...Y por eso preguntas cómo se juega..

TORTUGA BARBADA. ¿Y a qué estamos jugando?... ¿Cuál es el sentido de nuestros juegos nocturnos? ¡No sé cómo podéis vivir sin más actividad que jugar de noche y dormir de día!

TORTUGA CON FLECOS. LO sabes, pero lo has olvidado...

TORTUGAS. ¡A... já, já, Bárbara Barbada!

TORTUGA BARBADA. ¡En la otra orilla no hay olas!

TORTUGA CON FLECOS, ¡A... já, já, Bárbara Barbada!

TORTUGAS. ¡A... já, já!...

TORTUGA CON FLECOS. Jugar es la única actividad noble de una tortuga. Pesa sobre nosotras...

TORTUGAS. ¡A... já, já!...

TORTUGA CON FLECOS. Escuchen, no, escuchen... La rebelión de

la tortuga es gastar energías en algo más alegre que cargar la concha, lo de todos los días, lo de todas las horas, la concha, encima de una, cargándola una...

TORTUGA BARBADA. Lo has dicho, hermana con flecos, Tortuga con Flecos y burbujas de agua sonora en los flecos. ¡Juguemos!

TORTUGAS. ¡A... já, Bárbara Barbada, ahora dices juguemos, pero cuando entraste preguntabas, impertinentemente, cómo se juega!...

Vuelve la música de cañas y ocarinas cortada por gritos de fiesta. Grupos de ancianas vestidas de negro, descalzas, con los cabellos plateados pespuntan pasitos para acercarse a Cuculcán y ofrecerle en tablas de madera negra: atoles endulzados con miel, atoles ácidos, tamales negros humeantes, carnes sazonadas con sal gruesa y chile y vino de jocote. Otras más ancianas traen braseros de barro vidriado con pequeños fuegos palpitantes para quemar las ofrendas de póm. Una de ellas le acerca a los labios una caña con tabaco. Estas nanas se pierden en el agua sin fondo de las edades. Nubes blancas del póm y nubes del humo del tabaco que fuma el poderoso Cuculcán. De un lado y otro aparecen, la música toma empuje, jóvenes indias de cinco en cinco llevando como barandales movibles sobre sus pies, en la danza de las cercas, escaleritas de caña simulando cercas adornadas con hojas de siempreviva, flores amarillas, y cuerpos de muertos pajaritos de color rojo. Avanzan y retroceden, siguiendo el compás melodioso de la música que picotea a sus pies, al ir acercándose al lecho de Cuculcán. De pronto, lo dejan rodeado de sus cercos floridos y echan a correr en desbandada.

Oscuridad completa. La música de flautas y ocarinas baja de tono, desaparece. Se oye en el vacío que va dejando la música, el estruendo de las conchas de las tortugas al chocar unas con otras, y sobre el estruendo, la voz de Huvaravix.

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Yo, Huvaravix, Maestro de los Cantos de Vigilia, oigo que en el silencio de la playa sigue el juego de las tortugas, las conchas contra las conchas, olas de carey chocando. Tortuga con flecos se retira del grupo de Bárbara Barbada para dar ligero alcance a otras bañistas. Tortuga con flecos de rayo. De su caparazón de oro dormido y despierto, sin embargo, porque el oro es sonámbulo, saltan chispas que mar adentro se convierten en peces luminosos. El agua saca sus labios en el oleaje para lamer la tierra. Y Tortuga con flecos, dorada, sacerdotal, ve jugar desde su concha a las pequeñas tortugas, a las grandes tortugas, a las tortugas gigantes que en filas inacabables chocan, chocan, chocan. El ambiente es como un pecho que respira.

TORTUGAS. ¡A... já, Bárbara Barbada! ¡Tortuga gemidora de la

medianoche!

TORTUGA BARBADA. ¡Dejadme pasar, quiero ver a la doncella, vosotras sois ciegas para el amor porque sois viejas! ¡Su cara es un esplendor, así debe ser el día!

TORTUGA CON FLECOS. ¡Sólo yo sé cómo es el día! (*En la oscuridad, Tortuga con flecos se ve iluminada como un pequeño volcancito de arenas de oro.*) El día se hizo para el hombre.

TORTUGA BARBADA. ¿Qué es eso que has mencionado?

TORTUGA CON FLECOS. Es... el hombre es... Es una mujer, sólo que en hombre...

TORTUGA BARBADA. Una divinidad, porque si yo fuera así me sentiría una divinidad.

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Yo, Maestro de los Cantos de Vigilia, he visto el día y he visto al hombre.

TORTUGAS. ¡A... já, Bárbara Barbada, quieres saber cómo es el hombre!

TORTUGA CON FLECOS. Pero si ya lo he explicado. El hombre es la mujer con todas las actividades del día... No hay otra diferencia

TORTUGAS. Repetiremos lo que dicen las olas: ¡Alguna debe haber!

TORTUGAS CON FLECOS. Huvaravix, Maestro de los Cantos de Vigilia, permite que mis hermanas de concha repitan lo que dicen las corazonadas del mar, esas azules corazonadas del mar...

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Bárbara Barbada no lo ha repetido...

TORTUGA BARBADA. Pero yo también creo que alguna debe haber. Es una esperanza que haya alguna diferencia entre el hombre y la mujer.

TORTUGA. ¡Alguna debe haber!

TORTUGA BARBADA. Pero, dejadme, por fin, pasar, quiero ver a la doncella. Las mujeres son metales que se hallan en estado de algodón.

HUVARAVIX. (*Invisible.*) ¡Muy bello lo que has dicho Bárbara Barbada! (*Palabra por palabra.*) Las mujeres son metales que se hallan en estado de algodón.

TORTUGAS. ¡Juguemos! ¡Salgamos de lo que tenemos que hace; cargar la concha, jugando a la olas!

TORTUGA CON FLECOS. ¡Se me cierran los ojos y es mejor dormir! Bárbara Barbada quiere ver a la doncella que yace con Cuculcán. Yo no, mucho trabajo tuve para que se me borrara la dolorosa escena del amor arrancado como se arranca un árbol.

TORTUGA BARBADA. Una separación imposible. En las raíces del árbol arrancado a la viva lucha, van pedazos de tierra, terrones de corazón palpitante de humedad y brisa verde o hierba brisa que llora; y en el terreno algunas raíces quedan destrozadas.

HUVARAVIX. (*Invisible.*) La conversación es muy interesante, pero yo debo empezar mi oficio. Bárbara Barbada se desliza chorreando agua salobre para ver a los dichosos amantes ya dormidos

TORTUGAS. Y cuál es tu oficio, Huvaravix...

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Cantar...

TORTUGAS. Y nosotras, el nuestro... El oficio de las tortugas es jugar... Pero ahora no podremos ir al juego de pelota...

HUVARAVIX. (*Invisible.*) Me haré visible para cantar entre vosotras.

La tiniebla suavemente teñida de luz de luciérnaga, luz anterior a la luz de la luna, por el resplandor de la concha dorada de Tortuga con Flecos, deja entrever, al fondo, los cuerpos de los amantes felices, al pie de la cortina negra, sobre un lecho de pieles de fieras, pumas y jaguares que de vez en vez braman. Bárbara Barbada, tortuga con bigotes y barba, se desliza hacia el lecho amoroso de Cuculcán. Huvaravix (visible) entona cantos de vigilia dichosa, entre las tortugas que se golpean unas con otras, al jugar entre las olas.

HUVARAVIX. ¡El Cerbatanero de la Cerbatana de Sauco ha salido del Baúl de los Gigantes que en el fondo tiene arena y sobre la arena, aguarena y el aguarena, agua honda y sobre el agua honda, agua queda, y sobre el agua queda, agua verde y sobre el agua verde, agua azul y sobre el agua azul, aguasol y sobre el aguasol, aguacielo!

¡El Cerbatanero de la Cerbatana de Sauco ha salido del Baúl de los Gigantes con la boca llena de burbujas para dispararlas en los caminos, ahora que reviven los chupamieles que duran el verano clavados por el pico a los árboles, e inmóviles! ¡Así pasan el verano los chupamieles, secos y sin plumas en los árboles secos y sin hojas!

¡El Cerbatanero de la Cerbatana de Sauco ha salido del Baúl de los Gigantes al reverdecer los árboles y tronar la tempestad que es cuando despiertan los chupamieles, que es cuando vuelan los chupamieles, cuando vuelan y vuelan los chupamieles!

¡El Cerbatanero de la Cerbatana de Sauco ha salido del Baúl de los Gigantes con la boca llena de burbujas para disparar en los caminos a esos mínimos pajarillos que se alimentan de miel y de rocío, rojos, verdes, azules, amarillos, morados, negros; pero no sabe si gozar o espantarse con la cerbatana, la dicha del rumor que canta en sus oídos!

CHUPAMIELES. (*Verdes.*) ¡Chupamiel! ¡Chupamiel! ¡Chupamiel! ¡Chupamiel! ¡Chupamiel!

HUVARAVIX. ¡El Cerbatanero y los chupamieles qué ajenos a Cuculcán que no se palpa por fuera y a la doncella que con el aliento pegado al de él...

CHUPAMIELES. (*Verdes.*) ¡Chupamiel! ¡Chupamiel! ¡Chupamiel! ¡Chupamiel!

HUVARAVIX...Que con el aliento pegado al de él...

CHUPAMIELES. (*Rojos.*) ¡Chupa-chupamiel! ¡Chupa-chupamiel!
¡Chupa-chupamiel!

HUVARAVIX...Que con el aliento pegado al de él, se ha quedado sin sus graciosos movimientos!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! ¡Aop! Pero despertará, al tronar la tempestad, como los chupamieles...

HUVARAVIX. Algún día, no... Algún día, sí...

CHUPAMIELES. (*Rojos.*) ¡Chupa-chupamiel! ¡Chupa-chupamiel!
¡Chupa-chupamiel!

CHUPAMIELES. (*Amarillos.*) ¡Miel de chupamiel! ¡Miel de chupamiel! ¡Miel de chupamiel!

CHUPAMIELES. (*Morados.*) ¡Miel de chupa-chupamiel! ¡Miel de chupa-chupamiel! ¡Miel de chupa-chupamiel!

CHUPAMIELES. (*Negros.*) ¡Miel chupamiel y chupa-chupamiel! ¡Miel chupamiel y chupa-chupamiel! ¡Miel chupamiel y chupa-chupamiel!

HUVARAVIX. ¡Así pasan la primavera los chupamieles vivos y con plumas entre los árboles vivos y con flores!

CHUPAMIELES. (*Morados.*) ¡Miel de chupa-chupamiel! ¡Miel de chupa-chupamiel! ¡Miel de chupa-chupamiel!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! ¡Aop! ¿Por qué no despertarla entonces? ¿Por qué dejar que pierda para siempre sus graciosos movimientos? Si la pones sobre mi concha escaparé con ella al país en que reviven las doncellas que se duermen como los chupamieles...

CHUPAMIELES. (*Negros.*) ¡Miel chupamiel y chupa-chupamiel! ¡Miel chupamiel y chupa-chupamiel!

HUVARAVIX. ¡No despertará más, Bárbara Barbada!

TORTUGAS BARBADAS. ¡Aop... aop... aop... aop... aop...!

HUVARAVIX. ¡Y para qué despertarla si se ha dormido oliendo al que creía para siempre suyo!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop... aop... aop... aop... aop...!

HUVARAVIX. ¡El humito que se levanta de los terrenos donde hay piedras preciosas veremos alzarse todas las mañanas del lugar en que ha perdido sus graciosos movimientos!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! ¡Aop! ¿Algún día despertarán las doncellas que se vuelven chupamieles?

HUVARAVIX. Algún día, sí... Algún día, no...

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! ¡Aop!... En el Árbol Cuculcán se ha dormido la Doncella Chupamiel, pero algún día tronará en sus oídos la primera tempestad de invierno...

HUVARAVIX. Algún día, no... Algún día, sí...

TORTUGA BARBADA. ¡Aop!... Aop! ¡Huvaravix, Maestro de los

Cantos de Vigilia, el estiércol de murciélago raspa mis pupilas!

HUVARAVIX. ¡Cuculcán se ha dormido después de frotar su cuerpo de fuego a la mazorca que trajeron del maizal y nadie viene a ver la pluma que muestra el sexo tibio entre los pinos del escudo!

TORTUGA BARBADA, ¡Aop! Aop! ¡Aop! ¡Huvaravix, el estiércol de murciélago raspa mis pupilas!

HUVARAVIX. Cuculcán se ha dormido donde la vida nace, no se palpa por fuera ni él ni su collar de cabezas de guerreros!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! ¡Aop! ¡Huvaravix, el estiércol de los murciélagos raspa mis pupilas, hiéreme de sueño Maestro de los Cantos de Vigilia, que ya siento los ojos en agua, como se nubla el cuerpo del chupamiel cuando vuela!

HUVARAVIX. ¡Cuculcán no se palpa y mi canto golpea sus alas en la cara del Señor de la Hora en que todavía es de noche, porque es el canto de lo mejor de la doncella convertido en mariposa!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! ¡Aop! ¡Huvaravix, el estiércol de murciélago raspa mis pupilas!

HUVARAVIX. ¡Cuculcán no se palpa, se ha dormido, y mi canto es golondrina de fuego que no vuela superficialmente, sino va quemando el cielo sobre los árboles vestidos de graciosos movimientos, en el lugar en que se anudan los caminos, en que se anudan los destinos, en que se anudan los ombligos!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! j Aop! ¡Huvaravix!

HUVARAVIX. ¡Las rosas se han levantado, sin las espinas en los pies de las hojas, vuelan los chupamieles sin sus picos de espina,...!

CHUPAMIELES. (*Verdes.*) ¡Chupamiel! ¡Chupamiel! ¡Chupamiel! ¡Chupamiel!

CHUPAMIELES. (*Morados.*) ¡Miel de chupa-chupamiel! ¡Miel de chupa-chupamiel!

TORTUGA BARBADA. ¡Aop! Aop! Sin su pico de espina el chupamiel con qué probará la

CHUPAMIELES. (*Amarillos.*) ¡Miel de chupamiel! ¡Miel de chupamiel! ¡Miel de chupamiel!

TORTUGA BARBADA...Y con el pico de espina, qué doloroso dulce el de esa miel...

CHUPAMIELES. (*Rojos.*) ¡Chupa-chupamiel! ¡Chupa-chupamiel!

TORTUGA BARBADA. ¡Sin espina no hay miel y con espina qué dolorosa es la miel!

Dos sombras color de agua asoman por detrás de la cortina negra y arrebatan a la doncella que duerme en brazos de Cuculcán. Se oye en el fondo el golpearse de las tortugas, atormentadas, retumbantes.

HUVARAVIX. ¡Se la han llevado! ¡Se la han llevado! ¡Se la han llevado y Cuculcán no se palpa! ¡Se la han llevado al Baúl de los Gigantes! ¡Se le han llevado a la ciudad donde todas las puertas están

cerradas, atrancadas por dentro, para que nadie penetre a las habitaciones del templo en que se guardan el gusano y el oscuro plumón! ¡Se le han llevado, aop... aop... se la han llevado y no despertará como los chupamieles... se la han llevado... se la han llevado! ¡Por él se pintaba su carita de jícara alargada hasta el peinado puntiagudo y su corazón de semilla de cacao tenía el tueste del escudo de los guerreros, el calor redondo de los comales! ¡Por él se había ataviado las muñecas de frágil caña morada con sartales de piedras y su cuello con nueve hilos de oro y plata avellanada! ¡Y hasta muy lejos se derramaba su olor de jardín con sobacos y sexo! ¡Se la han llevado... se la han llevado... en el lecho olvidó un zarcillo de cobre reluciente y florecillas de turquesa...!

Se oye un trueno de tempestad. Los chupamieles que han permanecido inmóviles, se ponen en movimiento, vuelan enloquecidos de alegría.

Segunda Cortina Amarilla

Cortina amarilla, color de la mañana, magia del color amarillo de la mañana. Chinchibirín vestido de amarillo, sin máscara, de rodillas ante la cortina amarilla. Se levanta y corre hacia el Oriente, Poniente, Norte y Sur, ante los cuales hace grandes reverencias. Luego se encucilla, no lejos del radio mágico de la cortina amarilla, saca de su pecho un paño amarillo, redondo, en forma de luna llena, lo extiende en el suelo y sobre él coloca en círculo pepitas de oro, chaves de vidrio amarillo y pedazos de copal que, después de masticarlos durante la ceremonia, quema en un pequeño brasero. De un paño negro saca entonces algo así como 200 frijolitos color coral y después de revolverlos toma un pollito con los dedos, los coloca aparte, y sigue así hasta formar más o menos nueve montoncitos. De último, en el paño amarillo redondo como la luna, ha quedado un solo frijolito coral y esto lo amedrenta y lo hace tocarse repetidas veces los ojos, el pelo, los dientes, y quedar inmóvil. Mal augurio el que sea un frijol coral haya quedado. Pronto se tiende tétricamente alargado como un cadáver, aunque poco a poco se va alejando del lugar en que ha estado así por un momento, ayudándose de las codos, la cabeza, la espalda, los pies, para no perder su posición de muerto alargado; mar al tocar la cortina amarilla, hace aspavientos de animal que se sacude el agua del pelo, y salta de un lado al otro.

CHINCHIBIRÍN

El aturdido son de los ronrones,
baile de suertes en el sol maduro.
Intocable la luz de sueño de agua.
¿Y mañana?...

El aturdido son de los ronrones.
Alivio perezoso del verano,
en siesta atardecida, y el poroso
no ver del árbol seco, el baile
de las suertes en el aire...
Son sus hojas que bailan en el aire,
el aturdido son de los ronrones

Entra Cuculcán, todo de amarillo, en zancos amarillos, se sitúa frente a la cortina amarilla,

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

CHINCHIBIRÍN. ¡Señor!

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

CHINCHIBIRÍN. ¡Mi Señor!

CUCULCÁN. ¡Soy como el Sol!

CHINCHIBIRÍN. ¡Gran Señor!

CUCULCÁN. ¡El pedernal amarillo es la piedra de la mañana! ¡La Madre Ceiba amarilla es mi centro amarillo! ¡Amarillo es mi árbol, amarillo es mi camote, amarillos son mis pavos, el frijol de espalda amarilla es mi frijol!

CHINCHIBIRÍN. ¡Señor!

CUCULCÁN. ¡El pedernal rojo es la sagrada piedra de la tarde! ¡La Madre Ceiba roja es mi centro, escondido está en el Poniente, suyos son el zapote rojo y los bejucos rojos! ¡Los pavos rojos de cresta amarilla son mis pavos! ¡El maíz rojo y tostado es mi maíz!

CHINCHIBIRÍN. ¡Mi Señor!

CUCULCÁN. ¡El pedernal negro es mi piedra de la noche! ¡El maíz negro y acaracolado es mi maíz! ¡El camote de pezón negro es mi camote! ¡Los pavos negros son mis pavos! ¡La negra noche es mi casa! ¡El frijol negro es mi frijol! ¡El haba negra es mi haba!

CHINCHIBIRÍN. ¡Gran Señor!

CUCULCÁN. ¡El calabozo blando inunda las tierras del Norte! ¡La flor amarilla es mi jícara! ¡La flor de oro es mi flor!

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác!

CUCULCÁN. ¡El calabazo rojo se derrama sobre las tierras del Poniente! ¡La flor roja es mi jícara! ¡El girasol rojo es mi girasol!

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác!

CUCULCÁN. ¡El calabazo negro riega las tierras invisibles! ¡El lirio negro es mi jícara! ¡El lirio negro es mi lirio!

CHINCHIBIRÍN. ¡Señor, mi Señor, gran Señor!

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, acucuác, cuác! ¡Acucuác! ¡Acucuác!

CUCULCÁN. ¡Pájaro de colores, como el engaño! Su resplandor no penetró todo el cielo, porque sólo era el esplendor de las jadeítas y las piedras preciosas de su plumaje.

CHINCHIBIRÍN. ¡Es el Engañador y va a perdersen! ¡Su voz deja en los oídos saliva venenosa de serpientes y supuración de malestares en el pecho!

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Acucuác!

CHINCHIBIRÍN. ¡Hay que matarlo! Su cadáver quedará como un arcoiris blanco...

CUCULCÁN. Su voz. Habla oscuridad. De lejos es lindo su plumaje de alboroto de maíz dorado sobre el mar y la sangre. Todo estaba en las jícaras de la tiniebla revuelto, descompuesto, informe. El silencio rodeaba la vida. Era insufrible el silencio y los Creadores dejaron sus sandalias para significar que no estaban ausentes de los cielos. Sus sandalias o ecos. Pero el Guacamayo, jugando con las palabras, confundió los ecos, sandalias de los dioses. El Guacamayo con su

lengua enredó a los dioses por los pies, al confundirles sus sandalias, al hacerles andar con los ecos del pie derecho en el pie izquierdo...

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cu-cu-cu-cuác! ¡Cu-cu-cuác!

CUCULCÁN. ¡Fue terrible, sangraron los pies de los dioses confundidos en sus sandalias!

CHINCHIBIRÍN. Las sandalias de Cuculcán son sus zancos...

CUCULCÁN. ¡Mis zancos son los árboles que crecen! (*Los zancos de Cuculcán empiezan a crecer y él se ve más alto.*)

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cu-cu-cu-cuác! ¡Cu-cu-cu-cuác!

CHINCHIBIRÍN. ¡Una piedra y mi honda!

CUCULCÁN. (*Han seguido creciendo los zancos y ya casi ha desaparecido en lo alto.*) ¡No, el Guacamayo es inmortal!

Cuculcán desaparece en lo alto. De los zancos brotan enormes ramas. Se vuelven árboles. Chinchibirín queda con la honda al aire, ya para lanzar el proyectil contra el Guacamayo oculto.

CHINCHIBIRÍN. (*Después de recoger el paño redondo, objetos y frijolitos coral.*) Un mercado es como un Gran Guacamayo, todos hablan, todos ofrecen cosas de colores, todos engañan, el que vende escobas, el que vende cañutos de humo, el que vende cal, el que vende jícaras, el que vende fruta, el que vende pescado, el que vende aves, el que vende gusanos, y entre ellos se mezclan los salteadores, los bebedores de chicha, y los vendedores ambulantes de cañas dulces con penacho de hojas, sopladores y petates de palma suave como la voz de los abuelos. Pero aquí viene, con algún mensaje, el Blanco Aporreador de Tambores.

El Blanco Aporreador de Tambores se detiene a la sombra de los árboles en que se transformaron los zancos de Cuculcán y deja poco a poco en el suelo un bulto mediano que trae al hombro, envuelto en una sábana. Acto seguido, toca su tambor. Chinchibirín se aparta para oírle.

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Mis manos blancas se pintaron de tiña en los tunales! ¡Mis tambores son como rodajas de tuna! ¡La Abuela de los Remiendos tiene lunares de espinas y por eso viene envuelta en sábanas de blancas nubes! ¡Su sabiduría es de plata y quien la consulta sabe que su voz no llegará por su oreja, sino por inspiración! (*Desanuda el bulto, lo abre y aparece una viejecita liliputiense.*) ¡Abuela de los Remiendos, bien venida al país de huipiles sembrados, montañosos, con dibujos de animalitos, pájaros y conejos, huipiles extendidos, con agujeros azules para las cabezas que han de salir de lo profundo! (*Toca el tambor.*) ¡Bien venida; Abuela de los Remiendos! (*Vuelve a tocar el tambor.*)

CHINCHIBIRÍN. (*Se aproxima.*) Una consulta, abuelita...

ABUELA DE LOS REMIENDOS. Las que quieras, hijo; pero tóname en brazos que no sé estar en el suelo.

CHINCHIBIRÍN. (*La levanta y la carga como a una criatura.*) Qué clase de ave es el Guacamayo?

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¿Por qué preguntas eso?

CHINCHIBIRÍN. Por curiosidad, abuelita; hay tantos por aquí que uno no los distingue.

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¿Qué cosa y cosa es el Guacamayo? Sí, son distintos, y entonces tu pregunta ya es distinta.

CHINCHIBIRÍN. No sé, abuelita...

ABUELA DE LOS REMIENDOS. Hay guacamayos de cabeza colorada, pico amarillo muy ganchudo y vestido verde; otros de plumas amarillas resplandecientes; los llama de fuego, color de sangre coagulada y plumas azules en la cola, y los de bella emplumadura morada.

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Mis manos blancas se pintaron de tiña en los tunales! ¡Mis tambores son como rodajas de tuna! ¡La Abuela de los Remiendos tiene lunares de espinas y por eso viene envuelta en sábanas de blancas nubes! ¡Su sabiduría es de plata y quien la consulta sabe que su voz no llegará por su oreja, sino por inspiración! (*Toca el tambor.*)

CHINCHIBIRÍN. (Cambiando de brazo a la abuelita.) ¡Te cargaré con el brazo del corazón, para que me digas si los Guacamayos son inmortales!

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡Son inmortales!

CHINCHIBIRÍN. ¿Por qué son inmortales?

ABUELA DE LOS REMIENDOS. Porque son pájaros de encantamiento. Pero tu pregunta era otra y ha huido de la punta de tu lengua. Algo más querías saber de estos pájaros de oro redondo color de oro.

CHINCHIBIRÍN. No se te puede ocultar nada, Abuela de los Remiendos. El Guacamayo...

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác! ¡Cuác, cuác, cuác!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. (*Sonando el tambor muy suave.*) ¡Al que habla del Guacamayo, le cae el rayo!

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡Por la tempestad de tus tambores!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Mis manos blancas se pintaron de tiña en los tunales! ¡Mis tambores son como rodajas de tuna! (*Suena muy fuerte, tempestuoso, el tambor.*)

GUACAMAYO. ¡Cuác, cuác, cuác! (*Entra y por entrar ligero se cae armando la del rayo. Se levanta furioso.*) ¡Cuarác, cuác! ¡Cuarác, cuác!

CHINCHIBIRÍN. (*Al cesar el estruendo del tambor y callar el Guacamayo.*) Tu presencia facilita que sigamos nuestro consejo. Huvaravix, el Maestro de los Cantos de Vigilia y Ralabal, el que maneja los vientos, fueron testigos. Ahora, la Abuela de los Remiendos, nos servirá de juez.

ABUELA DE LOS REMIENDOS. Tengo seca la boca. Debe haber una caña dulce para la pobre abuela. Cuando se es viejo, las arrugas de la tos de los años, que son peor que la sed, cierran la garganta, por eso es que los viejos hacemos como que chupamos, como que mamamos...

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. Yo toco mis tambores con caña dulce, por eso mi tempestad engendra las lluvias dulces. Toma, abuela...

CHINCHIBIRÍN. ¿Ya podemos hablar?

ABUELA DE LOS REMIENDOS. Ya pueden hablar. La caña se hace agua de lluvia dulce en mi boca. Muy sabrosa, muy sabrosa. Ni tierna ni sazona...

CHINCHIBIRÍN. Cuác, dices que en el Palacio del Sol todo es mentira, dices que la vida es una ilusión de los sentidos, dices que nada existe fuera de Cuculcán que pasa de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana!...

GUACAMAYO. ¡Acucuác, cuác, cuarác!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. (*Sumerge en el ruido de sus tambores, la voz del Guacamayo.*) ¡Escucha, primero, lo que se habla, Saliva!

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡Y tú, calla tus tempestades de cuero porque pueden despertar los chupamieles!

GUACAMAYO. Abuela sublime, ¿qué remedio tienes para el dolor de dientes? ¡Me duelen cuando hay eclipse y cuando veo comer caña!

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡No puede haber eclipse más que en tu saliva, porque la luna se despedazó en tu boca, por eso te llamas Saliva de Espejo, y si hacen merced de creerlo, un guerrero no morirá, caerá aparentemente muerto bajo la tiniebla del sueño, y de su pecho volverá a salir el espejo amarillo del cielo, el comal redondo en que se cocían al fuego lento de las estrellas, las tortillas de los dioses: amarillas y blancas tortillas hechas de maíz amarillo y blanco, los días, y negras tortillas hechas de maíz negro, las noches. (*Blanco Aporreador de Tambores, atento al discurso de la Abuela, toca el tambor, mientras ella toma aliento recapacita y sigue.*) ¡La Luna, por consejo de Saliva Pluma Amarilla, Pluma Roja, Pluma Verde, Pluma Morada, Pluma Azul!...

CHINCHIBIRÍN. ¡El Arcoiris!

GUACAMAYO. ¡Yo pedí remedio contra el dolor de dientes, y ve con lo que sales, Abuela meñique!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. (*Aboga con el tambor la voz del Guacamayo.*) ¡Maña la tuya de no dejar hablar a los otros!

GUACAMAYO. ¡Acucuác, cuarác!

CHINCHIBIRÍN. ¡Van a despertar los chupamieles!

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡Sí, van a despertar los

chupamieles con esa tempestad en verano!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. Y no resisto. Cuando lo oigo hablar me quema los oídos y entonces echo a sonar la tempestad en mis tambores, para que venga el agua. Todas las orejas tostadas de las hojas han escuchado su voz de fuego. Abuela de los Remiendos, dejaré la tentación del tambor para cargarte. (*La toma de brazos de Chinchibirín.*)

CHINCHIBIRÍN. Habla, Abuela. Nos interesa el final de lo que decías.

ABUELA DE LOS REMIENDOS. Saliva aconsejó a la Luna que se mostrara ante los dioses inconforme por su suerte. La de ella y la de todos los comales. ¡No es justo, dicen los comales, que mientras las mujeres aplauden con el maíz en las manos, al hacer las tortillas, nosotros nos quememos! La Luna enrojeció y se hizo pedazos, pero sus fragmentos cayeron en el sueño del guerrero frijol negro coa resplandor nocturno y de su pecho resurgirá.

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Un guerrero no morirá y de su pecho resurgirá la Luna, Comadre de los Comales! La comadre Luna. Del pecho del guerrero frijol negro con resplandor nocturno.

GUACAMAYO. (*Burlón.*) Acucúac, la abuelita debía contar otra adivinanza...! ¿Qué cosa y cosa una jícara azul, sembrada de maíces tostados?

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡El cielo sembrado de estrellas!

GUACAMAYO. (*Muy contento de la contestación de la Abuela que le permite seguir la burla.*) ¿Qué cosa y cosa van guiando las plumas coloradas y van tras ellas los cuervos?

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡La chamusquina de las cabañas!

GUACAMAYO. (*En abierta burla.*) ¡Curác-cuác, cutrác!... ¿qué cosa y cosa una vieja que tiene los cabellos de heno y está cerca de la puerta de casa?

CHINCHIBIRÍN. ¡La troje y te callas de una vez!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Toma a la Abuela, Chinchibirín, porque si Saliva sigue burlándose de su sabiduría, le voy a dar con el tambor en el pico!

ABUELA DE LOS REMIENDOS. ¡No haya guerra! Estoy cansada, debemos volver a casa, Blanco Aporreador de Tambores, sin provocar la tempestad del trueno que adelantaría la primavera. Esta vez, la Luna brillará en el cielo cuando despierten los chupamieles.

GUACAMAYO. (*Riéndose.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác, cuác!... ¡Cuác, cuác, cuác, cuác!

ABUELA DE LOS REMIENDOS. (*Al ademán de Blanco Aporreador de pasarla a brazos de Chinchibirín, se agarra del cuello de aquél.*) ¡No, no, no, ya debo irme, ya debemos irnos, sin más escándalo!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. Entonces, te voy a

envolver, Abuela... (*La coloca sobre las sábanas en que la traía y vuelve a hacer bulto con ella.*) Y tú debías agradecer que la Abuela no quiere que se haga escándalo, si no te curaba el dolor de dientes, dejándote sin dientes.

CHINCHIBIRÍN. ¡Aparta, Blanco Aporreador de Tambores, que yo soy el que va a acabar con él; pero antes quiero probarle que no es cierto todo lo que me ha dicho! (*Refiriéndose a la Abuela.*) ¡Y qué bien que se deja, es apenas creíble que tan gran sabiduría viaje en un tanatillo de nubes!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. (*Al terminar de hacer el bulto con varios nudos.*) ¡Este nudo es el del Norte, el de la mano blanca de dedos con tortilla de maíz blanco! ¡Este nudo es el del Sur, el de la mano amarilla de dedos con calabaza amarilla! ¡Este nudo es el del Oriente, el de la mano roja de las suertes en los frijolillos rojos! ¡Este nudo es el de Poniente, el de la negra mano de la noche! ¡Cuatro son los nudos del cielo, en la nube de la Abuela de los Remiendos!

CHINCHIBIRÍN. ¿Y no pesa?

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Nada! ¡Menos que un colibrí!, Puedes pulsarla, es una pluma!

CHINCHIBIRÍN. (*Tomándola de manos de Blanco Aporreador.*) ¡Es un juego y se podría ir con ella por los caminos, lanzándola hacia arriba y recibéndola! (*Al decir esto, lanza el' bulto hacia lo alto. En vano trata Blanco Aporreador de interponerse, de impedirlo, ya está hecho y en lugar de caer el bulto, sigue hacia arriba y se detiene como una nube, a los ojos de todos.*)

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¿Qué has hecho, Chinchibirín?...

CHINCHIBIRÍN. ¡No sabía qué era una nube!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Mejor no te la hubiera dado! (*No sabe qué hacer, a todo esto la nube va caminando, es el bulto en que va la Abuela de los Remiendos.*)

GUACAMAYO. (*Con fiestas, alegrándose de lo que les ha pasado.*) ¡Chin-chin-chin-chibirín! ¡Chin-chin-chi-chibirín! ¡Chin-chin-chinchibirín! ¿Chinchibirín-chin-chin! ¡Chinchibirín-chin-chin!

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Mi tambor! ¡Mi tambor! (Ha empezado a soplar fuerte viento.)

CHINCHIBIRÍN. ¡La Abuela dijo que no pelearan! (*Trata de detener a Blanco Aporreador que ha tomado el tambor.*) ¡No es hora de pelear... debemos ver cómo salvamos a... deja... deja el tambor... estos pájaros son así, muy vestidos de piedras preciosas, muy bonitos por fuera, pero de un corazón negro!...

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Suelta... suéltame las manos... déjame el tambor... voy a que truene la tempestad del eco para que llueva y rescatemos a la Abuela, y entonces devolveremos su

risa a este Saliva de mal corazón, en las mazorcas!

Segunda Cortina Roja

Cortina roja, color de la tarde, magia del color rojo de la tarde. Cuculcán se desviste del amarillo de la mañana con movimientos sacerdotales. Un escuadrón de guerreros pasa. Pitahaya las caras, pitahaya las manos, pitahaya los pies. Todos van empenachados con plumas purpurinas. En las orejas, a manera de aretes, pájaros de plumas rojas o flores de fuego. Trajes, escudos, arcos, calzar, flechas en matices que van del pálido barro quemado hasta el rabioso rojo de la sangre. Entran y salen en formación interminable. Vestido Cuculcán de rojo, se coloca frente a la cortina roja de la tarde y a partir de ese momento, empieza a anunciarse la batalla con gritos estridentes. Los guerreros rojos, por sus genuflexiones, más parecen tratantes que guerreros. Es un baile de ofertas y de réplicas. Pero de las genuflexiones pasan al ataque. Resuenan tambores y caracolas.

CORO. (*Lento.*) ¿De qué subterráneo se arrancan las chispas de la destrucción? ¡El humo, la ahogazón, salta del pecho de la tierra herida! ¡No te bastó olerme por encima y enterrar tu flecha en mi corazón! ¿A qué huele mi corazón? ¡Dilo, por el turpial que lo calla, di a qué huele mi corazón! ¡Mañana será tarde! ¡Mi oído estará seco! ¡Di a qué huele mi corazón, antes que el suelo se haga mi horizonte! ¡Mi corazón perforado por la flecha quedará como la piedra agujereada del juego de pelota! ¡En tu flecha tu olor que me duele!

CHINCHIBIRÍN. (*Se detiene en medio de la batalla, en que él y Cuculcán toman parte activa entre los combatientes, todos al ataque de la cortina roja con sus flechas.*) ¡Guerreros, aquí encenderemos, después del triunfo, la colmena de las avispas de oro, sudorosas de sol las alas y ventrudas de miel amarga! ¡Las avispas que robaron los ojos a las flores, pancitas llenas de ojos de flores que ciegas quedaron! ¡Ciegas! ¡Por eso es la guerra, matanza por las flores que quedaron ciegas! ¡Las avispas de oro les robaron los ojos para los panales de luz! ¡Ciento y miles de gallinas van a ser desvestidas de sus plumas! ¿Dónde están los enemigos? ¡Sobre ellos iremos a descansar!...

CORO. (*Lento.*) ¡Fiesta del reposo sobre los enemigos! ¡Seis días y veinte días atrás éramos amigos, sabíamos su olor sin negarles el nuestro; el aire nos traía sus cabellos, como hierbas fragantes, y espumitas de su saliva pisaban nuestras plantas, y su tabaco pintaba de amarillo nuestros dientes!

Sigue la lluvia de flechas rojas sobre la cortina roja. Tambores, conchas de tortugas, tunes, caracolas, piedras entrechocadas aumentan el ruido desgarrador de la batalla de la tarde.

CORO. (*Lento.*) ¡Fiesta del reposo sobre los enemigos! ¡Seis días y veinte días fuimos amigos, hoy descansaremos sobre ellos o ellos sobre

nosotros, como enemigos, descansarán! ¡No hay paz si no se reposa sobre los escudos, las cabezas y los cuerpos sin cabeza del enemigo! ¡Nosotros, oíd guerreros, oíd guerreros combatientes, hemos vivido en paz, porque cien veces en cien años de cuatrocientos días, nuestros padres descansaron, después del combate, sobre los escudos, las cabezas y los cuerpos sin cabeza del enemigo!

Una lluvia de flechas cae sobre la cortina roja. Disparan casi al mismo tiempo todos los guerreros. Cuculcán, unido a los combatientes, dispara. Bailan al compás de un estrépito ensordecedor de tambores, caracolas, tunes, piedras golpeadas. La lluvia de flechas rojas enciende, cerca de la cortina de la tarde, el fuego de la guerra. Llamea. Los guerreros siguen a Cuculcán, se acercan y se alejan del fuego. Más flechas, piedras de honda de pita y alaridos de gusto, de rabia, de guerra, de fiesta.

CHINCHIBIRÍN. (*Hace alto y grita sofocado.*) ¡Guerreros, la raíz de la guerra en las lenguas de lo que cada uno defiende! ¡La raíz de la guerra en el aliento del hombre combatiente! ¡Es hermoso defender con la palabra lo que se paladea con el pedernal filudo de la mirada, en el ojo del combatiente enemigo o en su pecho de piedra contraria! ¡Con la mirada me sacó la sangre más que con su cuchillo de pedernal! ¡Mi sangre era mi vuelo... (*cayendo y levantándose*)...ah, cómo pesa el cuerpo del guerrero herido... no, no me dejes libre, átame de pies y manos a la muerte para que no vuelva al fuego que me llama!

Sigue la danza guerrera. Muchos heridos y muertos. Los combatientes saltan sobre los cuerpos de sus compañeros. Al apagarse el campo de batalla con la última luz de la tarde, Cuculcán dispara su última flecha y sale. Chinchibirín está entre los caídos.

CHINCHIBIRÍN. (*La voz que no alcanza aliento.*) ¡Mi sangre era mi vuelo... era el ave que dentro de mí volaba para mantenerse en alto... ah... cómo pesa el cuerpo del guerrero herido... del guerrero que... del guerrero que... que... que ya va perdiendo por dentro el vuelo de su sangre!... ¡No... no me dejes libre, átame de pies y manos a la muerte, para que no vuele al fuego que me llama!

GUACAMAYO. (*Entra silencioso, funeral. Algunas plumas alborotadas sobre sus ojos le dan apariencia pensativa, pues parece que junta las cejas para ver mejor el triste resultado de la batalla, Pasa entre los guerreros codos, como reconociéndolos y llega por fin a Chinchibirín quo yace Se inclina como para olerle el aliento y aletea gozoso, significando que aún vive,*) ¡Uác, uác! ¡Uác, uác! (*Da vueltas aleteando alrededor de Chinchibirín.*) ¡...birín, cuác, Chinchibirín, cuác, Rinchinchibirín, cuác, cuác!... ¡Chin! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chinchibirín!... ¡Chin! ¡Chin! ¡Chin! Chinchibirín! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chinchibirín! Chin! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chinchibirín! (Así diciendo, va, paso adelante, paso atrás, alrededor del cuerpo de Chinchibirín; pero de pronto se

detiene y va hacia el fuego que arde cerca de la cortina de la tarde.) ¡Chin! ¡Chin! ¡Chinchibirín! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chinchibirín! ¡Chin! ¡Chin! ¡Chinchibirín! (*Al llegar al fuego, se pone de espaldas y lo oculta con las alas abiertas.*)

CHINCHIBIRÍN. (*Se incorpora poco a poco. Casi no puede levantar la cabeza.*) ¡Sobre nosotros descansarán ahora nuestros enemigos! ¡Tendrán paz y la servidumbre de los nuestros, y nuestras mujeres, y nuestras joyas, y nuestras plumas, y nuestras cosechas! (*En la penumbra crepuscular confunde al Guacamayo con el Arcoiris.*) ¡Ah, ya asoma el arcoiris, cubre el fuego de la guerra con sus alas, el fuego de la guerra que no tiene ceniza! ¡Se levanta sin la flecha que nos dio la muerte! ¡Ya lo veo y veo pasar bajo su puerta de colores, las sombras de los que perdieron la vida combatiendo! ¿Qué será de nuestros enemigos en su pensamiento? ¿Qué será de nuestros enemigos en su corazón, ahora que tienen paz y reposo sobre nuestros escudos, sobre nuestras cabezas, sobre nuestros cuerpos sin cabeza? ¡A la espalda de ellos ha salido el arcoiris! (*El Guacamayo mueve las alas.*) Y no sólo veo sus colores, sino entiendo sus señales, bejuco de agua de colibrí, habla de cielo en nube acabada de partir... (*El Guacamayo se vuelve.*)

GUACAMAYO. (*Volviéndose a Chinchibirín, sacude las alas.*) ¡Cuác! ¡Cuác! ¡Cuác!

CHINCHIBIRÍN. (*Trata de incorporarse, como el que se defiende en agonía, y apenas si logra articular.*) ¿A qué vienes? Di, ¿a qué vienes? ¡Tú, el Arcoiris del Engaño... qué dura es la derrota!

GUACAMAYO. (*Se aproxima a Chinchibirín que ha vuelto a botar la cabeza sobre la tierra del combate.*) ¡Vengo para una sola y última flecha! (*Se echa junto a Chinchibirín que no responde, lo acaricia ton la pata.*) ¡Una sola y última flecha, acucuác!

CHINCHIBIRÍN. (*Reacciona. El Guacamayo se para y se retira asustado.*) ¡El arco... mi flecha... mi flecha... mi... mi... GUACAMAYO. ¡Tu última flecha es Yaí!

CHINCHIBIRÍN (*Habla con dificultad. Parece haberse agotado más con la reacción violenta.*) ¡Yaí, Flor Amarilla... co... mo... mis ojos con... mi... go... co... mo... mis o... í... dos... conmigo... co... mo... mis pies con... migo... co... mo... mis ma... como mis manos conmigo... ¡Yaí, Flor Amarilla!... (*Gritando.*) ¡Yaí, Flor Amarilla... (*Se vuelve a incorporar.*) Mi madre era ciega, pero ella la veía pasar por mi júbilo y yo la veía pasar por los ojos de ella que no la veía... ¡Yaí, Flor Amarilla!... ¡Flor-flecha amarilla para matar al Guacamayo, ahora que estoy empapado de crepúsculo!

Prolongado silencio. Se oye la respiración del Guacamayo. Sus picotazos al aire, como si atacara a alguien. Pura monomanía de pájaro viejo. Entra Yaí, joven, radiante. Viste de amarillo muy claro. Sorte a al pasar los cuerpos de los caídos en el combate de la tarde. Se

detiene junto al fuego que arde cerca de la cortina roja, y dice al fuego.

YAÍ. Los que oyen la tierra hecha en sus oídos tierra. Los que ven la tierra hecha en sus ojos tierra. Los que huelen la tierra hecha en sus narices tierra. Los que prueban la tierra hecha en sus labios y sus lenguas tierra...

CHINCHIBIRÍN. (*Voz lejana, apagada, surgida de entre los muertos en el combate.*) ¡Yaí, Flor Amarilla...!

YAÍ. (*Sorprendida de oírse nombrar, sin saber por quién.*) Después del combate quedan vagando en el campo de batalla las últimas palabras de los combatientes. Después del combate, después de la vida, después de la llama, cuando la brasa deja ir maripositas de blanca ceniza...

CHINCHIBIRÍN. ¡Yaí, Flor Amarilla!

YAÍ. (*Inquieta, pierde su aparente aplomo.*) ¡Alguno de los combatientes murió con mi nombre en los labios!... Cuculcán... ¿Sería Cuculcán, al que estoy ofrecida desde niña? (*Busca entre los guerreros caídos, para ver si le encuentra.*) ¡Cuculcán! ¡Cuculcán, Poderoso del Cielo y de la Tierra, el del Palacio de los Tres Colores, como el Palacio del Sol... el que sale por la mañana vestido de amarillo, el que por la tarde viste de rojo, el que por la noche, aún vestido, tiene la desnudez de la tiniebla...!

CHINCHIBIRÍN. ¡Yaí, Flor Amarilla!

YAÍ. (*Toma de un ala al Guacamayo que parece dormir.*) ¡Tú has sido! ¿Para qué me quieres? ¿Para qué me llamas?

GUACAMAYO. (*Defendiéndose.*) ¡Cuác! ¡Cuác! Cuác!

YAÍ. ¡Me quieres hacer creer que me llaman los muertos, embustero!

GUACAMAYO. (*Encorajinado.*) ¡No he movido el pico!

YAÍ. Gran Saliva de Espejo cuando quiere habla sin mover el pico...

GUACAMAYO. ¡Cuác! ¡Cuác! ¡Cuác!

YAÍ. Digo que Gran Saliva de Espejo cuando quiere habla sin mover el pico. Ahora mismo me llamabas con una voz que te sale de las plumas del vientre. Sin duda querías apartarme del fuego de la guerra, el fuego que no tiene ceniza, y que pronto será el nance de la tarde, aquel fuego que tú picoteaste en vano.

CHINCHIBIRÍN. ¡Yaí, Flor Amarilla!

YAÍ. ¡Habla como debe ser, para eso tienes pico! ¡Me da miedo, me escalofría oírte hablar con las plumas!

GUACAMAYO. ¡Acuác, esa voz es tan conocida, antes te salía a llamar en los caminos del sueño!

YAÍ. ¡Ahora me ha salido a llamar...! (*Las manos en la cara, sobre los ojos, lo que le impide ver de dónde parte esta vez tu nombre.*)

CHINCHIBIRÍN. ¡Yái!...

YAI. ¡Ha dicho mi nombre un muerto! ¿Has oído mi nombre, mi nombre, Yái, dicho por un muerto, Relámpago de Chayes de Colores?

GUACAMAYO. El nombre de la que hablaba con el fuego...

YAI. ¡Yo hablaba con el fuego!

GUACAMAYO. ¡Le dabas tu último mensaje, acucúac: Flor Amarilla compartirá esta noche el lecho del Poderoso Cuculcán!

YAI. (*Inclinándose para asentir con lo dicho por el Guacamayo.*) De la frente al caer de mi suerte...

GUACAMAYO. ¡Cuác de mi acucúac!

YAI. En el lugar de la Abundancia me ofrecieron Mis padres en forma de una flor a Cuculcán y por eso no hubo cosecha mala en sus tierras ni mal de ojo en la casa, Cinco veces se abrió el vientre de mi madre y yo fui la elegida. Conmigo se cerró el vientre de mi madre para siempre.

GUACAMAYO. (*Paternal.*) Yái, cuác de mi acucúac, al abrirse la última vez el vientre de tu madre, fue una concha de dos labios que dejó escapar una palabra con destino de molusco.

YAI. No entiendo lo que dices, pero me da miedo; mientras hablaba con el fuego, me llamó un muerto y no era Cuculcán.

GUACAMAYO. ¡No era Cuculcán, cuác de mi acucúac; el Poderoso del Cielo y de la Tierra, te espera esta noche!...

YAI. ¿Será mi esposo?

GUACAMAYO. ¡Sólo esta noche, Flor Amarilla de Cuculcán hasta la aurora!

YAI. (*Tirando de una de las alas al Guacamayo.*) ¡De mi frente al caer de mi suerte, qué has dicho!

GUACAMAYO. Yái, Flor Amarilla de Cuculcán hasta la Aurora!

YAI. ¡De mi frente al caer de mi suerte, por qué hasta la aurora!

GUACAMAYO. ¡Porque el amor sólo dura una noche! YAI. ¿Y mañana?

GUACAMAYO. ¡Ay, cuác de mi acucúac, para la doncella que pasa la noche con el Sol, no amanece el Sol! ¡Te arrancarán del lecho del Poderoso Señor del Cielo y de la Tierra, antes del rosicler del alba!

YAI. De mi frente al caer de mi suerte, seré la estrella de la mañana, eso quieres decir.

GUACAMAYO. ¡Ay, cuác de mi acucúac, cómo defiendes tu ilusión! Las manos de los ríos te arrancarán de su lecho, para precipitarte en el Baúl de los Gigantes.

YAI. Pues iré río abajo, piragua cargada con maíz de agrado. Maíz de agrado es el lenguaje de mi Señor. Pasaré los ríos, pasaré los lagos y al mar llegaré dulce. ¡Ya ves cómo defiende mi ilusión!

GUACAMAYO. Si de verdad la quieres defender, oye las plumas amarillas de mi lenguaje, en un relámpago te dirán lo que tienes que

hacer, para que su lecho no lo ocupen, hoy tú y mañana otra...

YAÍ. ¿Otra?

GUACAMAYO. ¡Otra!

YAÍ. ¿Otra?

GUACAMAYO. ¿De qué te extrañas? El amor de Cuculcán es como todo en su palacio, pasajero.

Yaí y el Guacamayo se apartan hablando en voz baja. Ella muy pensativa y él con suaves ademanes de confidente. Chinchibirín como si quisiera desatarse de lo que está soñando (está soñando a Yaí y al Guacamayo), forcejea por despertar y habla, sin que aquellos se den cuenta.

CHINCHIBIRÍN. ¡El Arcoiris del Engaño para Yaí, la última flecha, y yo el arquero! De mi frente a donde caen las hojas, ella será la última flecha, si pone asunto a sus palabras. ¡Flor Amarilla, no le oigas, no sigas su consejo, yo te conocí cuando no eras mujer en el Lugar de la Abundancia, cuando eras agua y contigo mitigué mi sed, cuando eras sombra de pinol y yo el dormido, cuando eras barro de comal para calentar tortillas titilantes! Las tortillas eran estrellas *y en la casa y en los caminos nos acompañaban...* (Calla y vuelve a quedar inmóvil.)

GUACAMAYO. ¡Cuác, cuác, cuác, acucuác, cuác!

YAÍ. *(Sonriente y juguetona sigue al Guacamayo que Se retira colérico.)* ¿Qué pierdo con oír a este pajarraco? ¡Gran Saliva, no me dejes sembrada, sin esperanza, en la congoja de la tierra negra! Titubeo sin tu consejo, malo es tu corazón, porque a todo me resigno, menos a la otra...

GUACAMAYO. Si sólo fueras tú, pero esa otra. *(Se alojan. Ella, poco a poco, va perdiendo su aire burlón y parece preocupada de lo que le dice el Guacamayo.)*

CHINCHIBIRÍN. ¡Yaí, Flor Amarilla, no le des oídos al engaño, quiere acabar con el Palacio de los Tres Colores que dice que es sólo una ilusión de los sentidos, porque nada existe, fuera de Cuculcán que pasa de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana, de la mañana a la tarde!...

GUACAMAYO. *(Volviéndose a Chinchibirín que sólo él alcanza a oír.)* ¡Cuác! ¡Cuác! ¡Cuác!

YAÍ. ¿Hablas con los muertos?

GUACAMAYO. ¡Sí, porque estoy hablando contigo!

YAÍ. Horroso!

El Guacamayo y Yaí siguen hablando. No se oye lo que hablan, pero por sus actitudes y movimientos se adivina que él trata de convencerla.

CHINCHIBIRÍN. ¡Yaí, Flor Amarilla, no te pongas en el Arcoiris de su voz como una flecha! ¡El mismo me lo dijo: tú, el arquero; Yaí, la

flecha, y yo el Arcoiris! ¡No te dejes guiar por el plumaje rico y perfecto color de su lenguaje! ¡El embuste vestido de piedras preciosas, embuste se queda! ¡Siento que se hacen agua mis espejos en sus casas de ramos de pino!

YAÍ. *(Al Guacamayo.)* ¡Bueno, pero sin promesa de hacer lo que aconsejes!

GUACAMAYO. ¡Como quieras!

YAÍ. Hacerlo o no hacerlo queda de mi frente a la caída de mi suerte...

GUACAMAYO. ¡Por las diez piedras de tus manos, acucúac, mi preferida, la preferida de Gran Saliva! En mi pluma de espejo, las liendres son cositas de plata. Te fastidio con tanto hablar, pero no puedo estarme callado, es mi naturaleza cómo la de la mujer, palabra envuelta en palabras.

YAÍ. ¡Me desesperas! ¡Me comes en la cabeza, no por fuera, por dentro, como come la memoria! ¡No puedo olvidar nada de lo que has dicho, porque, como la memoria come, me pica la cabeza por dentro! ¡Los piojos una se los arranca, se los bota, se los rasca, se los masca; pero la memoria... piojería que negrea hasta el corazón repite que repite -malvado- otra, otra, otra!

GUACAMAYO. *(Retira una de sus patas; Yaí trata de pisoteársela.)* ¡Cuác, cuác, cuarác, cuác! ¡Cuác, cuác, cuarác, cuác!

YAÍ. ¡Cuarác, cuác te voy a hacer! Y no sólo por esa otra, que no es una sino todas, porque después de mí todas serán atrás sino por el embeleco de que Cuculcán, mi prometido, es apenas una imagen en el espejo de la noche y será una sombra inexistente en el momento del amor. *(Se le oye sollozar.)*

GUACAMAYO. *(Después de un fingido y profundo suspiro.)* ¡Saber que aquello que hueles y hueles, para cosértelo en el alma con la aguja de dos ojos y el hilo del aliento grueso como pábilo, no pasa de ser una imagen copiada en un espejote negro!

YAÍ. ¡Calla, masticador de alacranes!

GUACAMAYO. ¡Saber que vas a sacrificarte por lo que no es y estará, creado por tus sentidos, una noche en tus brazos, esta noche y no más que esta noche, acucúac, porque mañana en pintando el alba, la realidad lo arrebatará todo!

YAÍ. ¿De qué cuero están hechos los hilos de ni lengua de chayes?

GUACAMAYO. ¡De cuero de lagarto curtido en los altos cepos de la tempestad y el llanto, de lagartos de lomo de diamantes! Y saber que está en tus manas, Yaí, cambiar el amor fingido...

YAÍ. ¡El amor es eterno!

GUACAMAYO. ¡Es eterno, pero no en el Palacio del Sol, en el Palacio de los Sentidos, donde, como todas las cosas, pasa, cambia!

YAÍ. ¡No tienes dientes, pero me has abierto las orejas con tu pico

de pedernal, y no para poner piedras preciosas, sino palabras que ya no son palabras si es ilusorio el amor!...

GUACAMAYO. ¡Ay, mi acucúac, amarás esta noche lo que no es más que un engaño, producto de un juego de espejos, un juego de palabras, humores íntimos que se derramarán en realidad, en verdad, pero en un plano inferior al de la imagen adorada!

YAÍ. ¡Me tienes en el buche de colores! ¡Me has encerrado en un cántaro agujereado en forma de corazón, la luz entra por estrellas y no se oye el latido, pero se ve titilar distante... hay que juntar la imagen de la persona amada, el latido distante, con su cuerpo!

GUACAMAYO. Y para eso tienes que escapar a la muerte que te espera en el lecho del Poderoso Cuculcán.

YAÍ. Tú dirás cómo...

GUACAMAYO. En tus manos está...

YAÍ. (*Viéndose las manos.*) ¿En mis manos?...

GUACAMAYO. En tus manos...

YAÍ. ¿Tendré que estrangularlo? (*Casi hace el ademán con las manos de apretar la garganta de Cuculcán.*) ¿Tendré que luchar con una serpiente negra?

GUACAMAYO. Vas a luchar contra una imagen...

YAÍ. ¿Y cómo podrán mis manos luchar contra una imagen que está en un espejo?...

GUACAMAYO. ¡Ábrelas! (*Yaí abre las manos.*) Pónlas bajo mi aliento, bajo mi saliva, bajo mi palabra...

YAÍ. (*Apenas expuestas las palmas de sus manos bajo, el pico de Guacamayo, las retira.*) ¡Me has quemado con tu aliento, pájaro de fuego! ¡La misma quemadura que produce el chichicaste! (*Con las manos cerradas, temblando de frío.*) ¡Ay, qué me has hecho... es un ardor horrible... ni (*a punto de soltar el llanto*) so... so... soplan (*abre las manos para soplárselas*)... ¡Uuy, uyuy, uyuy... (*grita*)... ¡Son dos espejos!... (*Se las sacude: le ha pasado el ardor de la quemadura, pero quiere botarse los espejos que le han quedado en las palmas, como guantes.*) ¡Son dos espejos! ¡Me veo en éste y me veo en éste (*cambiándose las manos ante la cara*), y en éste de aquí, y y en éste de aquí... y en este otro... y me veo aquí y aquí... y aquí también... (*Corre de un lado a otro, ríe con las mandíbulas casi trabadas, y se sacude, víctima de un ataque nervioso, sin dejar de verse las manos, una y otra, riéndose, riéndose, riéndose...*)

Segunda Cortina Negra

Cortina negra, color de la noche, magia de color negro de la noche: Al pie de la cortina negra, el techo de Cuculcán vacío, tendido sobre pieles de pumas y jaguares que parecen dormir amenazantes,

TORTUGA BARBADA, ¡Savia que pulsas en lo hondo la reja de raíces en que vela el amor! ¡Lentitud de ave que pasea en hermoso vuelo! ¡No me déis la sabiduría, sino el hechizo! ¡No las alas, sino lo que resulta de su movimiento!

TORTUGAS. ¡No me deis el amor, sino el hechizo! ¡No la savia, sino lo que resulta de su movimiento!

TORTUGA CON FLECOS. ¡Detrás de sus heridas vela el amor y los dioses velan detrás de la reja de las estrellas! ¡No me deis la sabiduría, sino el hechizo! ¡No la sangre, sino lo que resulta de su movimiento!

TORTUGAS. ¡No me deis el amor sino el hechizo! ¡No la sangre, sino lo que resulta de su movimiento!

TORTUGA BARBADA: ¡Detrás de las rejas de sus pestañas vela el amor! ¡Humo de cola de estrellas! ¡Langosta con saeta que ilumina el cielo! ¡No me deis la sabiduría sino el hechizo! ¡No el sueño, sino lo que resulta de su movimiento!

Se oye la risa de Yaí, festiva, incontenible, y la voz de Guacamayo que no puede ocultar su enojo. Las tortugas desaparecen, se escabullen antes que aquéllos entren. Yaí aparece vestida de tiniebla detrás de Guacamayo que trae el plumaje destilando agua.

YAÍ. ¡Já, já, já, já!... ¡Já, já, já, já!...

GUACAMAYO. (*Medio renco y sacudiendo las alas,*) ¡Cuarác, cuác, cuarác cuác cuác, cuarác cuác cuác!

YAÍ. ¡Já, já, já, já! ¡Já, já, já, já!... ¡Já, já, já, já!

GUACAMAYO. ¡Has hecho mal en echarme agua!

YAÍ, ¡Vi un fogarón de plumas rojas. já, já, já, já... una bola de fuego que me perseguía... já, já, já, já!...

GUACAMAYO, A veces parece que me quemo, pero nunununnunca me quemo. Ya hasta tartajo estoy...

YAÍ. Yo qué sabía. Pasó por mi cabeza la idea de que al apagar el principal incendio apagaba los espejos de mis manos y... (*hace el ademán de cuando le lanzó el agua*), já, já, já, já.

GUACAMAYO. Creí recibir en la cara las palmas de tus manos fragmentadas en pequeñas luces...

YAÍ. ¡Já, já, já, já!...

GUACAMAYO. Pero al oír rasgaduras de chaves en el aire, algo que no podía ser reflejo...

YAÍ. Era el agua, já, já, já.

GUACAMAYO. Ya estaba bañado...

YAÍ. Perdona, pero no vi más que lo que vi: un incendio, llamas, llamas... llamas amarillas, llamas rojas... otras azules y en medio tú, como en la humazón de un respiradero volcánico...

GUACAMAYO. *(Después de una pausa, con la voz triste.)*. Si me da moquillo, ¿quién me sanará?

YAÍ. ¡Já, já, já... yo, desde que te salga el primer gusano de la nariz!

GUACAMAYO. Acucuác quiere adornar su vestido con alas de mariposas. Adornar es adorar. Las narices de los Guacamayos con moquillo dan gusanos que pasado un tiempo se convierten en mariposas.

YAÍ. Y la ceguera relampagueante de las luciérnagas, también nace de los mocos de los Guacamayos.

GUACAMAYO. También. Pero los espejos de tus manos no son engrudo, de luciérnaga, sino aliento de fuego y servirán para salvar tu ilusión, tu mundo, tu pradera, tu sudor de planta nerviosa.

Yaí se contempla las manos largamente. El Guacamayo sigue destilando agua. Por detrás asoman las tortugas.

TORTUGA BARBADA. ¡Espinass y temores acompañan a los que se dejan arrancar de su destino! ¡Embarrados de tuétano de huesos, dormilones, dispersos, sus oídos se mojan de llanto al oír el chi, chi, chí de esos pequeños borrachos de inmensidad negra, llamados pájaros del guiso de los ojos que se pasó de sal!

YAÍ. ¿Dónde, pero dónde pondré mis manos que me arden como quemadas de chichicaste? ¡Me veo en ésta y me veo en ésta, aquí me veo, y aquí, y aquí en esta otra, y aquí también me veo! Y sólo cuando me veo en ellas siento alivio.

TORTUGA CON FLECOS. ¡Agüeros y piedras tiradas con honda acompañan a los que se dejan arrancar de su destino! ¡Yo, padre, yo, madre, dejé que me arrancaran a mi hijo! ¡Dejé que me arrancaran de mi tierra! ¡El cocodrilo, vegetal del agua, se agarró del lodo para que no lo despegaran de su casa de esmeraldas! ¡Y no cerró los ojos para recibir el golpe de la sombra!

YAÍ: ¡Haré tortillas de maíz negro con mis manos de espejo que son llanto de mi llamo, pata alimentar a los que como yo se prestan al juego del engaño en los espejos!

TORTUGAS., ¡Yo, padre, yo, madre, dejé que me arrancaran a mi hijo! ¡Dejé que me arrancaran de mi tierra! ¡De mi sangre fui separado! ¡De mi raíz fui separado porque presté oídos al engaño! ¡Me emborraché para contar los pies del cientopí de oro y acabé sin poder contar mis lágrimas!

TORTUGA BARBADA. ¡Mi oído se riega como el calor en la arena, el gozo de la espuma con orejas de caracoles espumantes, y donde lo pongo está su seno de negra punta cortada, y donde está su seno está

tu pecho moreno naranja y donde está tu pecho está tu corazón, y donde está tu corazón, la casa de mi hijo! ¡Y así te habló mi hijo: yo soy tu gorgojo, por mí se doblará tu cintura de árbol y tus senos colgarán como frutos de leche, por mi reirás dormida, llorarás despierta, se te irán los pensamientos a las nubes, y tu vida será liviana, rodadita necesidad de estar conmigo siempre será ni vida!

GUACAMAYO, Desesperas con ese juego de manos, ponlas bajo la neblina caliente de tu aliento.

YAÍ. Sólo se me alivian cuando me veo en ellas...

GUACAMAYO, Son como tu ausencia...

YAÍ. ¡Es la única verdad que has dicho, loro despenicado!

GUACAMAYO. Son como tu ausencia...

YAÍ. ¡Es la única verdad que has dicho, loro despenicado!

GUACAMAYO. ¡No me digas loro!

YAÍ. ¡Te he querido comparar al pino que se riega en las fiestas, verde y despenicado!

GUACAMAYO. ¡Fiesta estamos volviendo el tiempo y una noche no dura más que una, noche!

YAÍ. Mis manos son como mi ausencia. Por ellas me voy de mí, escapo de mí, de lo que son, de lo que pienso, de lo que siento, de lo que hago, para multiplicarme en vanas otras yo misma, que son igual a mí y que no son sino una imagen de mí misma que no soy yo... ¡Muchas otras! ¡Tantas otras! (*viéndose en los espejos de sus manos.*) ¡Esta de cara sonriente! ¡Esta de cara muy seria! ¡Esta que va a romper a llorar! ¡Esta que parece pensativa y ésta que asoma indiferente como si nada le importara!

GUACAMAYO. ¡Haz caso porque te vas a volver local ¡Pon esos espejos que te servirán de mucho bajo la neblina de amanecer que hay en tus pulmones!

RALABAL. (*Invisible.*) ¡Yo, Ralabal, manejador de vientos, me boto hacia la costa sin mover las nubes que amanecen amontonadas sobre los lagos! Yo, Ralabal, yo, yooo... yoooo... la tierra se volvería loca si no pudiera cubrir los espejos de sus manos con los plumones de su aliento!

YAÍ. ¿Qué soy sino la mueca de la que ríe, de la que llora, de la que piensa? ¡Ya no seré más que mis muecas! ¡Muecas en el espejo de mis manos! ¡Muecas de una mujer que fue dichosa antes de aprender las muecas de engañarse y engañar! ¡Tu hilera de colores perforó mis orejas para engusarme por dentro igual que el moco de donde salen mariposas!

GUACAMAYO. ¡Una noche no dura más que una noche, debes cubrir los espejos de tus manos con la piel de tu aliento y saber, antes que pase más tiempo, lo que tienes que hacer para salvarte; pero si no oyes explicación, si estás en esa locura...

YAÍ. ¡Háblame en jerigonza de ausencia, ya sólo soy un espejismo!

HUVARAVIX. (*Invisible.*) ¡Yo, Huvaravix, Maestro de los Cantos de Vigilia, aligero mi paso para no mover las nubes de póm que amanecen amontonadas sobre las lágrimas en la casa de la piedra! ¡Las tribus se volverían locas si no pudieran cubrir los espejos de su llanto en lagos con el humo del brasero de póm!

YAÍ. ¡Háblame en jerigonza de Saliva, el llanto de las tribus espejea en mis manos!

GUACAMAYO. ¡Tierra de espejos, sopla tus lagos para empañarlos de neblina!

YAÍ. Soplo así como lamiéndolas... (*Al instante de soplar sus manos quedan como paralizadas.*) ...¡Ha sido mi aliento!... Oh, prodigio... el prodigio de mi aliento... se me han borrado los malditos espejos... una nube convertida en tela de cebolla...

GUACAMAYO. ¡La finísima piel del engaño ha salido de tu boca de mujer!

YAÍ. Después de todo, eres bueno...

GUACAMAYO. Y ahora que acultas bajo tu aliento de mujer, mi saliva y mi palabra...

YAÍ. Ya puedes irte...

GUACAMAYO. No, Flor Amarilla, sin decirte antes lo que tienes que hacer para salvar al mundo de esta ficticia cadena de días noches que a nada conduce...

YAÍ. ¿Tú crees?

GUACAMAYO. ¡A nada conducen los días y las noches, los días y las noches, los días y las noches! Tropelía de dioses indigestos de sangre hedionda de pájaros, dioses sin habla que se cortan las uñas para botar a los brujos medias lunas con filo, instrumentos de arañar, de tatuar, para envolver a los hombres en raíces inarrancables, viejas heridas cicatrizadas...

YAÍ. Y ahora recuerdo que lo oí pasar por mi suelo. Decía: «... yo te conocí, cuando no eras mujer, en el Lugar de la Abundancia, cuando eras agua y contigo mitigué mi sed, cuando eras sombra de pinal y yo el dormido, cuando eras barro de comal para cocer tortillas titilantes...»

GUACAMAYO. (*Estornuda.*) ¡Moquillo de tiniebla!

YAÍ. Y ahora recuerdo que lo oí pasar por mi sueño. «... Mi madre era ciega, decía, pero ella te veía pasar por mi júbilo y yo te vela pasar por los ojos de ella que no te veía...»

GUACAMAYO. Recuerdas al Guerrero Amarillo...

YAÍ. A Cuculcán, seré su esposa hasta la aurora...

GUACAMAYO. No. (*Estornuda otra vez.*) Se interpone el Guerrero Amarillo, el que te ama más allá de esta cadena de días y de, noches,

que a nada conducen, el que te adora sin saber cómo eres, porque te conoció cuando eras flor en el Lugar de la Abundancia.

YAÍ. Las mujeres somos de día flores y elle noche mujeres, por eso el Guerrero Amarillo me debe haber visto como una flor amarilla

GUACAMAYO. Y todo lo que está pasando...

YAÍ. ¡Hasta tu moquillo!

GUACAMAYO. ¡Mi moquillo, todo es bastimento del destino, para que esta noche escalpes a Cuculcán y sigas al Guerrero Amarillo que te lleva en el corazón! El te vio pasar cuando su madre que era ciega te vio pasar por su júbilo. ¿Por quién sino por ti se llama él mismo el Guerrero Amarillo?

YAÍ. ¿Es fuerte?

GUACAMAYO. Una vez puso su espalda en el río para que cien mujeres en cien días distintos lavaran su ropa, y no tembló un solo día, salvo, el día en que llegaste tú a lavar tu huipil de flores de trueno.

YAÍ. Habría jurado, y ahora me explico, que ese día sentí que las piernas se me iban en el río alargando en carne de burbujas, y que de la cintura para abajo me habían acariciado dos manos grandes de piedra, agua, aire y hierbas de quemado perfume.

GUACAMAYO, ¡El Guerrero Amarillo te lleva en el tarazón!

YAÍ. Tuve que dejar el trapo que lavaba, no recuerdo bien si era el huipil de flores de trueno, y sentarme a la orilla del río temblando de una angustia placentera que nunca sentí antes en los senos duros, en las piernas flojas, en los cabellos sudorosos, en los labios... ¿Quién sabe cuál es el verdadero amor?...

GUACAMAYO, ¡Acucuác, el tiempo acorta!

YAÍ. ¿El Guerrero Amarillo me lleva en el corazón?

GUACAMAYO. Si, Flor Amarilla, el Guerrero Amarillo te lleva en el corazón.

YAÍ. Ahora dime lo que tengo que hacer. ¿Cómo dices que se llama?

GUACAMAYO. Chinchibirín...

YAÍ. Bajo la piel de mi aliento, se disimula en las palmas de mis manes, el espejo de tu voz.

GUACAMAYO. Y así debes mantener mis espejos, bajo la piel caliente y perfumada de tu aliento de mujer...

YAÍ. La piel del engaño, acucuác...

GUACAMAYO. Eres mujer, palabra envuelta en palabras, engaño envuelto en engaño y como mujer quieres salvar tu ilusión.

YAÍ. Piensa tú por mí que yo ya no pienso más que en lo que debo hacer con el Poderoso del Cielo y de la Tierra, cuyo amor sólo dura una noche, el que se hará el dormido cuando vengan a arrancarme de su lecho, para ser arrojada al Baúl de los Gigantes.

GUACAMAYO. Conseguí comunicarte mi odio pata ese Gran Señor, tirano y egoísta, dueño del Palacio de los Tres Colores, en el que pasamos de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana, por pasar el tiempo.

YAÍ. ¡Dime ya lo que debo hacer! El Guerrero Amarillo me lleva en el corazón.

GUACAMAYO. Al venir Cuculcán, que ya no tarda, a oler a Flor Amarilla graciosamente inclinada para que la huela bien, el olor de la mujer emborracha al hombre, tomarla por el tallo para llevarla al lecho nupcial y decirle palabra de amor, Flor Amarilla frotará sus manos acariciantes en los cabellos del Poderoso Cuculcán, hasta que le brille la cabeza como un espejo.

Se oye lejana melodía de flautas de caña y ocarinas. Yaí y el Guacamayo empiezan a retirarse La música se acerca, cortada por gritos de fiesta.

YAÍ. Debo embadurnarle tu saliva de espejo en los cabellos.

GUACAMAYO. *(Ya saliendo.)* Y al mismo tiempo irle diciendo estas palabras de encantamiento...

Salen Yaí y el Guacamayo. Cuculcán aparece desvestiéndose. Deja caer la máscara, el carcaj, las calzas y los atavíos rojos. Se repiten escenas rituales de la primera cortina negra: mujeres que le visten y atavían y las ancianas que le ofrecen bebidas, hacen las quemas del póm, y las que traen danzando los barandales floridos. Después de estas ceremonias, al quedar solo Cuculcán, entra Yaí y se arrodilla.

YAÍ. ¡Señor, mi Señor, mi Gran Señor! *(Cuculcán se acerca, la levanta, la aproxima a su pecho, y la huele.)*...¡Siento la aguja de dos ojos en mi pelo, parece buscar con su tripa quisquillosa mis pensamientos!

CUCULCÁN. ¡Hueles a los encajes que el agua de la dicha riega en las orillas de mis dientes! ¡De la punta de mis pies a mi cabeza tengo una escalera de latidos para que subas conmigo a las ramas en que se reparten los frutos, las flores, las semillas, las cinco semillas de los cinco sentidos!

YAÍ. ¡Tu palabra y tus dientes de pedernal son de anciano! ¡Ay de la mujer que al que quiere no lo encuentre mil años anterior a ella, como un roble hermoso! ¡No nacían mis antepasados y ya. tú dabas sombra! ¡Debes quererme como el agua quedamente, profundamente, claramente, en doble concepto de sentirme fuera y dentro de ti!

CUCULCÁN. ¡Eres mía en persona y en imagen!

YAÍ. *(Al tomarla de la cintura y llevarla hacia el lecho.)* ¡Señor que pasas de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche, de la noche a la mañana!

CUCULCÁN. ¡Eres mía en persona y en imagen y yo soy tuyo en imagen y en persona!

YAÍ La imagen de mi Señor con mi persona, eso me entristece, el verdadero amor no es así (*se sientan al borde del lecho*), y de sólo pensar que estoy con la imagen de mi Señor y no con su persona, sudo espinas.

CUCULCÁN Pero Sudor de Espinas Amarillas, no sabe que su luz me llega de tan suave lejos, que me recuerda el comal del cielo que se quebró en pedazos.

YAÍ. Mi Señor está contento entonces de mi suave lejos de punta de espina, y cuando vuelva la Luna...

CUCULCÁN. Sus pedazos cayeron en el corazón orgulloso de un Guerrero.

YAÍ. ¿Aparecerá redonda, con su misma forma?

CUCULCÁN. Hasta donde el Guerrero sea hábil redondeador de escudos. Tendrá que esforzarse por hacer casar los pedazos de la Luna uno con otro, para que le quede lo más redonda posible. Es una fábula...

YAÍ. ¿No es cierto entonces que el Guerrero Amarillo...?

CUCULCÁN. ¡Yaí corazón visible de tan bueno!

YAÍ. ¿No es cierto entonces que el Guerrero Amarillo tiene la Luna en su corazón?

CUCULCÁN. Es una fábula...

YAÍ. (*Vivamente.*) ¡Cómo todo lo que existe en el Palacio Redondo de los Tres Colores! ¡En el Palacio del Sol, todo es mentira, fábula, nada es verdad, nada, sólo el Señorón que nos lleva de la mañana a la tarde, de la tarde a la noche de la noche a la mañana... (*Cuculcán bota la cabeza en el regazo de Yaí como agobiado por lo que dice, y ella empieza a acariciarle los cabellos leonados.*) ¿A qué conduce, dime Señor del Cielo y de la Tierra, esta sucesión de días y de noches, de días y de noches, de días y de noches? A nada conduce. A dar una sensación de movimiento que no existe, porque el que se ¡nueve; eres tú; de vida que no es real sino ficticia y aún así, patrimonio que no nos pertenece, porque somos de los que nos están soñando, sueños corporales, ¡esos somos!... (*El cabello de Cuculcán, acariciado por las manos de Yaí, empieza a brillar con luz de luciérnaga.*). Mi suave lejos de- punta de espina, quiere saber quién me está soñando...

CUCULCÁN. ¡Amor que hablas en mis brazos, yo te estoy soñando
a

YAÍ. ¡Quién sea que me esté soñando que despierte, yo me quiero borrar en seguida de la existencia, del engaño de los sentidos!

CUCULCÁN. ¡Amor que hablas en mis brazos, si yo no te estoy soñando, que no despierte el que te está soñando, que dure' su, sueño mientras estés conmigo!

YAÍ. ¡Ah, Señor el que me tiene viva en él y viva en mí, porque me sueña, despertará antes de la albada!

CUCULCÁN. ¡Yo soy el que te tengo viva en mis brazos y viva en mi sueño!

YAÍ. Pues despertarás de tu sueño de amor, en el que soy tu creatura, creada por ti, tu creatura de sueño, antes de la aurora y entonces un velo de sombra cubrirá el recuerdo de tu Sudor de Espinas Amarillas.

CUCULCÁN... No agarro bien el sabor de lo que me dices; pero sabe a reproche de piedras preciosas que se han vuelto mieles de colores, y estoy pegado a tu costado como un mosco a una pálida dulzura de esmeralda y malva, y tus espaldas me dan Oriente de perlas de azúcar, y tus muslos me hacen subir por los rubíes de los guerreros a la alcoba de las constelaciones, bajo los verdes campos de jade tas de tus manos, que tienen en sus cuencos de nido, la forma de tus senos casi azules...

YAÍ. ¡Me quiero borrar de la existencia, antes de la aurora, y si estás soñando que me amas, despierta, no quiero ser un engaño entre tus brazos! *(Pausa.)* ¿Po qué alimentas la muerte?... ¿Por qué no repartes tus sentidos?...

CUCULCÁN. *(Se pone en pie, los cabellos relumbrantes y tos dientes relumbrantes de risa verdosa.)* ¡Soy como el Sol!... ¡Soy como el Sol!... ¡Soy cómo el Sol!...

YAÍ. *(Sorprendida de ver a Cuculcán con los cabellos alumbrados y de verse ella las manos limpias, sin espejos, se levanta y dice con cierta agitación.)* Sí, pero para Flor Amarilla, Cuculcán es más que el Sol, es Girasol...

CUCULCÁN. *(Al oír la palabra Girasol, empieza a dar vueltas como un derviche turnante):*

¡Otra vez girasol de sol a sol!

¿Quien fue primero, el sol o el girasol?

YAÍ. *(Girando al revés.)*

¡Cuculcán en el día y en la noche

girapicina azul de ápices de oro!

CUCULCÁN. *(Girando.)*

¡Girasol, sol de gira, girasol,

ilusión de un sol y de otro sol!

YAÍ. *(Girando al revés.)*

¡Estrellita de mar nacida flor,

alfiletero de la puercoespín!

CUCULCÁN. *(Girando.)* ¡Las luciérnagas juegan a colores, girándula es entonces girasol!

YAÍ. *(Girando al revés.)* ¡Siete voces en pauta de arcoiris, girándula es entonces Cuculcán!

CUCULCÁN. *(Girando.)*

¡Y otra vez girasol de sol a sol,

sol, girasol y gira, girasol!

YAÍ. (*Antes que Cuculcán deje de girar.*) Y para Cuculcán, Flor Amarilla, ¿es flor o picaflor?

CUCULCÁN. (*Girando.*)

¡Otra vez picaflor de flor en flor!

Recuerdo de la flor ¿qué fue la flor?

YAÍ. (*Girando al revés.*)

¡Calcomanía que era sin ser flor,
jardín de aerolitos en semilla!

CUCULCÁN. (*Girando.*)

¡Picaflor, flor de pica, picaflor,
ilusión de una flor y de otra flor,
molinito de luz que muele miel
y en volando hacia atrás, pájaro-flor!

YAÍ. (*Girando al revés.*)

¡Estalactitas del sonido amor
en las antenas de las mariposas
que se nutren de estambres y pistilos
para captar la voz del picaflor!

CUCULCÁN. (*Girando.*)

¡Y otra vez picaflor de flor en flor,
flor, picaflor y pica, picaflor!

YAÍ. (*Enredándose en los brazos de Cuculcán que deja de dar vueltas.*) ¿No crees tú que siempre quiere decir hasta la aurora, Cuculcán? ¡Reparte tus sentidos, de tus cabellos caen las lluvias, reparte tus cinco palpitaciones entre los puntos cardinales, tuyos son los lagos, tuyas son mis manos, los lagos sin neblina, mis manos sin aliento de engañar!

CUCULCÁN. ¡Toda sangre gime como tórtola! ¡Mis ojos al Norte, al Norte el sentido de mi vista, para que entre las pestañas de los pinos vea el agua dormida, vea el agua y despierta!

YAÍ. ¡Sol, girasol y gira, girasol!

CUCULCÁN. ¡Mi sangre es el ave que me sostiene azul! ¡Mis orejas al Sur, al Sur el sentido de mi oído, para que entre los peñascos de los huesos: de la tierra, cara aporreada, haya quien recoja los ecos de la 'tormenta primaveral!

YAÍ. ¡Ilusión de un sol y de otro sol!

CUCULCÁN. ¡Mis narices al Oriente, al Oriente el sentido de mi olfato, para que entre los cabellos de la lluvia vaya mi aguja con dos ojos enhebrada a un solo aliento!

YAÍ. ¿Quién fue primero, el Sol o el girasol?

CUCULCÁN. ¡Mi lengua al Poniente, al Poniente mi sentido del gusto, labios, dientes, saliva, palabra, paladar, fruto y canto, inseparable todo el cielo de mi boca!

YAI. ¿Y el tacto?

CUCULCÁN. ¡Mi tacto a la Primavera! ¡A la Primavera mi sentido de sentir las cosas! ¡Granada de rubíes en cáscara de oro, soy. y mi tacto verde, es la esmeralda de la Primavera! ¡Oro y cielo, eso es la Primavera!

Un trueno, al tiempo de hacerse noche profunda, ahoga todos los sonidos. La luz vuelve paulatinamente, después de la tempestad. Han desaparecido Yai y Cuculcán. Blanco Aporreador, rodeado de los Chupamieles y las Tortugas, toca sus tambores. Baja la nube en que se había ido la Abuela de los Remiendos. Todos corren a desanudarla. Tortuga Barbada la saca y la tiene en brazos. Todos se muestran jubilosos de volver a verla.

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Tuya la sabiduría, Abuela de los Remiendos! ¡Tus uñas de pedernal anciano cicatrizaron la locura de Cuculcán, cuando sólo le andaba en el pelo! ¡Sólo en el pelo le andaba la locura, el fuego de la quema, y ya las nubes vagaban como locas!

Blanco Aporreador de Tambores toca sus tambores, rodeado de los chupamieles que bailan y giran diciendo los versos del girasol y el picaflor, combinados al capricho.

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Tuya la sabiduría, Abuela de los Remiendos! ¡De la noche a la mañana habría acabado el mundo, sin tu aguja de imán verde cuyo ojo es el espacio! El hilo de tu costura es el hilo de tu cabello, pero corta como el más afilado pedernal cuando con él te armas en defensa de las cosas buenas, Abuelita de las Abuelas.

De nuevo suena el tambor y bailan las chupamieles bailan o giran, repitiendo los versos al capricho.

BLANCO APORREADOR DE TAMBORES. ¡Tuya la sabiduría, Abuela de los Remiendos! Y el mundo por tu aguja seguirá la realidad y en los espejos, en los hombres, en las mujeres y en los guacamayos. Cada uno en su mundo, afuera, y todos reunidos en el espejo sonámbulo del sueño. Pero la mujer no volverá a amar como el hombre. La mujer amaba como el hombre antes de oír al Guacamayo. Ceniza de pelo de Cuculcán cayó en su corazón. Amará con locura. Sin saber cómo amaré. Un amor que no alcanzará a recibir una sola puntada de tu aguja, nacido de su instinto, crecido de su instinto, envenenado de su instinto. Y con sus manos enloquecerá a los hombres, como habría enloquecido a Cuculcán, si no lo salva tu sabiduría

TORTUGA BARBADA. ¡Abuela de los Remiendos (*la. tiene en brazos*), no hagas caso a Blanco Aporreador de Tambores que es enemigo de las mujeres; Yai encendió una rosa en los cabellos del Sol, eso fue todo!

Blanco Aporreador toca sus tambores alegremente. Los chupa mieles bailan y giran y dicen los versos de picaflor y girasol.

Tercera Cortina Amarilla

Cortina amarilla, color de la mañana, magia del color amarillo de la mañana. Entra Chinchibirín. Viste de amarillo, máscara amarilla y arco y flechas amarillos. Un salto, otro salto, otra salto.

CHINCHIBIRÍN. (*Grita.*) ¡Yaí! ¡Yaí! ¡Yaí!

GUACAMAYO, (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!
¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!

CHINCHIBIRÍN. (*Grita, busca.*) ¡Yaí, Flor Amarilla! ¡Yaí! ¡Yaí!
¡Yaí! ¡Flor Amarilla! ¡Flor Amarilla! ¡Yaí! ¡Yaí!

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!
¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!

Tercera Cortina Roja

Cortina roja, color de la tarde, magia del color rojo de la tarde.
Entra Chinchibirín, Viste de amarillo, máscara amarilla y arco y flecha
arillos, Da saltos. Es ligero como una llama. Casi no toca el suelo.

CHINCHIBIRÍN. (*Grita.*) ¡Yaí! ¡Yaí! ¡Yaí!

GUACAMAYO, (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!
¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!

CHINCHIBIRÍN. (*Grita, busca.*) ¡Yaí, Flor Amarilla! ¡Yaí! ¡Yaí!
¡Yaí! Flor Amarilla! ¡Flor Amarilla! ¡Yaí! ¡Yaí!

GUACAMAYO. (*Oculto.*) ¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!
¡Cuác, cuác, cuác, cuác! ¡Ja, ja, ja, ja!

Tercera Cortina Negra

Cortina negra, color de la noche, magia del color negro de la noche. Entra Chinchibirín. Viste de amarillo, sin máscara, sin arco, sin flecha. No salta. Camina como enterrando los pies en el suelo. Pesa al andar. Se da cuenta y le cuesta arrancar dos pies.

CHINCHIBIRÍN. *(Derrotado, fuerte la voz, pero llorosa.)* ¡Yaí! ¡Yaí! ¡Yaí! ¡Flor Amarilla.! ¡Yaí! ¡Flor Amarilla! *(Nadie responde. Después de un momento de espera.)* ¡Yaí, Flor Amarilla! ¡Yaí, Flor Amarilla, Yaí! ¡Yaí! ¡Yaí! *(Su grito no tiene eco ni respuesta.)* ¡Yaí! ¡Yaí! ¡Yaí! *(Como el qué oye que le han. contestado, vuelve a ver a su pecho, se lleva las manos, se palpa, se busca, trata de abrirse las ropas que se rasga en la prisa de hacerlo pronto, y de su pecho saca la Luna. Un círculo dorado que prende en la cortina negra. Cae. No se mueva más.)*

Biografía

Miguel Angel Asturias
(Guatemala, 1899-1974)



Autor, diplomático y premio Nobel guatemalteco, nacido en Ciudad de Guatemala. Estudió Derecho en universidades de su país y Antropología en la Sorbona de París, ciudad en la que recibió la influencia del poeta surrealista francés André Breton. En 1942 fue elegido diputado en su país y, a partir de 1946, fue embajador en México, Argentina y El Salvador, hasta que, en 1954, se exilió de Guatemala. Posteriormente, fue embajador en Francia, entre 1966 y 1970. Sus poemas y novelas, de contenido fuertemente antiimperialista, le valieron el Premio Lenin de la Paz en 1966 y el Premio Nobel de Literatura en 1967. La muerte le sobrevino, tras una penosa enfermedad, en 1974, cuando se encontraba en Madrid (España).

En su obra, al igual que en la del escritor cubano Alejo Carpentier, el mito se hace presente, pero a diferencia del cubano, organiza sus novelas en torno a los mitos precolombinos. Su primera obra *Leyendas de Guatemala* (1930) es una colección de cuentos y leyendas mayas. La novela que le ha dado fama internacional es *El señor Presidente* (1946) en la que traza el retrato de un dictador de una manera caricaturesca y esperpéntica pero siguiendo una estructura regida por la lucha entre las fuerzas de la luz (el Bien, el pueblo) y las fuerzas de las tinieblas (el Mal, el dictador) según los mitos latinoamericanos. Es también un libro de protesta militante: la descripción de un régimen dictatorial en términos de terror, maldad y muerte. En las cuatro cadenas de episodios que integran la trama predominan el miedo y la crueldad. Este tema mítico vuelve a aparecer en *Hombres de maíz* (1949) aunque ahora la luz está

representada por los indígenas y las tinieblas por los hombres de maíz, los colonizadores que llegan a explotar las tierras de los campesinos en beneficio propio. En esta obra, Asturias logra hermanar armoniosamente lo mítico-maravilloso con la dura realidad de la vida indígena. Después escribió novelas y relatos entre las que destaca la trilogía formada por Viento fuerte (1950), El Papa verde (1954) y Los ojos de los enterrados (1960). Otras novelas son Mulata de tal (1963), Malandrón (1969) y Viernes de Dolores (1972). Su producción teatral es poco conocida y trata más o menos los mismos temas, como Chantaje o Dique seco ambas de 1964. Su novela Viento fuerte fue citada en el discurso de entrega del Premio Nobel, que le fue concedido por sus coloridos escritos profundamente arraigados en la individualidad nacional y en las tradiciones indígenas de América.

[1] Bocio. Llámase güegüechos a las personas que tienen bocio. Por lo general, son un poco aleladas, empleándose con este significado algunas veces.

[2] Colibrí, picaflor.

[3] Piedra cristalizada con que se labraban las armas, especialmente los cuchillos para los sacrificios. Actualmente se llama chay, en lenguaje popular, a la fracción de un cristal roto.

[4] Adornos de cristal de piedra, y, por extensión, todos los dijes que en zoguillas llevan las mujeres en el pecho.

[5] ue y es muy repartida entre los indios la creencia de un espíritu protector, encarnado en un animal, que puede equipararse al Ángel de la Guarda de los católicos, y “el cual -escribe Herrera, en su libro sobre las Indias Occidentales- es lo más que puede decirse para significar guardia o compañero, agregando que la amistad entre el indio y su nahual llega a ser tan fuerte que, cuando uno muere, el otro hace otro tanto, y sin nahual, el indio cree que ninguno puede ser rico o poderoso”.

“Cuando el niño nace se le dedica o sujeta a un animal, que el dicho niño ha de tener por nahual, que es como decir por dueño de su natividad y señor de sus acciones, o lo que los gentiles llaman hado y en virtud de este pacto queda el niño sujeto a todos los peligros y trabajos que padeciere el animal hasta la muerte”. (Ruiz de Alarcón, Tratado de las supersticiones de los naturales de Nueva España, 1629).

[6] Cama construída con cañas; algunas veces pende del techo, como hamaca

[7] Calabaza de cuello estrecho que emplean para llevar agua u otros líquidos

[8] Camisa sin mangas de las indias. Es una prenda femenina de mucho colorido. Sobre la tela tosca, el bordado en sedas de matices vivos, estiliza los motivos primitivos ornamentales más graciosos:

pájaros, venados, conejos, etc. (Güipil o huipil, indistintamente).

[9] Planta de la familia de los cactus, trepadora, de hermosas flores encarnadas o blancas, según sus variaciones. El fruto es como de carne de tuna, sólo que encarnado, de un rojo violeta bellísimo.

[10] Árbol de 3 a 4 metros de altura. La semilla lleva un polvito que tiene múltiples empleos en medicina, tintorería y usos culinarios.

[11] Barniz negro que emplean los indígenas para dar a los objetos de su uso (jícaras, guacales, etc.), lustre de laca. Es una laca indígena.

[12] Esta planta produce al macerarla un añil de superior calidad.

[13] Milanos migratorios que cruzan el hemisferio en busca del calor. Pasan en inmensas cantidades y grandes alturas hasta parecer nubes en el cielo.

[14] Se llama así a varios pájaros del género *Icterus*. La chorchá más común es de plumaje amarillo y negro, canta con fuerte y meliflua voz.

[15] Especie de jobo o ciruelo.

[16] Plantaciones de calabazas.